

HISTORIA

MILITAR

DEL

GENERAL

DE LA GUERRA

13

F1233

.5

D4

E82

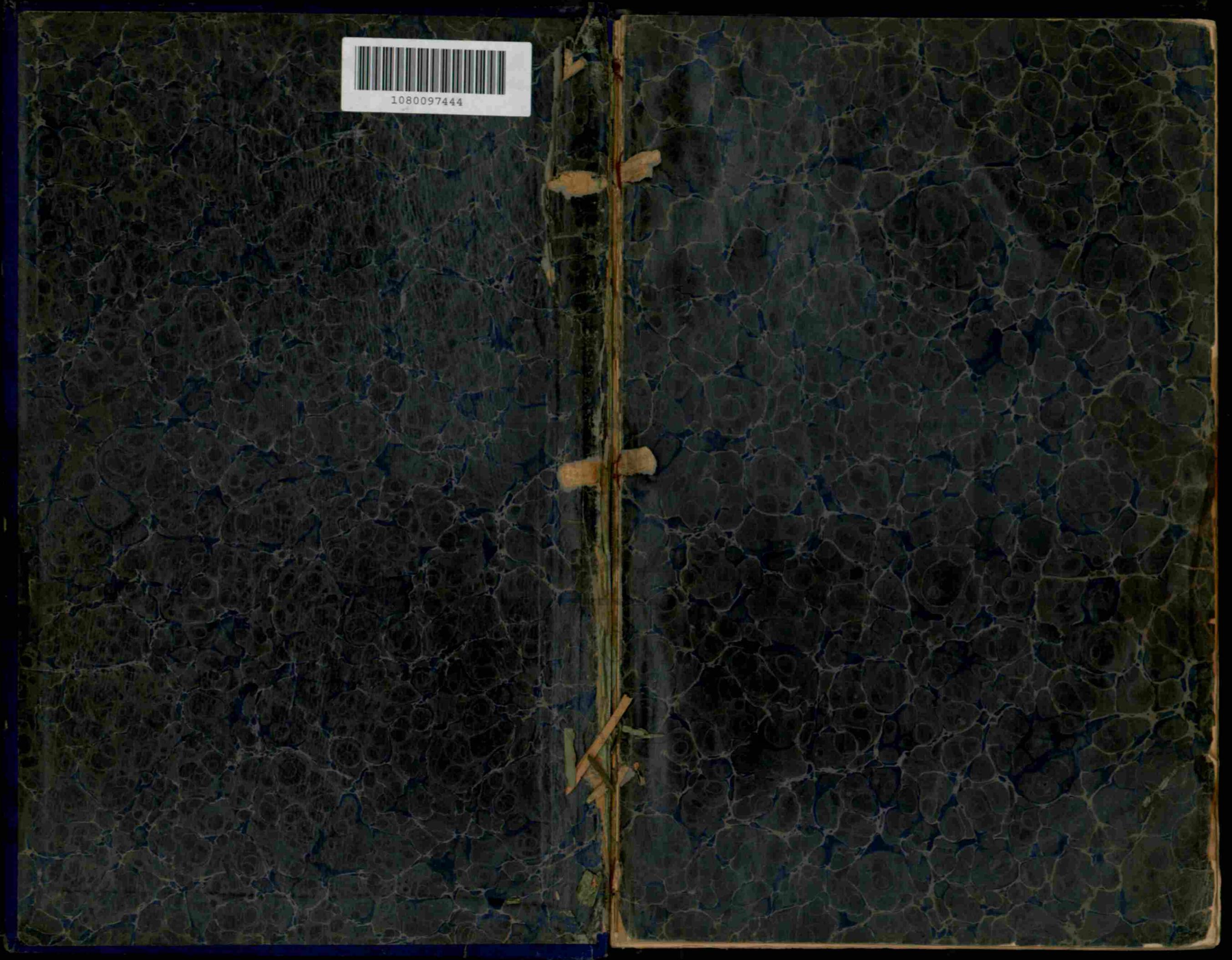
1889

c.1

U  
972.0  
E

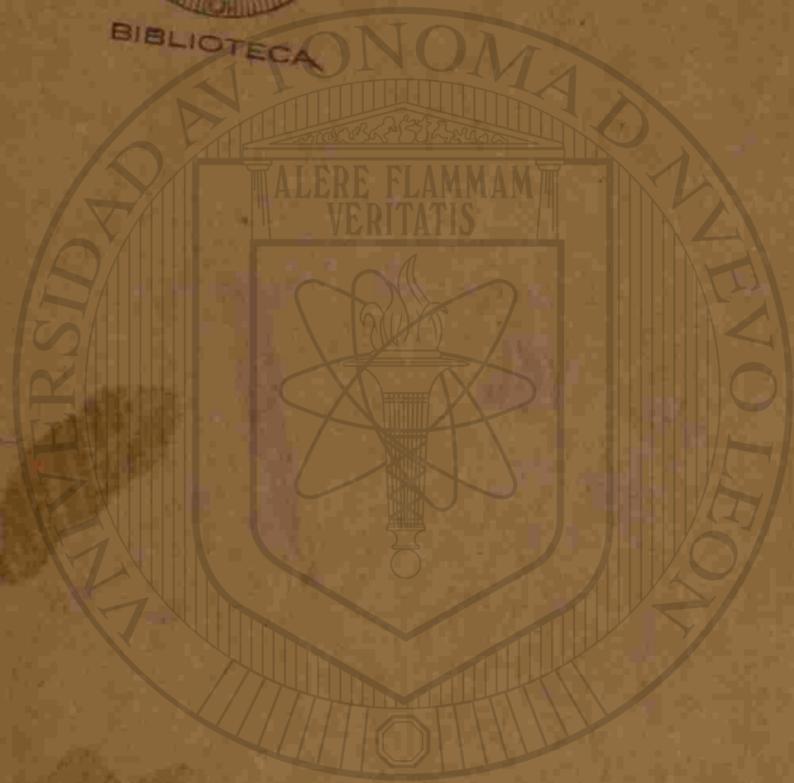


1080097444





BIBLIOTECA



972.083

APUNTES HISTÓRICOS

DE LA CARRERA MILITAR DEL SEÑOR GENERAL

PORFIRIO DIAZ

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA MEXICANA

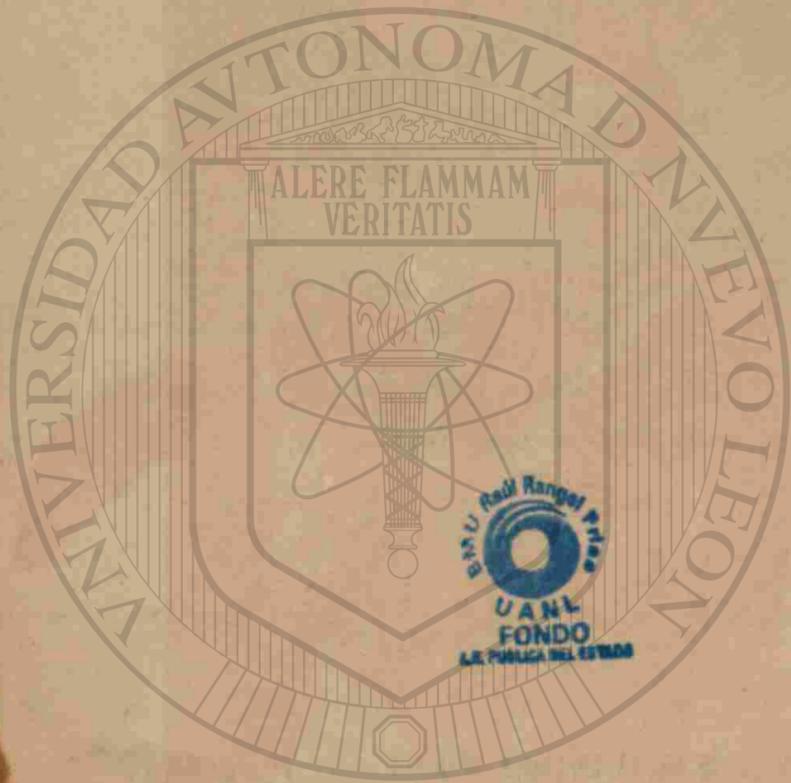
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA



MEXICO. IMPR Y LIT. LATINA.

GRAL. DE DIVISION  
PORFIRIO DIAZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APUNTES HISTÓRICOS

DE LA CARRERA MILITAR DEL SEÑOR GENERAL

PORFIRIO DIAZ

PRESIDENTE

DE LA

REPUBLICA MEXICANA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMP. Y LIT. LATINA, ARCOS DE BELEM NÚM. 27.

1889.

18437



PORFIRIO DIAZ

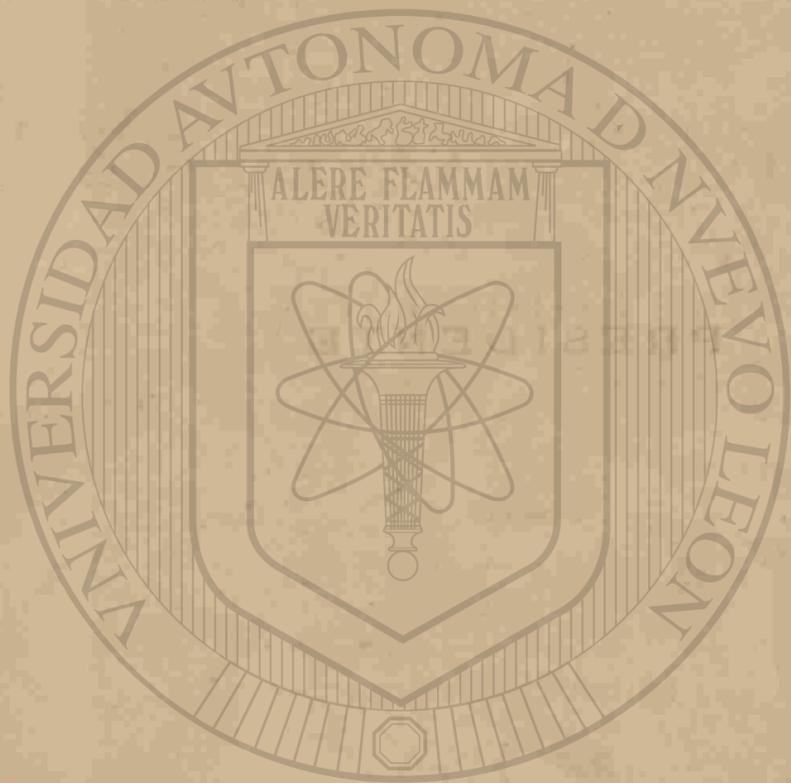
F1233

.5

D4

E82

1889



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INTRODUCCION



A vida militar del eminente caudillo que hoy rige los destinos de la Nación mexicana es conocida de todos, como que está enlazada íntimamente con los sucesos más notables de nuestra historia contemporánea.

Efectivamente, ella abraza el período de la revolución popular de Ayutla, á la que México debe su actual sistema político; el de la empeñada guerra de Reforma que fué el complemento de la revolución de Ayutla y que cambió social y moralmente la faz del país; el de la guerra contra la Intervención y el Imperio, en que se consolidaron la Independencia de la República y las instituciones demo-

cráticas; y el de las revoluciones de la Noria y de Tuxtepec que fueron impulsadas por el pueblo, y cuyas aspiraciones de paz y de progreso se han visto realizadas, después del triunfo de la última en 1876.

Así, pues, los hechos militares del general Díaz pertenecen á la gran Epopeya nacional, á la única que merezca tal nombre, después de la heroica guerra de Independencia comenzada en 1810, y de que juntamente con ésta puede México enorgullecerse, tanto por sus gloriosos resultados, como por la grandeza de sus causas.

Es natural, por lo tanto, que la vida de un guerrero que ha sido consagrada constantemente y durante un tan largo trascurso de tiempo á las luchas en defensa de la Patria, de la Libertad y del Progreso, y que ha sido ilustrada con proezas singulares y con espléndidas victorias, sea conocida y admirada, no sólo en nuestro país, sino en el extranjero, donde todo el mundo sabe que el gobernante que hoy personifica la paz y el crédito de México, ha sido antes el campeón armado de sus instituciones.

Pero tal conocimiento se funda solo en los notables hechos de esa gloriosa carrera militar, cuyas etapas significan todas, ó la conquista de un principio, ó la elevación de la República á los ojos del mundo civilizado.

Estos rasgos prominentes forman la hoja de servicios que la gratitud nacional recoge, y que constan de fechas memorables y de resultados evidentes.

En torno de esas fechas y como causas de esos resultados se agrupan numerosos hechos dignos de narrarse y de apreciarse por el historiador, por el filósofo y por el patriota: y estos hechos permanecen todavía en la oscuridad, no siendo conocidos sino de muy pocos individuos, testigos presenciales ó amigos y compañeros de armas del soldado ó del caudillo.

Referir, pues, de una manera detallada la vida militar del general Díaz, tan fecunda en accidentes, tan variada en sus aspectos y tan interesante para la historia de nuestra Patria y para el estudio de sus progresos, tal es el propósito que se ha formado el autor de esta biografía.

Para realizarlo, cuenta con buen acopio de datos fehacientes y de documentos irrecusables que ha podido obtener, merced á sus investigaciones, ó á la deferencia de personas respetables que han querido confiárselos.

En cuanto al carácter literario de la obra, el autor cree casi inútil manifestar que siendo la obra de un soldado, no puede menos que encomendarse á la benevolencia de los lectores. Ella no tiene más mérito que el de suministrar á los escritores mexicanos, que con mayores facultades ilustren la historia nacional, la narración más completa de la vida del soldado republicano que, salido de las filas del pueblo, en virtud de sus largos servicios en la guerra, hoy es el protector de la paz y del adelanto de México.

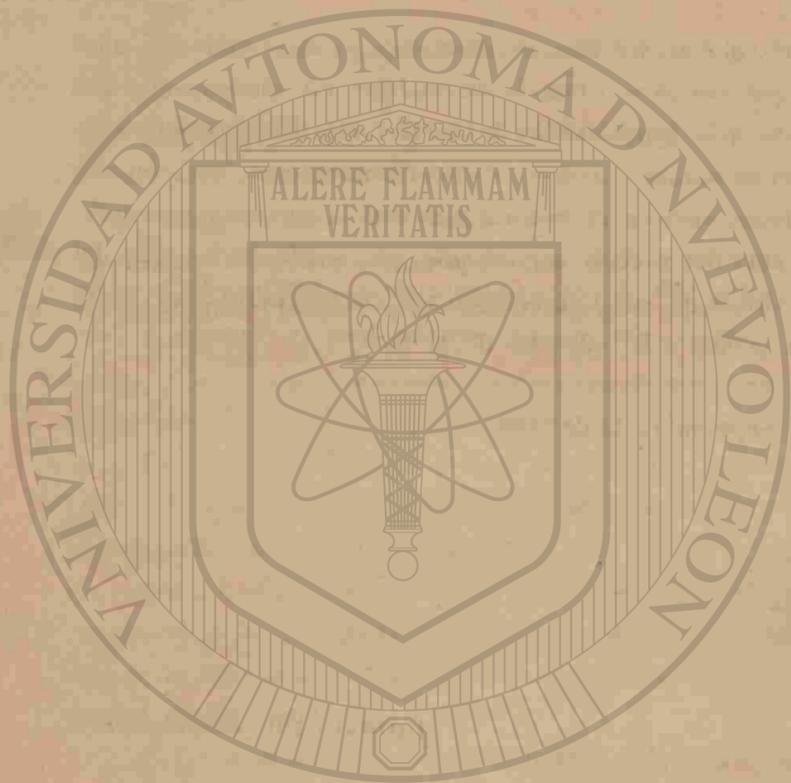
México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.

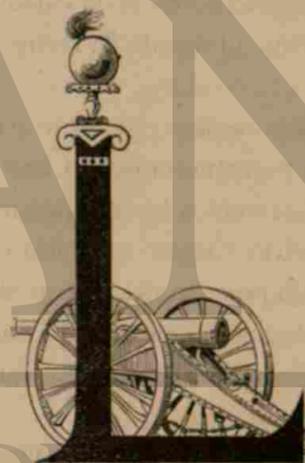
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO I.

Los primeros años del Sr. Porfirio Díaz.—Su participación en los sucesos políticos de Oaxaca durante el año de 1855.—Es nombrado Sub-prefecto de Ixtlán.—Efímero triunfo de los republicanos en Oaxaca.—Se proclama el Plan de Ayutla en esa Capital.—Contra-revolución del Gobernador García y convenios de éste con Don Ignacio Mejía.—Los republicanos desconocen la capitulación y son derrotados.—Ocupación de Oaxaca por los republicanos.



A carrera militar del General Porfirio Díaz comenzó con aquella inmortal revolución de Ayutla que, al cerrar para siempre el período de los motines que desde la Independencia habían ensangrentado al país, debía iniciar la evolución republicana dando un Código definitivo á la Nación, y dejando á ésta constituida de una manera tan vigorosa, que alcanzara salvar por segunda vez su autonomía, y conquistara un puesto altísimo entre los pueblos libres, progresistas y respetados.

A pesar de que nos hemos propuesto alejarnos en nuestro trabajo de todo lo que pueda darle un colorido político, tenemos necesidad de tocar los sucesos de aquella época, porque la vida de los hombres

que tan alta participación toman en los acontecimientos públicos, hasta llegar á ser los salvadores de la patria, tiene que presentar un fondo histórico que es imposible suprimir.

Estamos en Oaxaca, el suelo clásico de la libertad, y llegamos al año de 1855, cuando el pueblo mexicano hacía esfuerzos poderosos para sacudirse la dictadura de Santa Anna que había brotado de la falsificación del Plan de Jalisco.

Porfirio Díaz, hijo del Estado, y alumno del Instituto donde hizo todos sus cursos hasta el de derecho, había sido educado por los hombres más notables del partido liberal, que le habían inculcado sus convicciones democráticas y su ardiente patriotismo.

Tuvo, pues, que correr la suerte de sus maestros, en cuyos trabajos revolucionarios tomaba ya parte, cuando aquellos ilustres profesores sufrieron confinamientos, prisiones, destierros y todo género de persecuciones. El C. Porfirio Díaz se vió obligado á huir de la capital, uniéndose á un grupo de liberales armados que al mando de Herrera combatió en la Mixteca contra la tiranía.

Esta fuerza fué disuelta por los continuos ataques de las tropas del dictador, y nuestro biografiado tuvo que permanecer oculto, hasta que en Julio de 1855 el pueblo de Oaxaca derrumbó á las autoridades usurpadoras estableciendo otras escogidas entre el círculo republicano.

Porfirio Díaz fué entonces nombrado Sub-prefecto del Distrito de Ixtlán, donde estuvo inconforme respecto á la marcha política del Gobernador del Departamento Don Nicolás Fernández y Muedra, que había establecido su gobierno en Villa Alta.

Pero para comprender los sucesos posteriores, tenemos que fijarnos por un momento siquiera en los graves hechos que en aquellos días se consumaron en la capital del Estado.

En aquella entidad federativa, convertida entonces en Departamento por el centralismo, los movimientos revolucionarios, cualquiera que fuese el partido que los realizara, sólo se efectuaban en la capital, pues los Distritos secundaban en su mayoría el plan proclamado por

el vencedor. Los vencidos en tanto se dispersaban, hasta que volviendo á recobrar su vigor, tornaban á la lucha obteniendo el triunfo á su vez.

El Estado estaba dividido en ocho Departamentos, y entre éstos se contaba el de Villa Alta, al cual pertenecía Ixtlán, cuya Sub-prefectura estaba sometida al Jefe del Departamento.

Ixtlán está situado al Noroeste de Oaxaca, en la gran cordillera oriental que atraviesa la República. Su población laboriosa y honrada estaba en tal suerte abatida, que su falta de espíritu originó que quedara exceptuada de todo servicio militar. Solo Porfirio Díaz supo despertar á aquel pueblo, hacerlo guerrero y lanzarlo enérgico y valiente á la vida política é inspirarle un espíritu de progreso.

Con esos elementos nuevos é inespertos se preparaba el joven Sub-prefecto á luchar contra los cuerpos disciplinados de Santa Anna.

En la época á que hemos llegado, los liberales de Oaxaca, fuertes con la opinión, alcanzaron que el General García, Gobernador del Estado, reconociese por unos días el plan de Ayutla; pero como en éste se proclamaba la disolución del ejército, los Jefes y Oficiales que rodeaban á García lo obligaron á que hiciera una contra revolución, contando con el 4º Regimiento de Caballería, el 10º de Infantería de línea y la brigada del General Callejo.

Con tan poderosos recursos pudo el Gobernador García imponerse á los republicanos, y éstos tuvieron que ceder. Don Ignacio Mejía, que fué más tarde Ministro de la Guerra, y que entonces era uno de los Jefes del movimiento á favor del plan de Ayutla, pactó con García una capitulación, desconfiando del pueblo que militaba á sus órdenes, y á pesar de ocupar la fuerte posición de Santo Domingo.

Un grito de indignación acogió tal acto de Mejía: los republicanos desconocieron á este Jefe, que se vió expuesto á perder la vida por su debilidad; y aquellos desocuparon el convento de Santo Domingo para atacar al 4º Regimiento que cargaba sobre ellos á la lanza, haciéndoles muchos muertos. Esto pasaba el 12 de Diciembre de 1855.

Los republicanos quedaron derrotados.

Creyó entonces García que había dominado la revolución y mandó circulares á los Gobernadores de los Departamentos y Sub-prefectos para que reconocieran el gobierno de Santa Anna.

Porfirio Díaz, Sub-prefecto de Ixtlán, contestó negándose y amenazando con marchar sobre Oaxaca. García entonces intimó á Díaz que se sometiese ó que recurriera á la fuerza armada; pero el joven republicano, en vez de acatar aquellas órdenes, avanzó con 300 hombres bien armados y municionados hasta la Parada, donde hizo alto, despues de haber dirigido á los demás Sub-prefectos y Jefes de los Departamentos una circular excitándolos á que sostuvieran los principios de la revolución liberal.

Allí recibió la noticia del desastre causado por la capitulación de Mejía, á la vez que le indicaban sus correligionarios que en Oaxaca hacían la revolución, la necesidad de abstenerse por aquellos momentos de todo acto inoportuno que comprometiera el éxito.

Porfirio, obsequiando la orden de los directores, retrocedió á Ixtlán licenciando su fuerza; pero no fué largo aquel paréntesis y pronto volvieron los republicanos á la lucha con más vigor y energía. Entonces éstos tenían á su frente á Luis Carbó, que era con quien estaba en relaciones directas el joven Díaz.

El partido reaccionario, envalentonado por los sucesos de Diciembre, creyó que había llegado la hora de reprimir enérgicamente toda tendencia de libertad, y la Autoridad Militar de Oaxaca dictó medidas verdaderamente opresivas y vejatorias contra el pueblo.

Exasperados los liberales salieron de su inacción y tomando las armas se apoderaron de Santo Domingo, á pesar de la resistencia opuesta por los reaccionarios. Mejía, que quizá reconoció su error, Díaz Ordaz y una multitud de patriotas, realizaron aquel audaz movimiento. Y éstos llamaron al Sub-prefecto de Ixtlán para que se les uniera con la fuerza que tuviera. Díaz reunió ciento cincuenta hombres, llegando oportunamente á la capital del Estado, y tomando una parte muy activa en el triunfo de los republicanos.

## CAPITULO II.

Triunfo del Plan de Ayutla.—Juarez Gobernador de Oaxaca.—Guerra civil.—Porfirio es nombrado capitán, y marcha sobre los reaccionarios de Oaxaca.—Batalla de Ixcapa.—Invade Cobos el Estado.—Sitio de Oaxaca y llegada de Porfirio á esta ciudad.—Episodios del sitio.—Asalto de las posiciones reaccionarias.—Triunfo de los constitucionalistas.—Campaña de Tehuantepec.



O podemos detenernos en relatar los episodios que en aquella época de gloria tuvieron lugar en el resto del país; pero sí consignaremos que al fin la dictadura había sucumbido, que uno á uno fué perdiendo Santa Anna todos los Estados, y que la revolución de Ayutla avanzaba triunfante sobre la Capital.

En Oaxaca había sido designado Gobernador y Comandante militar Benito Juárez, quien nombró Comandante de Batallón á Porfirio Díaz, en pago de los servicios que éste había prestado. Díaz renunció modestamente un empleo que no creía merecer, y volvió á la Sub-prefectura de Ixtlán donde se consagró á sus labores administrativas.

Entre tanto se consumaba en la Capital el pensamiento radical de la revolución republicana, la formación de un Código Constitutivo de la Nación, que hiciera cesar la anarquía y sirviera de lábaro al pueblo en la lucha que tenía que sostener para su reforma política y social.

En tanto que el Congreso Constituyente discutía la Carta Magna del pacto federativo, el clero y el partido conservador, que se sentían amenazados de muerte, hicieron un esfuerzo supremo prodigando el oro y excitando el fanatismo, y encendieron la guerra civil en toda la extensión de la República.

El partido liberal dió entonces una muestra de su fuerza y de su omnipotencia, arrojando la tempestad que amenazaba derribarlo. Con una actividad vertiginosa el Ejecutivo de la Unión organizaba las guardias nacionales para batir á los cuerpos del ejército que defecionaban pasándose á la reacción, á la vez que los constituyentes, sin arredrarse ante el torbellino de fuego y sangre que los rodeaba, iban formulando la Constitución que fué solemnemente proclamada el 5 de Febrero de 1857.

El Estado de Oaxaca no se escapó de la conflagración general, y numerosas gavillas reaccionarias aparecieron en él, sobre todo en los distritos del Sur. El Gobierno llamó entonces de nuevo á las armas á las Guardias nacionales, nombrando Capitán á Porfirio Díaz el 22 de Diciembre de 1856: y éste entró á servir en el 2º Batallón del Estado, el que junto con el Primer Batallón prestó á la República tan eminentes servicios, hasta que fueron enteramente destruídos al incendiarse las municiones del Ejército de Oriente en San Andrés Chalchicomula.

Porfirio Díaz marchó con su Batallón al Sur de Oaxaca en persecución de los reaccionarios, concurriendo á la Batalla que se dió en Ixcapa el 13 de Agosto de 1857, en la que se batió con tal brío que mereció un aplauso de sus Jefes, quedandó gravemente herido en esta acción.

Cuatro meses duró curándose de aquella herida, de la que no había sanado aún cuando tuvo que volver al servicio, por haber invadido el español José María Cobos el Estado con una fuerte división reaccionaria.

El célebre guerrillero del clero marchó rápidamente sobre Oaxaca, sitiando y ocupando la mayor parte de la ciudad, en cuyo lado Norte tuvo que concentrarse el Gobierno con sus fuerzas y empleados. Entonces se confió á Porfirio Díaz la defensa de Santa Catarina, con un piquete de Tuxtepec al mando del sub-teniente Marcos Carrillo, y una compañía de Ocotlán, mandada por el Capitán Ramón del Pino.

En estos momentos llegó al campo republicano la Guardia Nacional de Ixtlán; pero manifestando que deseaba servir á las órdenes de su antiguo Jefe, Porfirio: y al participar Mejía á Díaz Ordaz estos hechos, expuso cuán sensible era que la herida de Díaz no le permitiera tomar el mando de aquellas fuerzas, cuyo auxilio era tan importante. Porfirio Díaz, que accidentalmente había escuchado aquella conferencia, se presentó exponiendo que, á pesar de que aún sufría demasiado, estaba pronto á volver al servicio activo con las nuevas tropas.

Y en efecto, al mando de éstas ocupó tres manzanas del enemigo.

Sin embargo la situación del Gobierno era difícil, porque á la vez que los reaccionarios estrechaban el sitio y aumentaban sus elementos, éstos se agotaban en el campamento republicano, especialmente los víveres.

Alojábase Porfirio en la casa del liberal José Antonio Gamboa, hoy Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda, y desde las azoteas examinaba la línea enemiga, que distaba apenas el ancho de la calle, y por el costado Sur sólo estaba separada por dos casas.

Desde aquella altura pudo observar que en una de las casas ocupadas por los reaccionarios había algunos víveres, en pequeña cantidad, pero que podían servir para él y para sus oficiales, que carecían de todo, pues procuraban primero que la tropa no careciese del rancho.

Resuelto Porfirio á apoderarse de aquellos víveres, en las altas horas de la noche y acompañado sólo de su asistente penetró en efecto á la casa, y sin ser sentido, hizo que el soldado cargara con cuanto podía servir para sus compañeros.

Al día siguiente Porfirio Díaz, preocupado lo mismo que los demás Jefes republicanos por la falta de víveres, al contestar el fuego que le hacían de una trinchera, notó que las balas levantaban un polvo blanco de los tercios con que aquella estaba formada, y compren-

dió que eran de harina. Propuso entonces á Mejía asaltar aquella trinchera, y apoderarse de los tercios y llevarlos al campamento liberal, ofreciendo ejecutar aquella operación.

Aceptada la idea se convino que Porfirio atacaría la trinchera con sólo veinticinco hombres armados, y que se le enviaría, cuando fuera dueño del punto, el número suficiente de soldados sin armas para que cargaran la harina. Se dispuso, además, que, en tanto que Díaz intentara tan audaz empresa, una columna llamaría con un falso ataque la atención del enemigo por otro lado.

Concluidos los preparativos, Porfirio Díaz se lanzó lleno de brío sobre la trinchera, y á pesar del fuego vivísimo con que lo recibieron los reaccionarios logró apoderarse del punto; pero no llegaron los que debían trasportar la harina, ni se intentó el otro ataque.

En vano esperó el joven oficial bajo el fuego del enemigo durante mucho tiempo: hasta que viendo que le era imposible resistir ante fuerzas tan superiores, se retiró con sólo cinco hombres de los veinticinco que había llevado: los demás habían quedado en el puesto muertos ó heridos.

Porfirio apenas pudo llegar á su línea por la hemorragia de su antigua herida, que se había abierto en los esfuerzos sobre humanos de aquel combate.

Esta heroica acción tuvo lugar el 9 de Enero de 1858.

Cansados por fin los liberales de aquella situación resolvieron atacar la parte de la ciudad ocupada por los reaccionarios, y en las primeras horas de la mañana se dió el asalto formal sobre la plaza.

A pesar de que Porfirio Díaz sufría muchísimo con su herida, pidió ser relevado del punto que defendía, para tomar parte en el combate: se le dió el mando de una de las tres columnas que atacaron, por haber sido herido el Jefe de ella, y fué uno de los primeros que penetró á la plaza principal. Hay que tener en cuenta que en estos ataques el Señor Díaz era molestado por la caballería reaccionaria que amenazaba sus flancos y su retaguardia: entonces para cubrirse, con la madera y sombras del mercado, improvisó una especie de caballos de frisa que estorbaran al enemigo, pudiendo avanzar rápidamente.

Con jefes de tal brío poco pudieron resistir los reaccionarios, y

el triunfo sobre éstos fué espléndido y completo, ocupando las tropas del Gobierno el Palacio, y retirándose Cobos hasta Tehuantepec. Y como los Republicanos carecían de caballería, no pudieron perseguir inmediatamente al enemigo.

Constituido el Gobierno Republicano en la Capital del Estado, procedió á reorganizar su administración á fin de procurarse recursos para continuar la guerra, que no había terminado, porque la reacción contaba aún con poderosos elementos.

Pronto se organizó una columna que marchó á Tehuantepec en persecución de los Cobos y Moreno que levantaban nuevas fuerzas para reponer sus pérdidas: Porfirio Díaz formaba parte de aquella expedición compuesta apenas de las dos compañías de preferencia de cada uno de los batallones 1º, 2º y 3º de la Guardia Nacional de Oaxaca.

Si hiciéramos una narración detallada de aquella campaña, desnaturalizaríamos el carácter de este trabajo, exclusivamente consagrado á trazar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz, Presidente hoy de la República Mexicana. Tenemos, pues, que limitarnos á tocar sólo aquellos sucesos que tienen una relación forzosa con los actos del joven soldado, cuya carrera sin mancha nos complacemos en seguir.

Ruda fué en efecto la campaña emprendida sobre los sublevados de Tehuantepec, que contaban entre sus principales elementos, además de la audacia de sus Jefes que habían llegado á adquirir una triste celebridad, mayor número de tropas, más del doble de las republicanas, y la cooperación de aquellas poblaciones que tomaron parte decididamente por la reacción.

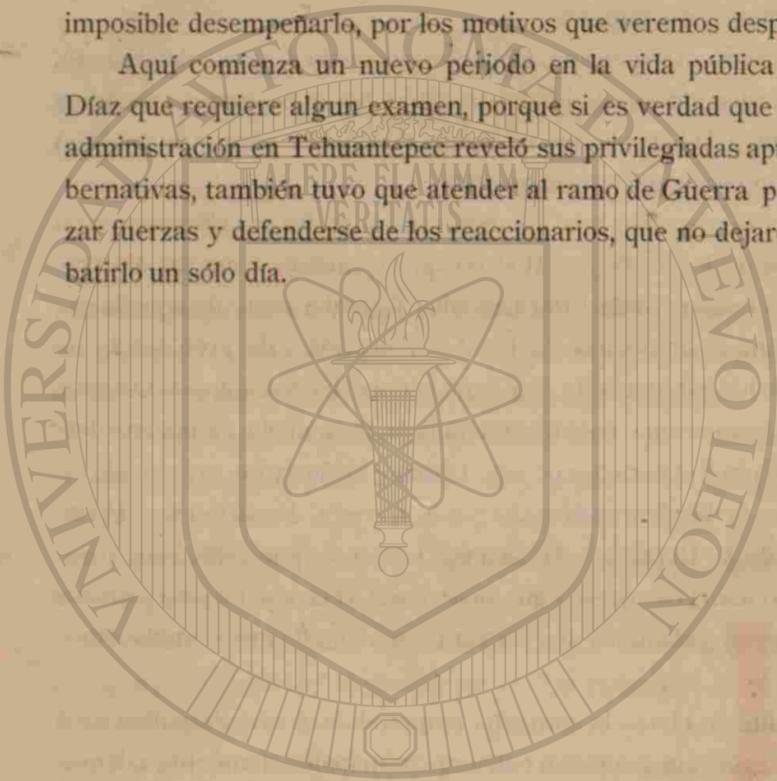
Después de marchas forzadas y de sostener algunas escaramuzas, las tropas del Gobierno se encontraron con el ejército de Cobos y Moreno en Jalapa, lugar situado á siete leguas al Poniente de Tehuantepec.

Los Jefes liberales, según hemos dicho ya, sólo llevaban seiscientos hombres, mientras que los Cobos contaban con mil quinientos; sin embargo, después de un combate rápido y reñidísimo los reaccionarios fueron completamente derrotados.

Porfirio se había distinguido tanto en aquella acción, que al ser

ocupada la ciudad de Tehuantepec, algunos días después, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Departamento, puesto que no habían admitido Jefes de más alta graduación, porque creían imposible desempeñarlo, por los motivos que veremos después.

Aquí comienza un nuevo período en la vida pública del Señor Díaz que requiere algún examen, porque si es verdad que durante su administración en Tehuantepec reveló sus privilegiadas aptitudes gubernativas, también tuvo que atender al ramo de Guerra para organizar fuerzas y defenderse de los reaccionarios, que no dejaron de combatirlo un sólo día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO III.

Golpe de Estado de Comonfort—Juarez asume el mando.—La coalición de los Estados.—Triunfo de los reaccionarios.—Retirada de Juarez de Guadalajara después del pronunciamiento de Landa.—Guerra de los tres años.—Oaxaca ocupada por los constitucionalistas.—Campaña de Tehuantepec.



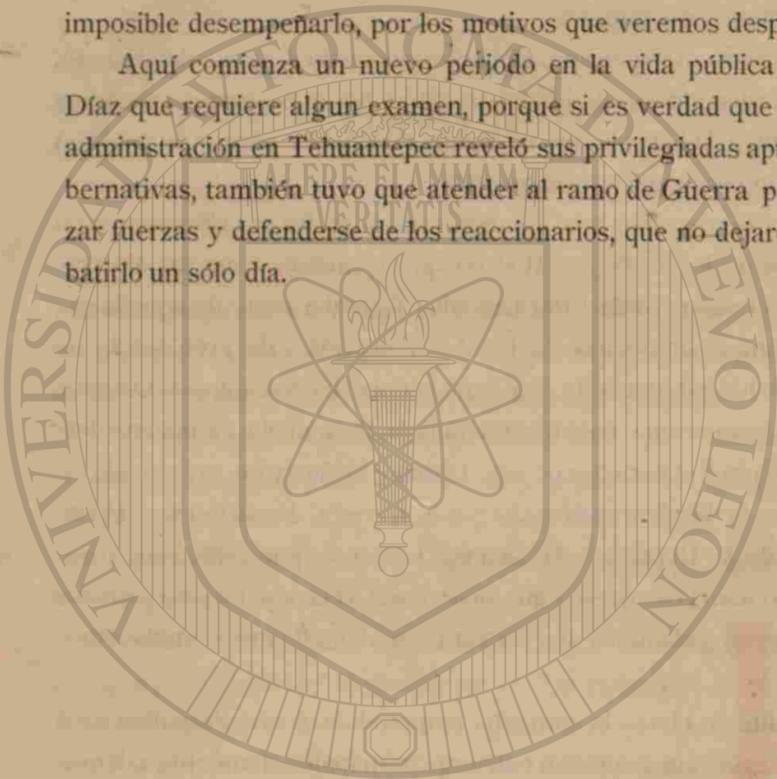
**NÚTIL** nos parece extendernos sobre los sucesos políticos tan graves que entonces se consumaban en el país, porque no hacemos la historia de aquella revolución.

Sólo tenemos que recordar que en el trascurso de un año habían tenido lugar hechos importantísimos que cambiaron radicalmente el aspecto de la cosa pública. Mencionaremos aquellos cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que pasaba en el Estado de Oaxaca.

Promulgada la Constitución en 5 de Febrero de 1857 y electo Presidente Constitucional el General Ignacio Comonfort, apenas acababa éste de jurar el Código Constitutivo de la República cuando lo violó, dando un golpe de Estado que trastornó el orden legal.

ocupada la ciudad de Tehuantepec, algunos días después, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Departamento, puesto que no habían admitido Jefes de más alta graduación, porque creían imposible desempeñarlo, por los motivos que veremos después.

Aquí comienza un nuevo período en la vida pública del Señor Díaz que requiere algún examen, porque si es verdad que durante su administración en Tehuantepec reveló sus privilegiadas aptitudes gubernativas, también tuvo que atender al ramo de Guerra para organizar fuerzas y defenderse de los reaccionarios, que no dejaron de combatirlo un sólo día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO III.

Golpe de Estado de Comonfort—Juarez asume el mando.—La coalición de los Estados.—Triunfo de los reaccionarios.—Retirada de Juarez de Guadalajara después del pronunciamiento de Landa.—Guerra de los tres años.—Oaxaca ocupada por los constitucionalistas.—Campaña de Tehuantepec.



**I**NÚTIL nos parece extendernos sobre los sucesos políticos tan graves que entonces se consumaban en el país, porque no hacemos la historia de aquella revolución.

Sólo tenemos que recordar que en el trascurso de un año habían tenido lugar hechos importantísimos que cambiaron radicalmente el aspecto de la cosa pública. Mencionaremos aquellos cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que pasaba en el Estado de Oaxaca.

Promulgada la Constitución en 5 de Febrero de 1857 y electo Presidente Constitucional el General Ignacio Comonfort, apenas acababa éste de jurar el Código Constitutivo de la República cuando lo violó, dando un golpe de Estado que trastornó el orden legal.

El Señor Juárez, electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, había sido reducido á prisión durante el motín de Tacubaya. Pero puesto en libertad, marchó al interior donde los Estados coligados estaban prontos á sostener la Constitución.

Los constitucionalistas habían sido derrotados en Salamanca después de un combate reñidísimo y sangriento. Los batallones de los Estados después de sufrir fuertes pérdidas se habían dispersado, y sólo varios Jefes y Oficiales, reuniendo algunos soldados se retiraron en buen orden, marchando al Poniente para unirse al Gobierno Constitucional.

Este grupo merece una especial mención, por la parte que tomó en la salvación del personal del Ejecutivo, durante la violenta retirada que tenía éste que hacer ante las tropas que defecionaban pronunciándose por la reacción.

Conocido es el terrible incidente acaecido en Guadalajara, en que el Señor Juárez, sus Ministros y los altos empleados que lo acompañaban iban á ser fusilados por la misma Guardia del Palacio, que se había pronunciado por el plan de Tacubaya.

Guillermo Prieto con su arrebatadora elocuencia salvó al Presidente, colocándose entre éste y el pelotón que había penetrado al salón é iba á hacer fuego sobre el ilustre patricio. Las Guardias Nacionales, los estudiantes y el pueblo lanzáronse sobre los cuerpos pronunciados, sacaron á los presos de su prisión y el Primer Magistrado pudo entonces salir de Guadalajara dirigiéndose á la costa.

Pero el Gobierno iba casi sólo, sin más escolta que algunos de los valientes de Salamanca, que seguían con lealtad la bandera de la Constitución.

Esa escolta la mandaba el General Iniestra y sólo se componía de 100 infantes y 25 caballos; pero entre sus Oficiales iban Leandro Valle, el joven héroe sin tacha y sin miedo, é Ignacio Escudero, que con tanta decisión seguía la causa liberal desde los primeros años de su juventud.

Con tan insignificante escolta en un país enteramente incendiado, llegó el Gobierno á Santa Ana Acatlán el día 20 de Marzo de 1858.

Y apenas entraba á su alojamiento el Señor Juárez cuando se recibió la noticia de que Landa el autor del motín de Guadalajara, el que

defecionando combatía á la República con las tropas que éste le había confiado, se aproximaba á la población en persecución del Presidente.

Leandro Valle y Escudero en el acto ocuparon las alturas y rechazaron los primeros ataques de los reaccionarios, y aquel puñado de republicanos, con su serenidad y decisión, batieron á los asaltantes hasta arrojarlos de las calles que habían ocupado.

Aunque nos alejemos un poco de nuestro objeto, debemos consignar un hecho que honra altamente la memoria de Juárez: el General Iniestra creía que la pequeña escolta sería vencida, y se ocupó durante el combate de hacer una horadación en la espalda de la casa que habitaba Juárez: y propuso á éste que se escapara por allí á caballo mientras Escudero y Valle contenían al enemigo: Juárez entonces con esa magestuosa impassibilidad de su carácter le contestó que jamás abandonaría á los que se batían por defender la legalidad.

Por fin se retiró Landa con sus 800 hombres y el Gobierno pudo continuar su marcha á la Hacienda de Estipac, de allí por la Sierra de Japalpa á Sayula, Zapotlán y Colima, para embarcarse en el Manzanillo.

Al despedirse Juárez de los jóvenes Oficiales que tan valientemente lo habían salvado, después de haberles dado el ascenso inmediato, los estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquella lucha gigante que entonces sostuvo el Señor Juárez contra la reacción que hacía sus últimos pero poderosísimos esfuerzos, por detener el torrente de la reforma que avanzaba hundiendo el pasado en olas de sangre; en medio del trabajo gigantesco del encargado del Poder Ejecutivo para organizar elementos y sostener con las armas la legalidad, no olvidaba aquel enérgico republicano á Oaxaca, donde sabía que un gran partido sostendría siempre los principios republicanos. Y en efecto, sólo en aquel Estado se perpetuó el orden Constitucional, sin que lograra la dictadura apoderada de la capital, á pesar de las nuevas tropas que envió á Oaxaca, ocupar definitivamente esta ciudad.

Vamos, pues, á continuar la historia de aquella guerra de tres años, en cuyos combates tomó tanta parte como gloria el joven Porfirio

Díaz, conquistando paso á paso cada grado en su carrera con su audacia y su valor.

Confinado al Departamento de Tehuantepec, sin más elementos que unos cuantos hombres, sin dinero y sin municiones, sólo por su lealtad y su génio administrativo, pudo aceptar un encargo que había arretrado á Jefes de más prestigio y graduación.

Todos los pueblos de aquel territorio eran profundamente hostiles á los republicanos, y sus poblaciones tomaban las armas en pró de la reacción y daban á los soldados del clero dinero, provisiones y todo género de auxilios.

Quinientas leguas cuadradas de bosques vírgenes, desiertos mortíferos y fragosas serranías tenía el Departamento confiado al joven soldado; sus pueblos muy distantes unos de otros estaban enteramente aislados del centro, y sus sesenta mil habitantes, extraños á la evolución del progreso, vegetaban dominados por sus curas y por los grandes propietarios.

En aquellas poblaciones atrofiadas por el atraso colonial y sumidas en el marasmo era imposible improvisar tropas, tanto más cuanto que entre las dos de más importancia, Tehuantepec y Juchitán reinaba un perpétuo antagonismo.

Porfirio con solo ciento cincuenta hombres tenía que sostenerse, hacer respetar su autoridad y acopiar elementos de guerra para resistir á quinientos tehuantepecanos, que con el nombre de *patricios* habían tomado las armas á favor de la reacción.

El Gobernador republicano sufriendo con su herida que se había enconado por no habersele extraído el proyectil, y sintiendo la hostilidad que lo rodeaba, se vió obligado á encerrarse en el convento de Santo Domingo, para no ser sorprendido, y á sostener diariamente un ataque, y que velar incesantemente porque eran más audaces las tentativas durante la noche, hasta llegar los *patricios* á matar á los centinelas con la bayoneta.

La población de Tehuantepec era cómplice en todos estos hechos, y no sólo ayudaba á las fuerzas reaccionarias que penetraban á la ciudad, sino que alojaban á los heridos, á los cansados y les ministraban todo género de recursos.

Llegó á fatigarse Porfirio de aquella situación, y resolvió cortarla á fuerza de audacia tomando la iniciativa, á pesar de la inferioridad en número de sus tropas y de lo reducido de sus elementos de guerra.

El 13 de Abril de 1858 tuvo noticia de que se hallaban algunos Jefes reaccionarios con una numerosa fuerza en un rancho inmediato, llamado «Las Jícaras.»

Resolvió el joven Capitán atacarlos y con una pequeña columna salió á las altas horas de sus posiciones, y marchando á paso veloz para llegar antes que recibiese algún aviso el enemigo logró sorprender á éste, se lanzó sobre él, y después de un combate reñidísimo y sangriento, los republicanos alcanzaron una espléndida victoria sobre aquella fuerza reaccionaria, tres veces más numerosa, de la que se dispersaron muchos quedando al campo cubierto de heridos y muertos; entre éstos estaba el Coronel Conchado, el más importante de los Jefes reaccionarios:

Con aquel triunfo ya pudo dominar la situación el valiente Capitán, no sólo porque ya no se atrevían los *patricios* á atacarlo y podía obrar en un círculo mayor, sino porque tomó una enérgica iniciativa, aumentó su fuerza con gente de San Blas y Juchitán, la enseñó á vencer á un enemigo superior en número y en recursos, y se hizo al fin respetar, estimar y querer en todo Tehuantepec, que se denominaba ya Distrito, desde que se organizó definitivamente el Estado de Oaxaca bajo el régimen constitucional.

Luego que el Gobierno de esta entidad federativa tuvo noticia del triunfo obtenido en «Las Jícaras» por Porfirio, ascendió á éste á Comandante de Batallón en premio de sus eminentes servicios. En efecto, en aquella lucha oscura, en un rincón ignoto de la República, un joven sin nombre aún, desconocido entre las eminencias que descollaban en los bandos contendientes, rodeado de enemigos audaces y poderosos, había improvisado en un pueblo hostil y reaccionario un partido liberal vigoroso, y creando elementos á fuerza de paciencia y energía, se encontró al frente de tropas valientes y disciplinadas que aprendieron á batir á los contrarios, tres veces mayores en número, tomando de ellos las armas y municiones que les faltaban.

El Decreto expedido en 30 de Marzo de 1858 por el Gobierno

Constitucional del Estado, estableciendo los distritos políticos en lugar de los Departamentos planteados por la reacción, Porfirio Díaz quedó con el carácter de Jefe Político de Tehuantepec, lo que en algo disminuía las facultades de que como Gobernador y Comandante militar estuvo investido.

En momentos tan difíciles, y cuando la reacción hacía poderosos esfuerzos para prolongar la lucha, Porfirio fué atacado de una fiebre violentísima que puso en peligro su vida.

Los reaccionarios creyeron que era el momento oportuno de acabar con aquel poderoso adalid de la libertad que, postrado en el lecho, no podría llevar á la victoria á sus tropas desmoralizadas por la falta de su Jefe. Entonces los patricios sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos intentando asaltarlo.

El combate fue vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido sino tomaba una resolución suprema. Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada y se presentó ante sus soldados que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puntos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo desplomado por el vértigo y sin sentido. Sus soldados lo llevaron en hombros á su lecho; pero el enemigo había sido rechazado.

Aquel triunfo dió algún respiro al joven soldado, quien pudo entonces cuidar de su salud con alguna calma, tanto más cuanto que en aquella época llegaron á Tehuantepec los médicos americanos de la Compañía encargada del camino carretero del Istmo. Aquellos hábiles cirujanos extrajeron al Señor Díaz el proyectil que por tanto tiempo había permanecido en su herida, y que no dejaba que ésta se cicatrizara.

Al recobrar su vigor pudo emprender una enérgica campaña contra los reaccionarios que volvían á presentarse más poderosos, alentados por los triunfos que alcanzaban en varios puntos de la República.

Tornaron los patricios á acercarse en gran número á Tehuantepec, y Porfirio, que casi nunca pudo permanecer inerte á la defensiva, se preparó á salir á combatirlos. En efecto, marchó violentamente sobre los reaccionarios y dándoles alcance á una legua de la ciudad, en

un lugar llamado «La Mantequilla,» después de un combate reñidísimo los derrotó tan completamente que los *patricios* se retiraron hasta Pochutla, ocupada por Manzano el reaccionario, quedando en paz todo el distrito de Tehuantepec. En esta función de armas, murió el Teniente Coronel Espinosa.

Esta campaña mereció á Porfirio el ascenso á Teniente Coronel de Guardia Nacional.

El Señor Juárez había conseguido al fin establecer en Veracruz el centro del gran movimiento social que se consumaba en la República, y que se llamó la guerra de Reforma. Al Gobierno interino constitucional ocurrían los Jefes de las fuerzas republicanas reconociendo la autoridad de aquél, obedeciendo sus órdenes y pidiéndole recursos en armas y en dinero.

De los Estados Unidos se enviaron á Tehuantepec siete mil fusiles, parque, pólvora, plomo, correaje y vestuario, confiando todo al Señor Díaz, para que éste lo remitiera á Acapulco, á fin de que sirviera para las fuerzas que los republicanos organizaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para que lo hiciera llegar á su destino.

Pero en aquellos momentos los constitucionalistas sufrían en el Estado de Oaxaca un desastre que tuvo fatales consecuencias para la revolución. En la capital de dicha entidad federativa había organizado el General Iniestra una brigada de más de tres mil hombres, que salió con aquél Jefe al encuentro de los reaccionarios que marchaban sobre la ciudad.

Relevado del mando el General Iniestra por el General Ignacio Mejía, sufrió éste una completa derrota en Teotitlán del Camino, dispersándose toda la fuerza y quedando en poder del enemigo el parque, el armamento y la artillería.

El Gobierno constitucional del Estado tuvo que abandonar la capital de Oaxaca, retirándose á Ixtlán con doscientos hombres, resto de las fuerzas que había creado Porfirio Díaz. Cobos ocupó entonces á Oaxaca, y sucesivamente todo el Estado, menos Ixtlán, Juchitán, Tehuantepec, Villa Alta y Chapam.

Y sabedor el célebre guerrillero reaccionario del convoy de guerra que existía depositado en Tehuantepec, organizó violentamente

una expedición de más de ochocientos hombres de las tres armas. En ella iba un batallón de *patricios* y los mejores guerrilleros del rumbo, como Ojeda, Manzano y Trujeque.

Cobos tenía una confianza absoluta en el éxito de aquella empresa, porque sabía que el Teniente Coronel Díaz solo contaba con una pequeña fuerza, hostilizada por toda la población del Distrito que pertenecía resueltamente al bando reaccionario.

Porfirio Díaz, entre tanto ignoraba lo ocurrido en la capital del Estado, por la distancia e incomunicación en que se encontraba con aquella ciudad. Pero el Ministro de la Guerra le comunicó desde Veracruz la derrota de Teotitlán y la pérdida de Oaxaca, previniéndole que destruyese el armamento y los pertrechos de guerra que le había enviado, quemándolos o arrojándolos al mar, y que se retirase con su fuerza para Veracruz, á cuyo efecto ponía á su disposición el vapor Xúchil, en el lugar de ese nombre en el río Coatzacoalcos.

Pero Díaz no se desanimaba ante la derrota, y lleno de fé en su causa, contestó al Ministro Ocampo que no se resolvía á privar á las tropas de la República de tan importantes como valiosos elementos, y que por tanto estaba resuelto á conservarlos afrontando ya la responsabilidad en caso de una desgracia, y el juicio favorable de su Gobierno si lograba salvarlos.

Y esta decisión la tomó el Señor Díaz cuando sabía que iba Ojeda á batirlo y se encontraba rodeado de todo el vecindario de Tehuantepec, que ayudaría á los reaccionarios, porque entre ellos venían sus parientes y sus amigos.

Aprovechando las simpatías que se conquistó en Juchitán y el odio que siempre había reinado entre ambos pueblos, apeló á los juchitecos para que le ayudaran á salvar tan importante depósito. Entregó todo á aquellos buenos patriotas, sacó el armamento, el parque, el vestuario y el equipo con 200 carretas, y evacuó la ciudad en un orden perfecto, acampando á siete leguas de Tehuantepec, enviando el convoy más lejos.

Los reaccionarios ocuparon la ciudad, y tanto éstos como Díaz, procuraban aumentar sus fuerzas antes de emprender una campaña.

Porfirio fué quien primero tomó la iniciativa después de haber

dado personalmente instrucción á sus reclutas, y cuando los creyó suficientes para el combate, emprendió en las primeras horas de la noche del 24 de Noviembre de 1859 su marcha sobre Tehuantepec por veredas que solo de él eran conocidas, y que descubrió en sus anteriores campañas contra los *patricios*: al llegar á la ciudad sorprendió una avanzada del enemigo tan completamente que ésta no pudo dar la voz de alarma ni disparar un solo tiro.

Se informó con los prisioneros de las posiciones que ocupaba en la ciudad el enemigo, y á la primera luz del alba, al toque de diana, lanzó sobre los puntos donde había fuerza reaccionaria pequeñas columnas, mientras él asaltó el cuartel, hasta posesionarse del edificio.

Ya establecido sólidamente en éste con alguna fuerza, acudió á socorrer la del Cerro de la Cueva, que en columna de ataque fué rechazada, ocupando al fin la Prefectura, y haciendo prisionera la fuerza de infantería.

La caballería reaccionaria, en tanto, se precipitaba por las calles cargando sobre los republicanos. Porfirio, que solo tenía infantería, tuvo que rechazar las cargas formando apresuradamente cuadros, y esto con soldados bisoños y que por primera vez entraban al fuego. Al fin la caballería abandonó la población y el Jefe republicano no pudo perseguirla más que en un espacio de dos leguas.

A las diez de la mañana Porfirio Díaz entró victorioso á Tehuantepec, vivamente aclamado por sus soldados: ya entonces pudo dar parte al Gobierno Constitucional de la victoria que el día 25 de Noviembre de 1859 había alcanzado, derrotando con 300 hombres la brigada de los reaccionarios, ocupando la ciudad de Tehuantepec, y salvando el valioso depósito de guerra que se le había confiado.

El Gobierno del Estado, con la misma fecha del triunfo de Díaz, expidió á éste el despacho de Coronel de Guardia Nacional. ®

Porfirio, que entonces apenas contaba veintisiete años de edad, había sostenido durante dos años con un puñado de hombres una lucha desigual, en medio de un pueblo enteramente hostil, sin recibir ni un peso, ni un remplazo del Gobierno General ni del Estado.

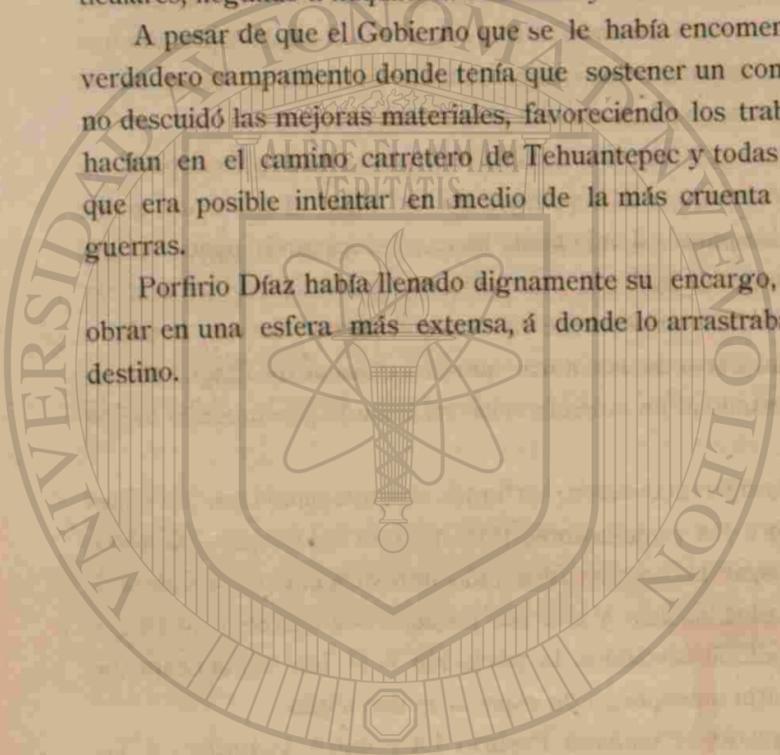
Y en poblaciones pobres, de opiniones reaccionarias, y que le negaban todo género de recursos, construyó municiones, vestuario, pa-

gó sus fuerzas, y á los empleados del Poder Judicial y de la Administración cubriendo todos los gastos de ésta y de la Instrucción pública.

Rígido é íntegro supo conciliar los intereses fiscales con los particulares, llegando á adquirir la confianza y el crédito del comercio.

A pesar de que el Gobierno que se le había encomendado era un verdadero campamento donde tenía que sostener un combate diario, no descuidó las mejoras materiales, favoreciendo los trabajos que se hacían en el camino carretero de Tehuantepec y todas las mejoras que era posible intentar en medio de la más cruenta de nuestras guerras.

Porfirio Díaz había llenado dignamente su encargo, é iba ya á obrar en una esfera más extensa, á donde lo arrastraba su brillante destino.

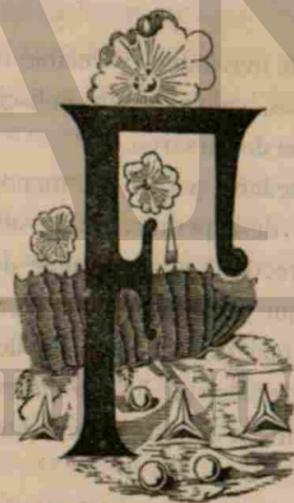


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### CAPITULO IV.

Porfirio Díaz es llamado con sus fuerzas á Oaxaca.—Batalla de Mitla.—Derrota de Cobos en Santo Domingo del Valle.—Muerte del Señor Díaz Ordaz.—Avanzan los republicanos sobre Oaxaca.—División entre los Jefes liberales.—Rosas Landa General en Jefe de los republicanos.—Su ineptitud.—Levanta el sitio de Oaxaca y abandonando sus tropas parte para Veracruz.—Porfirio Díaz rechaza á los reaccionarios en Teococuilco y derrota á Cobos en Ixtepeji.—Sitian de nuevo los constitucionalistas á Oaxaca y la ocupan.—Derrota de la reacción en Calpulalpam.



ATIGADO y hecho pedazos el Jefe reaccionario Trujeque después de la ocupación de Tehuantepec por los republicanos, se retiró para Oaxaca con los restos de su brigada para unirse con Cobos.

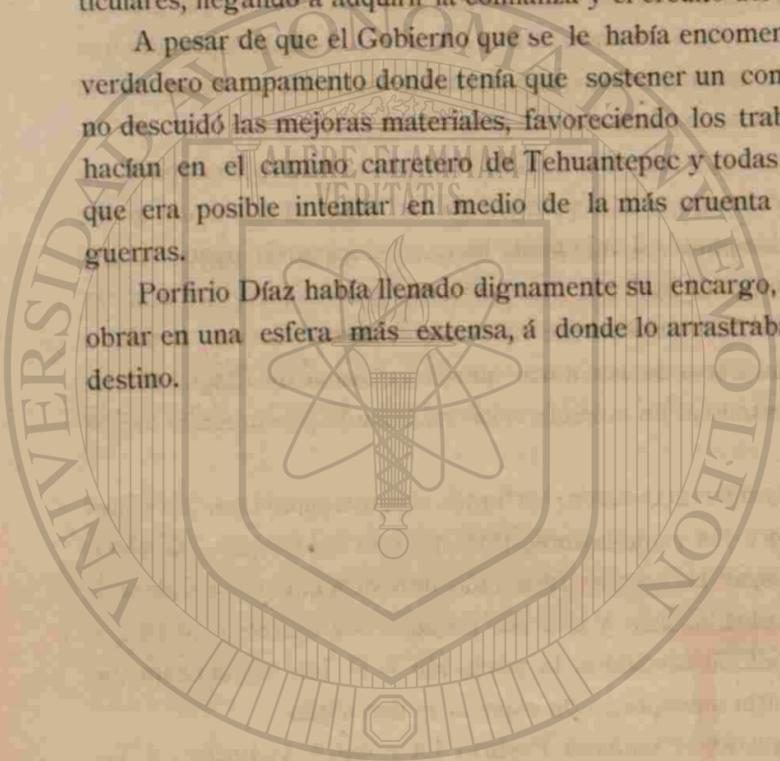
Pero el vencedor no había quedado menos destrozado. Las dos Compañías de Guardia Nacional que se habían puesto á sus órdenes cuando marchó á Tehuantepec, y que constaban de *ciento cincuenta* hombres, habían quedado reducidas á ochenta: Porfirio Díaz organizó rápidamente un Batallón de quinientos hombres, de los cuales unos eran voluntarios de Juchitán y otros reemplazos de Chiapas que había facilitado el Gobernador del Estado.

gó sus fuerzas, y á los empleados del Poder Judicial y de la Administración cubriendo todos los gastos de ésta y de la Instrucción pública.

Rígido é íntegro supo conciliar los intereses fiscales con los particulares, llegando á adquirir la confianza y el crédito del comercio.

A pesar de que el Gobierno que se le había encomendado era un verdadero campamento donde tenía que sostener un combate diario, no descuidó las mejoras materiales, favoreciendo los trabajos que se hacían en el camino carretero de Tehuantepec y todas las mejoras que era posible intentar en medio de la más cruenta de nuestras guerras.

Porfirio Díaz había llenado dignamente su encargo, é iba ya á obrar en una esfera más extensa, á donde lo arrastraba su brillante destino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### CAPITULO IV.

Porfirio Díaz es llamado con sus fuerzas á Oaxaca.—Batalla de Mitla.—Derrota de Cobos en Santo Domingo del Valle.—Muerte del Señor Díaz Ordaz.—Avanzan los republicanos sobre Oaxaca.—División entre los Jefes liberales.—Rosas Landa General en Jefe de los republicanos.—Su ineptitud.—Levanta el sitio de Oaxaca y abandonando sus tropas parte para Veracruz.—Porfirio Díaz rechaza á los reaccionarios en Teococuilco y derrota á Cobos en Ixtepeji.—Sitian de nuevo los constitucionalistas á Oaxaca y la ocupan.—Derrota de la reacción en Calpulalpam.



ATIGADO y hecho pedazos el Jefe reaccionario Trujeque después de la ocupación de Tehuantepec por los republicanos, se retiró para Oaxaca con los restos de su brigada para unirse con Cobos.

Pero el vencedor no había quedado menos destrozado. Las dos Compañías de Guardia Nacional que se habían puesto á sus órdenes cuando marchó á Tehuantepec, y que constaban de *ciento cincuenta* hombres, habían quedado reducidas á ochenta: Porfirio Díaz organizó rápidamente un Batallón de quinientos hombres, de los cuales unos eran voluntarios de Juchitán y otros reemplazos de Chiapas que había facilitado el Gobernador del Estado.

Con esta fuerza salió el Coronel Díaz en combinación con las de el gobierno de Oaxaca que continuaba reclutando tropas en Ixtlán. Se trataba de atacar á Cobos que había salido de la capital del Estado con una gruesa columna sobre las fuerzas republicanas que mandaba el Gobernador José María Díaz Ordaz.

A poco de haber salido Porfirio Díaz de Tehuantepec, el 10 de Enero de 1860 los juchitecos, que tan espontáneamente se batían en sus terrenos, se amotinaron queriendo tornar á sus lugares. Porfirio refrenó con su energía aquella sublevación, y haciendo cambiar de rumbo á su columna se dirigió hacia Tlacolula, donde segun las órdenes que había recibido, debía encontrarse la brigada de Díaz Ordaz.

Pero dificultades no previstas ó error en los cálculos, originaron que la fuerza republicana se hallara todavía á gran distancia, y Porfirio sólo tropezó con el mismo Cobos que le salió al encuentro en Mitla con más de mil hombres de las tres armas, perfectamente disciplinados.

El Coronel Díaz se preparó á un combate inevitable, y recibió el primer choque; pero al segundo los juchitecos, valientes pero indisciplinados, fueron arrojados de su posición y se dispersaron.

Porfirio entonces con la fuerza que le quedaba, y que era menor de cien hombres, quiso hacer un esfuerzo desesperado: se arrojó sobre las posiciones que había perdido y las recobró, apoderándose de la artillería enemiga; pero sin artilleros con que servirla, con una fuerza tan reducida como la que tenía mientras que el resto huía en derrota, se vió obligado á retirarse después de destruir los montajes, romper los ejes y quitar los tornillos de puntería de las piezas que había tomado, y que no podía llevar consigo.

Este desgraciado encuentro tuvo lugar el 21 de Enero del mismo año de 1860.

Y cuatro días después Cobos era derrotado en Santo Domingo del Valle por las fuerzas de Oaxaca, aunque esta victoria costó muy cara á los republicanos, pues á los primeros tiros cayó muerto el esclarecido patriota Díaz Ordaz, encargándose el mando al Coronel Cristóbal Salinas.

Pero éste, en lugar de aprovecharse de su triunfo marchando rápidamente y por el camino más corto sobre la capital del Estado, tomó por la falda de la sierra, avanzando con tanta dificultad que para recorrer diez leguas se emplearon cuatro días.

Por fin llegaron los constitucionalistas á Tlaxiáctac, dos leguas al Norte de Oaxaca, á donde se les incorporó Porfirio con la poca fuerza que salvó en el encuentro de Mitla.

En tanto los reaccionarios, que después de la acción de Santo Domingo del Valle pensaban abandonar la ciudad, repuestos de su terror levantaron rápidamente nuevas fuerzas, y acopiaron cuantos elementos les fué posible para la defensa.

Por el contrario, en el campo de los constitucionalistas, establecido en Tlaxiáctac reinaba alguna división, que impidió todavía más que se aprovechara la victoria anterior. Entre el Coronel Salinas encargado del mando militar y el Licenciado Marcos Pérez, que desempeñaba el gobierno como Presidente de la Corte de Justicia por la muerte del Gobernador Díaz Ordaz, había un completo desacuerdo; la autoridad política creía que la militar no se le subordinaba lo suficiente, y juzgaba ésta no encontraba en aquella todo el apoyo que era preciso.

Llegó á tal grado éste antagonismo, que el Gobernador interino nombró Jefe de las fuerzas á Porfirio Díaz, ordenándole que redujese á prisión á Salinas y lo remitiese á Ixtlán bajo segura custodia.

Comprendiendo Porfirio que serían muy desastrosos los resultados de tamaña medida, provocando divisiones entre los Jefes y los soldados frente al enemigo, no ejecutó aquella orden, y logró persuadir al Señor Pérez que era preciso revocarla, consiguiendo reconciliar los ánimos, disponiéndolos al cumplimiento de los deberes contraídos con la patria.

Porfirio que ejercía una influencia absoluta sobre los soldados, que había prestado distinguidísimos servicios á la causa de la libertad, tenía indisputables títulos para ejercer el mando en Jefe de aquellas fuerzas, y hubiera sido elevado á tan alto grado con el aplauso unánime de sus compañeros de armas. Pero en aquella alma honrada no cabía más ambición que la de la gloria, y el acatamiento á la ley.

Afortunadamente tuvieron término aquellas disidencias con haber tomado las tropas republicanas una enérgica iniciativa marchando sobre Oaxaca.

En efecto, los liberales levantaron el campo de Tlalixtac y marcharon sobre la ciudad ocupando el Poniente de ella, y tomando el cerro de la Soledad. Porfirio fué encargado de esta operación, y á pesar de la tenaz resistencia de los reaccionarios sucesivamente fué ocupando parte de la ciudad, estableciendo al fin su primera línea del cerco tan avanzada, que sólo distaba del enemigo el ancho de la calle, conservando esta posición valientemente.

Por desgracia en estos momentos vino de Veracruz la orden de que no se intentara operación alguna sobre la ciudad de una manera formal hasta que llegara el General Rosas Landa, nombrado en Jefe de aquellas fuerzas, y el cual, con su carácter de Jefe, dió esa orden desde Veracruz.

Nada tan desastroso como aquella elección. Rosas Landa que desconocía la clase de gente con que iba á operar, que ignoraba los elementos de que podía disponer y que era enteramente extraño á las necesidades y aspiraciones de aquellos heroicos soldados, no supo formar ni desarrollar un plan perfecto de ataque. Siempre vacilante, indeciso y careciendo de iniciativa, perdió tres meses en operaciones inútiles, lastimó á los Jefes que militaban á sus órdenes, y se enagenó las simpatías de las tropas sacrificadas torpemente ante un enemigo á quien estaban acostumbradas á vencer.

No hacemos aquí la historia de aquella campaña, y no podemos por tanto detenernos en los incidentes que provocaron el desaliento y el cansancio en el campo republicano. Basta decir que Rosas Landa, despues de haber sufrido grandes pérdidas se vió obligado á levantar el sitio, retirándose rápidamente á la sierra.

Tan imprudente retirada fué desastrosísima para los constitucionales que quedaron reducidos á mil hombres, cuando al levantarse el campo constaba aquel cuerpo de ejército de dos mil quinientos hombres.

Forzoso nos es contar el fin de aquel episodio militar, en el cual todas las ventajas fueron de los reaccionarios, tan sólo por la impericia del General en Jefe enviado por el Gobierno general.

Los mil hombres que quedaron, se habían dispersado tomando varios rumbos. El grupo principal acampó en Teococuilco: allí se encontraban Rosas Landa y los principales Jefes como Díaz y Salinas.

Un día, á las once de la mañana, se supo que el enemigo se acercaba al pueblo estando muy próxima la avanzada. El pánico se extendió en el acto por toda la población y los habitantes, aterrados, abandonaron sus hogares temiendo las represalias de los reaccionarios.

Los soldados corrieron en desorden á sus cuarteles y tomaron las armas bajo las órdenes de Díaz y Salinas que, serenos y resueltos, se disponían al combate.

Sólo el General Rosas Landa creyó conveniente en aquellos momentos marchar para Veracruz, en pos de recursos é instrucciones.

Entregó el mando de la fuerza al Coronel Salinas, á pesar de las enérgicas protestas que le hicieron éste Jefe, Porfirio y el Teniente Coronel Cajiga. Pero nada escuchó Rosas Landa y salió á escape del pueblo, llevándose su escolta y algunos Oficiales que personalmente le eran adictos.

Volvieron á quedar al frente de la situación los dos caudillos que tanto habían trabajado por la causa de la libertad. Veamos como recobraron cuanto se había perdido, hasta volver á ocupar la ciudad de Oaxaca.

Alejado Rosas Landa, Porfirio y Salinas convinieron en separarse á fin de operar con mayor ventaja, y de adquirir con más facilidad recursos, que en aquellos rumbos no se podían ministrar á una fuerza numerosa.

Salinas se dirigió á Ixtlán para reponer su tropa, y Díaz marchó al encuentro del enemigo, que no se había atrevido á atacar á Teococuilco. Fácilmente le obligó á retroceder, obstruyó el camino de manera que lo hizo intransitable para evitarse una sorpresa, y volvió á su campamento donde pernoctó.

Al siguiente día marchó para Ixtlán á donde llegó en los momen-

tos en que en esta población cundía la alarma. Trejo, General reaccionario, atacaba á Ixtepeji con más de setecientos hombres, á quienes los vecinos oponían una vigorosa resistencia.

Porfirio entonces con la misma fuerza que traía de Teococuilco, que sólo era de 300 hombres, marchó violentamente sobre Ixtepeji, á donde arribó en los momentos en que los vecinos se batían en retirada.

Porfirio se arrojó sobre el enemigo que ya se creía victorioso, y que, sorprendido ante aquel brusco ataque, quedó completamente derrotado después de un reñido combate. El joven vencedor persiguió á los reaccionarios por espacio de cinco leguas hasta el Pinabete, lo que acabó de dispersar la columna expedicionaria del General Trejo, que sólo volvió á Oaxaca con una cuarta parte de su fuerza.

Desde entonces los Jefes republicanos se ocuparon en aumentar sus fuerzas organizándolas é instruyéndolas, para emprender de nuevo sus operaciones sobre la capital del Estado, ya que la vez anterior todo se había malogrado por la impericia del General Rosas Landa.

El Señor Díaz personalmente dirigía aquellos trabajos, con un éxito tan completo, que en 31 de Julio de 1860 la fuerza salió de Ixtlán dando previo aviso á los pueblos, para que enviaran á Oaxaca refuerzos y víveres.

El día 3 de Agosto acamparon los liberales en el cerro frente á la ciudad, después de haber rendido aquella jornada en medio de un aguacero torrencial, que hizo muy penosa la marcha.

Después de haber secado la tropa sus vestidos, sus cartucheras y aun los fusiles, bajó á ocupar las haciendas de Dolores y San Luis, donde hizo alto, tomando toda clase de precauciones para no ser sorprendida.

Había mucho de temerario en esta empresa: los constitucionalistas no pasaban de 700 hombres y sólo tenían dos piezas de montaña, mientras que Cobos tenía dos mil hombres de las tres armas, seis piezas de batalla y seis de montaña.

Con esa fuerza salieron los reaccionarios de la ciudad en la madrugada del día 6 y se presentaron frente á las posiciones de los republicanos; quienes en el acto aceptaron el combate, avanzando con tal rapidéz sobre el enemigo que éste, temiendo perder su artillería, la

hizo retirar violentamente á la ciudad: la acción continuó reñidísima y el avance de Porfirio y de Salinas fué tan vigoroso que los reaccionarios se replegaron velozmente, encerrándose en el convento de Santo Domingo.

Porfirio Díaz ocupó entonces la Plaza de Armas y el Palacio á viva fuerza, y Salinas toda la parte Norte de la ciudad.

Cobos entonces, á pesar de tener perfectamente fortificado Santo Domingo, abandonó durante la noche este inexpugnable edificio, tomando el camino de la Mixteca.

El Señor Díaz, á pesar de haber recibido una herida en una pierna al tomar la plaza, continuó desempeñando el cargo de Jefe de ella y de Mayor General que se le había confiado.

El Señor Juárez confirió entonces á Porfirio el empleo de Coronel del ejército permanente.

Aquí termina este período brillantísimo de la carrera militar del Señor Díaz. Hasta entonces sólo había prestado sus servicios en el Estado de Oaxaca: y á pesar de ser ellos tan relevantes, iban á quedar sepultados en el olvido, porque sus hechos de armas y su consagración absoluta á la causa de la libertad sólo eran conocidos de unos cuantos, por haber tenido su sitio en las montañas, en uno de los Estados más lejanos del centro, y á la sazón que en toda la República se escuchaba el estrépito de la guerra civil más sangrienta que se registra en nuestros anales.

Pero el Gobierno federal había llegado á fijar su atención en aquel joven soldado tan leal, tan valiente y tan íntegro que, después de haber tomado acaso la parte principal en vencer á la reacción en Oaxaca, sin la menor ambición y procurando sólo obedecer la Ley, sabía consagrarse con igual atingencia á las labores administrativas que se le confiaban, como al levantamiento de tropas que tanto necesitaba la causa republicana.

El Señor Juárez creyó entonces que debía utilizar en una esfera más amplia á aquel intrépido militar, y dispuso que marchase como Mayor de órdenes de la brigada que se hizo salir de Oaxaca para operar en el centro del país, donde iban á tener lugar las acciones últimas y decisivas que debían librarse entre la reacción y la república.

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde Gonzalez Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer periodo de la carrera militar y política del Señor Díaz, periodo que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juarez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

## CAPITULO V.



ESTAURADA la República, organizados los Poderes constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se recrudeció más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la Iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la independencia de México.

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde Gonzalez Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer periodo de la carrera militar y política del Señor Díaz, periodo que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juarez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

## CAPITULO V.



ESTAURADA la República, organizados los Poderes constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se recrudeció más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la Iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la independencia de México.

Fuerte el clero con la esperanza de una invasión, y apoyado por la complicidad de los ministros extranjeros residentes en la capital, se propuso sostener la lucha contra el partido republicano vencedor, oponiéndole, no ya las tropas organizadas vencidas en Calpulalpam, sino hordas de bandidos que armó en toda la extensión del territorio.

Comenzó entonces la guerra de guerrillas, la más asoladora de las que puede presentar la guerra civil, y no hubo pueblo seguro, ni camino que pudiera cruzar el viajero sin ser robado y asesinado.

Zuloaga, el ex-presidente de los reaccionarios, apareció entonces recogiendo el puesto que había abandonado Miramón en su fuga: y en torno de aquel se agruparon los principales Jefes del partido conservador, que se ocultaron después de la derrota de éste en Calpulalpam.

Pronto se reunieron muchas gavillas, sobre todo las que expedicionaban en el Valle, formando casi un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Al frente de estas fuerzas se hallaba el tristemente célebre Don Leonardo Márquez, militar audaz y entendido, á pesar de que entre sus cualidades de soldado enérgico descollaban los instintos del verdugo.

El héroe de Tacubaya comenzó en aquella época una serie de correrías en las cuales asoló poblaciones, robó á los pueblos y las haciendas y asesinó á cuantos sospechaba fueran liberales, sembrando por todas partes la desolación.

El Gobierno constitucional organizó en Junio de 1861 una división que saliera en persecución de los bandidos, á las órdenes del General González Ortega. Pero Márquez, que sintió la combinación proyectada para darle alcance y que por sus partidarios en la capital sabía el plan de la campaña que contra él iba á hacerse, retrocedió violentamente, y tomando un rumbo distinto, marchó sobre la capital que sabía estaba desguarnecida, creyendo que podría ocuparla. En efecto, el día 24 de Junio en la tarde se presentó Márquez en la Calzada de la Tlaxpana, cuando nadie podía aguardar aquel ataque, y el Gobierno ignoraba la proximidad del enemigo.

Los reaccionarios arrollaron una pequeña fuerza que estaba destacada en la garita y avanzaron por la Calzada de San Cosme penetrando á las primeras calles de la ciudad.

Al saberse en Palacio lo que pasaba el Señor Juárez dictó violentamente algunas órdenes, enviando al General Mejía á San Fernando, donde estaba alojada la brigada de Oaxaca que éste Jefe mandaba.

Porfirio Díaz en aquellos momentos ocupaba su asiento en el Congreso, que estaba en sesión. Al saber el joven soldado lo que ocurría, pidió permiso al Presidente del Cuerpo Legislativo para salir del salón.

Rápidamente se dirigió al convento de San Fernando, donde se alojaban las fuerzas de Oaxaca, presentándose al General Mejía y ofreciéndole sus servicios.

Este General había avanzado ya, para contener al enemigo, algunas fuerzas, que marcharon por el Puente de Alvarado, donde situó también unas piezas; pero la infantería tendida en ala en todo el ancho de la calle, sufría fuertes pérdidas con el fuego de los reaccionarios que habían penetrado hasta Buenavista.

Tomando entonces Porfirio cuarenta hombres de la Compañía de Granaderos del primer batallón de Oaxaca, marchó á paso veloz por el lado izquierdo de la Calzada sobre la columna reaccionaria que á cada instante avanzaba más.

Para comprender estos movimientos hay que tener en cuenta que en aquella época la arquería de San Cosme dividía en dos mitades desiguales en anchura aquellas avenidas y calles.

El General Díaz marchó tras de los arcos del acueducto, por el lado derecho del enemigo: cubriéndose así se colocó en el flanco derecho de la columna reaccionaria: y salió repentinamente sobre ésta, haciendo un fuego vivísimo: el enemigo, sorprendido, creyéndose envuelto y no pudiendo ni sospechar que un puñado de hombres hiciera tan audaz evolución, emprendió una violenta retirada, que pronto se convirtió en fuga vergonzosa.

Porfirio continuó su tenaz persecución hasta arrojar á los reaccionarios fuera de la garita de la Tlaxpana haciéndoles muchos muertos, heridos y prisioneros, y tomando muchos caballos de la caballería que mandaba Domingo Herran, que fué quien dió aquel ataque.

Márquez se retiró avergonzado en completa dispersión, dejando las calles y las calzadas regadas de cadáveres, y sus heridos abando-

nados. El Gobierno ordenó recoger éstos, y los mandó asistir con el mismo empeño que á los heridos de las tropas federales.

Aquella acción del Señor Díaz fué estimada en todo su valor por el Señor Juarez, quien viendo el entusiasmo con que combatían los oaxaqueños á las órdenes de aquel Jefe, con quien habían hecho toda la guerra de los tres años, pidió permiso al Congreso para ocupar al joven diputado. Lo nombró Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, y habiéndose enfermado el General Mejía quedó al fin como Jefe accidental de aquellos.

Gonzalez Ortega había vuelto á la capital desde que supo que ésta había sido atacada por Márquez. Pero pronto salió con su división para continuar la persecución del Jefe reaccionario, formando parte de aquel cuerpo de ejército la brigada de Oaxaca que mandaba Porfirio Díaz, y que marchó en la vanguardia.

Márquez llevaba cinco mil hombres, ocho piezas y muchas partidas sueltas de caballería que se le habían unido, y que mandaban los guerrilleros más temibles y sanguinarios del clero.

Entonces comenzó aquella carrera vertiginosa del asesino de Tacubaya, quien recorría distancias enormes, cruzando sin detenerse montes y sierras, pero llevando siempre tras de sí á Gonzalez Ortega que lo amenazaba de cerca.

Por fin Márquez, creyendo haberse desviado bastante de las tropas del Gobierno, se decidió á dar algun descanso á los suyos, pernoctando en Jalatlaco.

Márquez era un General demasiado práctico para no establecerse sólidamente en un campamento; cubrió todos los caminos y avenidas con fuertes avanzadas, y envió por todas partes exploradores para tener prontas y seguras noticias de la marcha que siguieran las tropas del Gobierno.

Así creyó poderse retirar á tiempo ántes de que Gonzalez Ortega le sorprendiera; pero no contaba con que iba á la vanguardia de éste Porfirio Díaz, tan conocedor de nuestra táctica en aquella época de sorpresas y asaltos inesperados.

Este valiente Jefe, dejando muy atrás á la división y marchando á paso veloz en la madrugada del 13 de Agosto de 1861, penetró sin ser

visto con la brigada de Oaxaca en el centro del campamento de Márquez, quien no sintió á su enemigo hasta que éste llegaba al átrio de la Parroquia de Jalatlaco, donde aquel había situado su cuartel general.

Y el empuje con que acometió Porfirio fué tal que, marchando al frente de su columna, se encontró casi sólo en medio de los reaccionarios que comenzaban á salir de su estupor, y recibían á los soldados federales con un fuego nutridísimo de fusilería.

Esto pasaba cuando la oscuridad era aún completa, y debido á una casualidad inexplicable, el caballo que montaba el Señor Díaz, á los disparos de la artillería, retrocedió hasta la cabeza de la columna republicana.

Entonces Porfirio hizo marchar á ésta en medio de una tromba de plomo y metralla y asaltando el átrio, y emprendiendo un combate cuerpo á cuerpo, derrotó al fin completamente al enemigo.

Márquez y otros de los principales Jefes huyeron, llevándose á su presidente Zuloaga; su ejército quedó destruído, dispersándose algunos cuerpos, y quedando el resto prisionero. Al salir el sol se vió con sorpresa que los vencedores eran la séptima parte ménos en número de los que se habían rendido.

En esos momentos llegaba Gonzalez Ortega con el resto de su división, cuando sólo á lo lejos se oían algunos disparos de los pequeños grupos de las guerrillas reaccionarias que huían á todo escape.

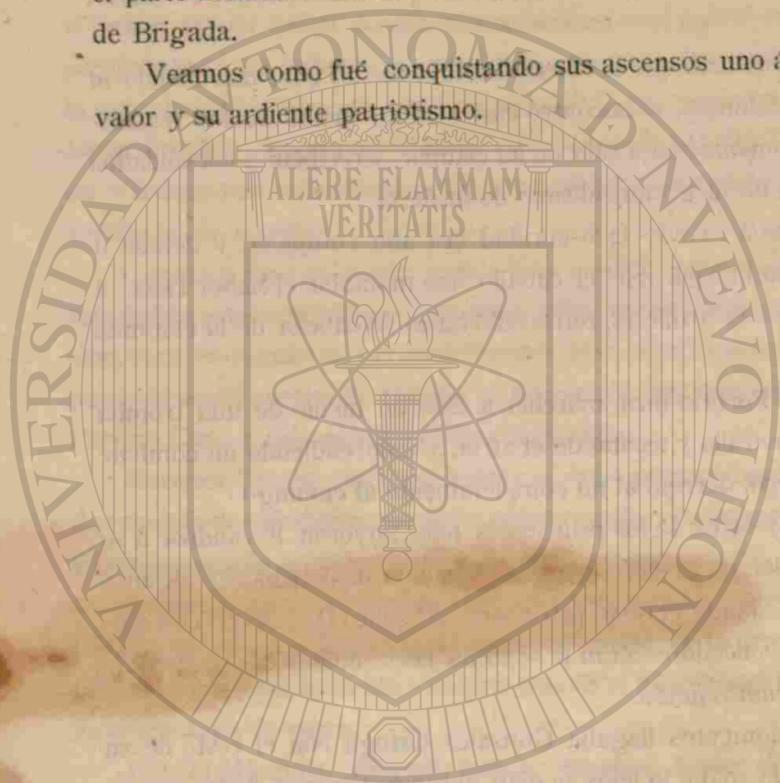
El General en Jefe sorprendido ante aquella victoria tan espléndida, alcanzada á fuerza de valor y audacia, pidió el ascenso de Porfirio Díaz á General de Brigada, aunque declaró que en otras circunstancias hubiera pedido se procesara á éste, que había obrado sin órdenes ni instrucciones del cuartel general.

Para precisar mejor los ascensos que obtuvo en su carrera militar el Señor Díaz, debemos recordar que en aquella época sólo era Coronel, cuando contaba ya siete años de servicios, y en su trascurso había hecho once grandes campañas, y había dado incontables combates parciales.

Y sin embargo, hasta el 22 de Agosto de 1860 el Señor Juarez había expedido al Señor Díaz despacho de Coronel del ejército per-

manente y al siguiente año, el 23 de Agosto de 1861, nueve días después del triunfo de Jalatlaco y al recibir el Presidente de la República el parte detallado de esta acción, le premió con el grado de General de Brigada.

Veamos como fué conquistando sus ascensos uno á uno, con su valor y su ardiente patriotismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO VI.

Batalla del Mineral del Monte.—El Ejército de Oriente.



O se desalentó la reacción con este golpe tan rudo: el Directorio, que en la Capital fomentaba la conspiración contra el Gobierno Constitucional, contaba no solo con el inmenso número de gavillas que asolaban al país entero, sino con la intervención europea, que iba á traducirse muy pronto en una invasión.

Los principales directores de la reacción clerical sabían que tres potencias estaban ya prontas á formar una liga armada para intervenir en los asuntos de México y derrumbar al Señor Juárez. Alentados con esta confianza no se preocupaban de las derrotas que sufrían sus caudillos como Márquez, Butrón, Lozada y Mejía, y pronto recluta-

ban nuevos bandidos para cubrir las bajas sufridas en cada combate.

Una estela de sangre y esterminio dejaban á su paso las hordas clericales, y por donde pasaba Márquez, sobre todo, solo quedaban pueblos arruinados, cadáveres insepultos y patibulos levantados en nombre de la religión.

Liberales eminentísimos, patriotas sin mancha y patricios llenos de virtudes cívicas habían sido asesinados por el héroe de Tacubaya. El terror imperaba por todas partes, y la nación extinguía sus últimos alientos vitales en aquella guerra civil, la más terrible y prolongada que se registra en nuestros anales. La miseria agobiaba á todas las clases sociales, las industrias estaban paralizadas, y el Gobierno apenas podía obtener recursos insignificantes para sostener á sus soldados, que leales y sufridos se batían día á día, obteniendo triunfos espléndidos.

Los derrotados de Jalatlaco cruzando montes inaccesibles fueron á abrigarse á la sierra de Querétaro, que les ofrecía un refugio seguro para reponerse de sus pérdidas.

Allí, con los abundantes elementos de que disponía Don Tomás Mejía, se reorganizó de nuevo el ejército reaccionario, que bajo la dirección de este Jefe emprendió una nueva campaña tan rápida como atrevida.

Aquellas masas se precipitaron por las vertientes de la Sierra, y Mejía, Márquez y Zuloaga llegaron á Pachuca con fuerzas numerosas y bien disciplinadas.

El Gobierno republicano sintió el peligro que le amenazaba si aquellas masas invadían el valle, y pensó salvarse con un golpe de audacia.

Era Ministro de la Guerra el General Ignacio Zaragoza, quien había llegado á tan alto puesto por los importantes servicios que prestó á la Nación en su carrera militar tan breve como gloriosa.

El joven Secretario de Guerra no se intimidó ante el peligro por grave que fuera éste. Puso á la capital en estado de sitio, y formando una pequeña brigada con las tropas que guarnecían la ciudad, la hizo marchar al encuentro del enemigo, ordenando que saliera de la capital en las altas horas de la noche, para que nadie lo supiera.

México sólo quedó cubierto con el cuerpo de Inválidos, el Escuadrón Leandro Valle y la policía. La división tan violentamente organizada y puesta á las órdenes del General Santiago Tapia marchó á Pachuca y de allí salió al camino del Mineral del Monte al encuentro del enemigo, tres veces mayor en número.

Pero iban con el valiente General Tapia y al frente de los cuerpos Jefes como Mejía, Porfirio Díaz Mayor de Ordenes de la brigada de Oaxaca, y el Teniente Carlos Salazar que tantas glorias conquistó luchando por la libertad y la Independencia.

Pronto estuvieron á la vista los combatientes. El ejército reaccionario, suspendiendo su orden de marcha, estendió sus extensas alas, asombrándose de que osara detenerlo aquel puñado de constitucionistas. En el campo de los clericales se veían á Márquez, á Mejía y á infinitos Jefes que eran renombrados como los mejores del ejército conservador.

Tapia sin vacilar organizó sus columnas y las lanzó sobre aquella imponente masa. Porfirio, Salazar y Alvarez al frente de ellas se arrojaron al combate, sin contenerse un instante por el fuego nutridísimo con que los recibía el enemigo. Los soldados de Oaxaca habían sido habituados por su joven General á no contar á los contrarios, y á pesar de las muchas pérdidas que sufrían los dos Batallones de aquel Estado, y que marchaban á la cabeza de la columna, cruzaron el espacio que los separaba de los reaccionarios y trabaron al fin con éstos una lucha cuerpo á cuerpo.

El combate fué espantoso, y entre el incesante tronar del cañon y de la fusilería y entre el humo que envolvía el campo apenas se escuchaban los gritos de los combatientes y los gemidos de los moribundos.

Al fin comenzó á cesar el fuego y á disiparse la humareda, los republicanos habían tomado la artillería de los clericales y ocupado el campo de éstos, haciendo muchos prisioneros. La caballería federal perseguía á los dispersos, en tanto que los Jefes de la reacción hacía tiempo que habían desaparecido, huyendo en una carrera vertiginosa.

La pequeña división republicana tornó á la capital que había salvado cubierta de despojos y laureles, siendo recibida con entusiasmo, no sólo por las autoridades, sino por la población entera que había vis-

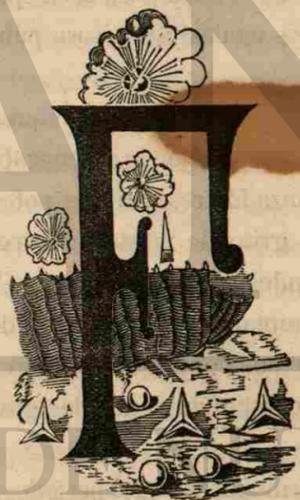
to con terror acercarse á la ciudad las terribles hordas de la Sierra.

El golpe que sufrió la reacción fué tan grave que su directorio, no pudiendo organizar ya grandes cuerpos de ejército, se conformó con fomentar la guerra de guerrillas, armando nuevos bandidos que robaron diligencias, asesinaron pasajeros y saquearon las haciendas y pueblos indefensos.

El Gobierno general tuvo sin embargo algun respiro, pudiendo consagrarse á organizar fuerzas para rechazar al enemigo extranjero, que iba á aparecer muy pronto en el primero de nuestros puertos del Golfo.

## CAPITULO VII.

### La intervención extranjera.



IRMADA la convención de Londres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.

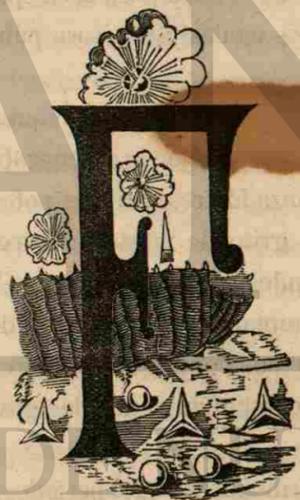
to con terror acercarse á la ciudad las terribles hordas de la Sierra.

El golpe que sufrió la reacción fué tan grave que su directorio, no pudiendo organizar ya grandes cuerpos de ejército, se conformó con fomentar la guerra de guerrillas, armando nuevos bandidos que robaron diligencias, asesinaron pasajeros y saquearon las haciendas y pueblos indefensos.

El Gobierno general tuvo sin embargo algun respiro, pudiendo consagrarse á organizar fuerzas para rechazar al enemigo extranjero, que iba á aparecer muy pronto en el primero de nuestros puertos del Golfo.

## CAPITULO VII.

### La intervención extranjera.



IRMADA la convención de Londres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.

Pero poco pudo hacer el Señor Juárez para oponer una resistencia seria al extranjero que en son de guerra llegara á nuestras playas; en efecto el Gobierno constitucional apenas tenía fuerzas ya para combatir contra la guerra civil que fomentaba el clero.

Verdad es que gracias al valor y abnegación de los soldados republicanos habían sido desbaratados los diferentes ejércitos reaccionarios que á las órdenes de Márquez, Mejía, Lozada, Butrón y otros, asolaron los Estados más ricos de la República. Pero quedaban innumerables gavillas que por todas partes robaban, asesinaban y cometían todo género de depredaciones.

El malestar social era inmenso, paralizadas todas las industrias, desaparecidos los capitales: y la clase desvalida soportaba todo género de privaciones: nadie se atrevía á recorrer los caminos, las fincas de campo estaban desiertas porque los dueños no se atrevían á habitarlas, y los peones eran arrebatados del arado para ser filiados en las tropas. El país, en suma, había agotado sus esfuerzos vitales y el tesoro público estaba exhausto.

Juárez entonces apeló al patriotismo nacional, y, con la franqueza propia á su carácter dió cuenta á su país del peligro que lo amenazaba, por la inmediata invasión que habían organizado tres grandes potencias de Europa. México al escuchar aquel grito de angustia correspondió á las esperanzas del gobierno alistándose á la lucha.

El partido liberal hizo esfuerzos sobrehumanos, y los Gobernadores de los Estados comenzaron á organizar sus contingentes de guerra, mientras las tropas que tenían en pie combatían contra las gavillas conservadoras.

No podemos narrar en sus terribles pormenores aquel período, el más luctuoso y sombrío que se registra en nuestra historia contemporánea. Pero sí tenemos que consignar los sucesos que forzosamente se enlazan con los anales militares que estamos recorriendo.

La escuadra española había aparecido, la primera, en las aguas de Veracruz, y tras ella llegaron los buques franceses é ingleses trayendo tropas de desembarque.

El Gobierno había ordenado la desocupación del puerto, para agotar hasta el fin las medidas conciliadoras que debían poner en relieve

el derecho que asistía á México. El Señor Juárez quería además no destruir en combates inútiles las pocas tropas que había en Veracruz, y que tendrían que sucumbir ante la inmensa superioridad de los invasores. Retirando á la primera línea de la Cordillera las tropas nacionales, y dejando al extranjero en la estéril y mortífera Zona de la costa, ganaba tiempo para concentrar mayor número de fuerzas.

Formábase en efecto violentamente el Ejército de Oriente que había de conquistar un nombre inmortal en aquella campaña. En Diciembre de 1861 marcharon á Orizaba la Brigada de Oaxaca y algunos cuerpos á las órdenes del General Uraga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

De las fuerzas que acababa de recibir hizo Uraga dos brigadas, dando el mando de la primera al General Ignacio Mejía y el de la segunda, compuesta de los batallones de Morelos y Guerrero y alguna caballería á Porfirio Díaz.

Entre tanto los tres ejércitos invasores se habían establecido en la costa, y los representantes de las tres naciones coaligadas celebraron en la Soledad preliminares de arreglo con nuestro Ministro de Relaciones, Don Manuel Doblado. Este eminente patricio, sobre cuya memoria pesa hoy la ingratitud de un pueblo, venció en astucia á los viejos diplomáticos de Europa, y con la fuerza de su inteligencia les hizo confesar la justicia que asistía á México.

Fué el primer triunfo del derecho sobre la fuerza: los representantes extranjeros firmaron el tratado previo segun el cual, no sólo se levantaba muy alto nuestro pabellón tricolor, sino que se reconocía la legitimidad de los poderes de la República, y se obligaban los invasores, en caso de rompimiento, á retroceder á su primera línea de ocupación, de la que habían avanzado hasta Orizaba y Tehuacán, en virtud de la generosa concesión de nuestro Ministro.

Entre tanto el Gobierno aglomeraba cuantas tropas tenía á la mano en la línea de Oriente, situándolas al otro lado de las cumbres de Acultzingo.

La primera brigada de Oaxaca, á las órdenes del general Don Ignacio Mejía, se dirigió á San Andrés Chalchicomula, donde llegó al caer la tarde del 6 de Marzo de 1862. Alojóse en el edificio del diezmo ó

colecturía, con tal desorden y tal imprevisión, que la tropa hacía lumbradas en el mismo patio donde había un gran depósito de parque. Repentinamente se incendió éste pereciendo casi toda la tropa, y centenares de mujeres, niños y paisanos de los que siempre acompañan á nuestras tropas.

Las pérdidas fueron considerables y sobre todo muy sensibles, porque en aquel desastre sucumbieron soldados veteranos que habían hecho toda la guerra de Reforma, venciendo en cien combates á los enemigos de la libertad.

El General Porfirio Díaz permaneció en Ixtapa aumentando sus fuerzas y mejorando la instrucción de éstas y su organización.

Entre tanto se precipitaban los sucesos en el campo intervencionista, surgiendo las dificultades consiguientes á los intereses, tan opuestos entre sí, que perseguían las naciones que habían entrado en aquella coalición.

Doblado, con aquella intuición soberana que poseía y en virtud de la cual era uno de los políticos más hábiles de su época, había comprendido que la unión entre las tres potencias era imposible por mucho tiempo, en virtud del antagonismo de las miras privadas de cada una.

España soñaba en una restauración borbónica volviendo á México á su antigua condición de colonia conquistada; pero no participaba de ese delirio monárquico el General Prim nombrado en Jefe del ejército expedicionario.

La Francia traía un plan preconcebido de intervención permanente, cuyo punto de mira era erigir un imperio, sucursal del de Napoleón III, que realizara los negocios leoninos proyectados en la alcoba de la Montijo y que pusieran á flote al quebrado Jecker, y dieran á las princesas imperiales la propiedad de las minas de Temascaltepec.

La Inglaterra sólo traía en su cartera los bonos de su deuda, y un inmenso protocolo de reclamaciones.

Doblado, después de haber hecho firmar á los representantes de las tres naciones los preliminares de la Soledad, se había alejado sonriendo, seguro de que en aquellos convenios quedaba sembrado el germen, que al desarrollarse, desagregaría la liga tripartita.

Habíase señalado el 5 de Abril de 1862 para la apertura de las conferencias definitivas entre México y las tres potencias signatarias. Pero antes estalló el conflicto entre éstas.

La presencia de Almonte en el campamento francés, la liquidación de las deudas que reclamaba cada nación y, sobre todo, la imposibilidad de armonizar las pretensiones secretas de las tres partes contratantes, trajeron al fin la crisis que previó Doblado, con la profunda mira de que México sólo tuviera que luchar con un ejército extranjero, descartando á los otros dos.

Rota la convención de Londres, los ingleses y los españoles retrocedieron á Veracruz para reembarcarse, no queriendo ser cómplices en el atentado urdido por Napoleón. La Francia quedó sola, fascinada por las promesas del clero y de los conservadores, que le ofrecían entregarle sin resistencia el país entero. Y sus representantes violaron sin pudor los convenios signados en nombre de su nación, llenando á ésta de mengua.

Pero no quedó en esto la deslealtad de Saligny y de Jurien de la Graviere: no osando volver, como estaban obligados por su palabra de honor, á la zona del vómito, simulaban abandonar á Orizaba, hasta el Fortín sin alejarse mucho de aquella ciudad, donde el ejército francés había dejado sus enfermos, con una pequeña fuerza que los custodiaba.

Entonces Zaragoza ofició al General francés manifestándole que esa guarnición era innecesaria, pues sus enfermos estaban bajo la salvaguardia del Gobierno, quien los haría respetar y atender.

El Jefe francés no se dignó contestar á aquella nota.

La posición de los dos ejércitos era la siguiente: Los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del General Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquel. Violentamente doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del grueso del ejército francés, y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la avanzada del ejército mexicano.

Los puestos resistieron el ataque, á pesar de haber sido tan imprevisto, con un valor heróico: cuarenta mexicanos resistieron á cuatrocientos franceses, sucumbiendo al fin después de haber quedado

treinta fuera de combate: los diez restantes se retiraron entonces al cuartel del General Díaz. Este, desde que comenzó el ataque, sorprendido de una agresión que violaba pactos anteriores, pero indignado por un hecho que no honraba al invasor, se aprontó á sostenerse en su puesto, si era atacado en él, dando rápidamente parte de lo acontecido al General Zaragoza que se encontraba en Orizaba.

El General en Jefe del ejército de Oriente y el General Prim, que estaba á su lado, no podían creer aquel injustificable atropello del derecho de la guerra, ni que los franceses comenzaran las hostilidades antes de pasar del Chiquihuite, como se había estipulado en los preliminares de la Soledad.

Zaragoza en el acto que recibió el parte de que eran atacadas las posiciones del General Díaz, montó á caballo y se lanzó al llano de Escamela á donde llegó pronto, escuchando las detonaciones y presenciando las disposiciones tomadas por el General Díaz.

Un escuadrón, lanceros de Oaxaca, entorpecía el avance de los franceses, y Porfirio tomó en aquellos momentos el mando de la gran guardia que estaba situada en el llano de Escamela y avanzó sobre los franceses para estorbarles el paso. Zaragoza entre tanto movió toda la División y sus trenes, retirándola de la manera más ordenada, confiando en que el General Díaz cubría su retirada.

Pero no era ya sólo la columna de cuatrocientos franceses la que avanzaba sobre las posiciones mexicanas, sino todo el Ejército invasor que marchaba sobre Orizaba, encubriendo su incalificable agresión contra lo pactado, con el absurdo pretexto de que estaban en peligro los enfermos que habían quedado en aquella ciudad.

El General Díaz á pesar de la inferioridad numérica de su tropa detuvo á la infantería francesa, recogió sus puestos y se retiró al fin con el orden más perfecto hasta Orizaba, donde se reunió al General Zaragoza.

Allí volvió el Señor Díaz á tomar el mando de su División marchando hasta el Ingenio, donde se encontraba la División del General Arteaga. En este punto se concentraron las fuerzas mexicanas, en tanto que los franceses ocupaban á Orizaba donde comenzaron á fortificarse.

Al día siguiente Zaragoza marchó para Acultzingo donde estableció su campo.

Pero entre tanto los reaccionarios habían cobrado alientos y reuniéndose las gavillas de Márquez, Cobos, Benavides y otros clericales, formaron un grupo considerable que comenzó á merodear en torno del Ejército mexicano, tanto para ayudar al invasor llamando la atención del General Zaragoza, cuanto para irse aproximando al ejército invasor para ponerse á sus órdenes.

Luego que supo Zaragoza que las gavillas de Márquez amenazaban á Atlixco, ordenó al General Díaz marchase con su División á Tehuacan, donde debía tomar el mando de las Brigadas de Morelia y San Luis para perseguir á los reaccionarios que asolaban el Estado de Puebla.

El General Díaz marchó en el acto rindiendo su primera jornada en Tlacotepec; pero allí recibió orden de Zaragoza para que retrocediera al Cuartel General de éste, porque los franceses avanzaban para subir las Cumbres.

Porfirio se puso luego en movimiento incorporándose á Zaragoza en Puente Colorado: allí el General en Jefe hizo marchar con el ejército á las Brigadas de San Luis y Morelia y situó en el puente al General Díaz con una brigada de Oaxaca, ordenándole defendiera el paso si quiera por dos horas, después de que acabaran de cruzar el puente las tropas nacionales.

El ejército invasor pronto estuvo á la vista y comenzó á ascender por las primeras rampas de la Sierra.

Demasiado conocido es el episodio gloriosísimo de las cumbres de Acultzingo, donde fué gravemente herido el General Arteaga, que con la Brigada de Querétaro disputó valientemente el paso á los franceses: éstos comenzaban á sorprenderse de una resistencia que no aguardaban, ya porque confiaron en las promesas de los conservadores que les prometían la entusiasta sumisión del país entero, ya porque creían que los soldados mexicanos no se atrevían á luchar contra los soldados que se llamaban los primeros de Europa.

Sin embargo, los franceses continuaron ascendiendo, hasta que la batería situada en Cuesta Blanca y la artillería oculta en los accidentes del terreno los obligaron á detenerse.

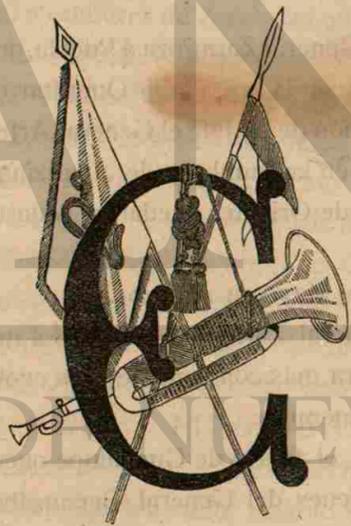
Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más, para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acatzingo y Tepeaca llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

## CAPITULO VIII.

Cinco de Mayo de 1862



El telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregán-

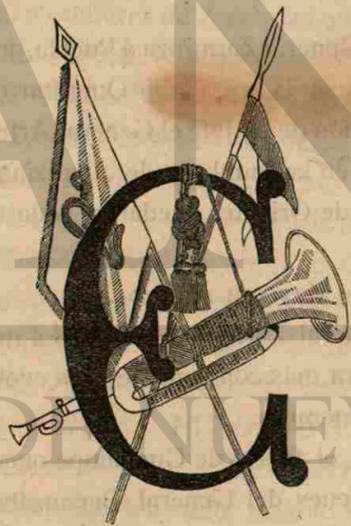
Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más, para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acatzingo y Tepeaca llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

## CAPITULO VIII.

Cinco de Mayo de 1862



El telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregán-

dose ya á las esperanzas más halagadoras del triunfo, ya á la indignación despertada por el terror de la derrota.

Allá en la sombra se deslizaban hombres de rostros sombríos, que recatándose se perdían hundiéndose en las sacristías ó en las monumentales casas de los ricos conservadores; eran los viejos deshechos del ejército de Santa Anna que, no pudiendo militar en las gaviillas de Márquez, de Mejía, de Butrón ó de Lozada, se conformaban conspirando en los cafés, ó preparándose para armarse el día que entrara á la capital el invasor, uniéndose á él.

Por fin amaneció el cinco de Mayo y desde las primeras horas del día la inquietud pública paralizó la vida social, concentrándose la agitación en torno del Palacio, en el telégrafo, en el Correo, en todas partes, en fin, donde primero pudiera saberse el éxito de la batalla que iba á darse.

Veamos lo que pasaba entre tanto en Puebla, formalmente amenazada por el ejército francés.

Desde el momento en que llegó el General Zaragoza á Puebla, ocupó los fuertes de Guadalupe y Loreto con la brigada de Querétaro al mando del General Negrete, en sustitución de su Jefe el General Arteaga, que había sido gravemente herido en las cumbres de Acultzingo.

El resto de las fuerzas del ejército de Oriente, quedaron acuarteladas en la ciudad.

El ejército francés pernoctó el 3 de Mayo en Amozoc.

En la madrugada del día 5 el General Zaragoza comenzó á mover sus fuerzas situándolas de la manera más conveniente para evolucionar, según el punto que atacara el enemigo.

Entre la capilla de los Remedios y el fuerte de Guadalupe quedó tendida la Brigada de Toluca á las órdenes del General Berriozábal, y la División de Oaxaca, accidentalmente á las órdenes del General Porfirio Díaz, se colocó en la plazuela de la Ladrillera frente al camino de Amozoc. La Brigada de San Luis, ménos la caballería, quedó á la izquierda de la División de Oaxaca.

El escuadrón Lanceros de Toluca y el de Carabineros á caballo de San Luis, mandados por el Coronel Alvarez, se situaron á la derecha de la División de Oaxaca.

Al frente de toda esta línea se estableció una batería de batalla y á más de trescientos pasos á vanguardia se tendió en tiradores el batallón Rifleros de San Luis, quedando distribuido el resto de la artillería, bajo el mando del Coronel Rodriguez, en los fuertes de Guadalupe y Loreto, y en el perímetro interior de la plaza que mandaba el General Escobedo, por haber sido nombrado Gobernador de Puebla el General Tapia.

En las primeras horas de la mañana del día 5 quedó formada la línea mexicana, y un silencio de muerte reinaba en sus filas, cuando del baluarte de Guadalupe se alzó una nube de humo, brilló un relámpago y se escuchó el trueno del cañón que anunciaba que el enemigo estaba á la vista.

En efecto, por la falda de los cerros de Amaluca y las Navajas, aparecieron los zuavos en gruesos pelotones, batiéndose con las guerrillas mexicanas que se habían situado adelante en observación: eran los exploradores de Zaragoza que se replegaban á nuestra línea.

En seguida el grueso del ejército francés se presentó por el camino de Amozoc, y tomando posiciones frente á la Hacienda de los Llanos, después de seguir una línea curva á la derecha, se desplegó en batalla á la izquierda, é hizo alto.

Los franceses pusieron sus armas en pabellón y tomaron rancho, empleando en esto una hora, pasada la cual, se puso de nuevo la columna en marcha diagonalmente por nuestra izquierda, como si quisiera voltear la posición de la ciudad.

La caballería francesa, apoyada por alguna infantería, se situó frente á la garita del Peaje en el Camino de Amozoc.

La infantería continuó marchando, pero al llegar frente al fuerte de Guadalupe hizo alto, estableció sus baterías y comenzó un fuego vivísimo de cañón sobre aquel.

Desprendióse al fin una gruesa columna de zuavos, precedida de una línea de tiradores, y se dirigió al cerro.

Zaragoza, que jamás pudo creer que Laurencez atacara por aquel lado, cambió rápidamente su frente de batalla y lanzó la infantería de la Brigada Berriozábal y el Batallón de Reforma de San Luis á reforzar los cerros de Guadalupe y Loreto. Al mismo tiempo dividió su

caballería, enviando al punto que ocupaba ántes Berriozábal á los Lanceros de Toluca y el piquete llamado de Solís: el resto de la caballería quedó apoyando á la Brigada de Oaxaca, á las órdenes del Coronel Félix Díaz.

La infantería de Berriozábal quedó tendida en batalla en una línea entre los dos fuertes: á la derecha quedaron los dos batallones de Toluca, el hijo de Veracruz y los batallones de Tetela y Zacapoaxtla: el de San Luis quedó en la segunda línea en apoyo de los de Toluca.

La artillería del fuerte de Guadalupe rompió sus fuegos sobre la columna francesa que avanzaba imponente, pero sin detenerla, porque la cubrían los accidentes del terreno.

Cuatro columnas de mil hombres cada una subían por la falda del cerro, cuando salieron á contener á la primera los batallones de Tetela y Zacapoaxtla; pero después de un reñido combate, los mexicanos retrocedieron á su línea por haber aparecido todo el grueso de la fuerza al borde de la colina, cargando especialmente las columnas que habían cruzado por Rentería, en el espacio que encumbra entre Loreto y Guadalupe.

Los franceses avanzaban con ese valor sereno y arrebatado que les había dado un inmortal renombre; pero al ponerse á descubierto vacilaron un momento ante la metralla; se precipitaron sin embargo hácia adelante, cuando Berriozábal y Negrete mandaron poner en pié la infantería que hasta entonces había permanecido oculta, tendida en el suelo, y que recibió á la columna francesa con un fuego vivísimo, y á la vez los batallones de Toluca y Veracruz, cambiando su frente sobre la derecha flanquearon á los franceses, que no pudiendo resistir por largo tiempo, retrocedieron.

La caballería y parte de la infantería avanzaron mucho más aún hasta arrojar del cerro á la columna francesa enteramente dispersa, y que huía en una confusión espantosa.

Laurencez, asombrado con aquella resistencia que no aguardaba, al ver la derrota de la columna, destacó rápidamente otra en su apoyo: la primera pudo entonces organizarse de nuevo, marchando sobre el fuerte de Guadalupe y la capilla de la Resurrección, que Zaragoza había reforzado con el batallón de Zapadores.

El General en Jefe del ejército francés creyó entonces que debía llamar la atención por otro punto, y desprendió dos columnas, apoyadas por dos escuadrones de caballería sobre la Garita del Peaje, para atacar el punto de la Ladrillera, donde se encontraba el General Díaz con la división de Oaxaca; veamos lo que pasó en ambos combates.

La columna francesa mucho más numerosa que la que dió el primer asalto, y excitada por vindicar su derrota, ascendió al cerro con un impulso irresistible, llegando los zuavos á tocar los parapetos; pero nuestra artillería, perfectamente servida, hacía un fuego incesante y certero sobre los asaltantes, á la vez que los batallones de Toluca, Tetela, Zacapoaxtla y Veracruz, que combatían fuera de las trincheras, resistían por el frente á los franceses y los atacaban por los flancos.

El combate fué terrible, sangriento, y hubo momentos en que combatieron confundidos, á la bayoneta, mexicanos y franceses envueltos en una nube de humo, en medio de una gritería horrible y salvaje.

En aquellos instantes una nube negra, inmensa, cruzada de relámpagos y preñada de rayos, cubrió el horizonte y una lluvia torrencial cayó sobre el campo: eran las cuatro y media de la tarde, y cuatro horas había durado aquella batalla.

Entre tanto se daba otro ataque rudo y vigoroso sobre el punto ocupado por el General Díaz, que era él sólo que hasta entonces había conservado inmóvil su posición.

Las columnas francesas, con un orden admirable, marcharon paralelamente á los dos lados del camino sobre los campos sembrados, y precedidos de una nube de tiradores, que hacían un fuego nutridísimo y certero sobre los tiradores mexicanos, que se replegaron violentamente: entonces pudo obrar nuestra artillería con algun efecto sobre la columna, pero sin lograr detener su marcha.

Hasta entonces los rifleros de San Luis habían sostenido los fuegos, teniendo que reorganizarse de nuevo, ayudados por el batallón de Guerrero que emprendió un ataque sobre el flanco derecho de la columna derecha francesa. Pero ese batallón fué recibido con una fusilería terrible, emprendiéndose un combate muy reñido.

La situación era tanto más grave cuanto que el Teniente Coro-

nel Mariano Jimenez, que mandaba el batallón de Guerrero, había avanzado demasiado, y aquella infantería seriamente comprometida iba á ser envuelta.

Entonces avanzó el General Porfirio Díaz con los batallones 1º de Oaxaca al mando del Teniente Coronel Espinosa, el 2º al mando del Teniente Coronel Loaeza, y cien hombres del Batallón Independencia mandados por el Teniente Coronel Pedro Gallegos y dos cañones de batalla. El joven soldado quería, no sólo apoyar al batallón de Guerrero, sino tomar una iniciativa enérgica para detener la marcha de las columnas francesas que, si vencían, se encontraban dentro de la ciudad.

Los cuerpos de Oaxaca, con Porfirio á su cabeza y formando una sola columna, se lanzaron sobre el enemigo á paso de carga con tal impulso, que los franceses, después de haber hecho una resistencia sobrehumana, vacilaron y retrocedieron, aprovechando en su retirada las sinuosidades del terreno para cubrirse.

Pero el General Díaz siguió adelante, desalojando á los franceses que huyeron al fin á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas francesas que habían intentado un tercer ataque sobre el Fortín de Guadalupe eran arrojados del cerro, descendiendo en una fuga vergonzosa.

El turbión que por algún tiempo nubló el espacio se alejó, cesando la tempestad y apareciendo radiante el astro que en lós anales de la historia patria iba á denominarse el Sol de Mayo.

Más no conforme el General Díaz con aquel triunfo quiso intentar perseguir á los franceses hasta su campamento: ordenó á su reserva, formada por el Batallón Morelos, que á los órdenes del Teniente Coronel Rafael Ballesteros y con dos piezas de artillería, apoyase su izquierda, en tanto que por su derecha lanzó á los Rifleros con los escuadrones de Toluca y de Oaxaca: con este doble movimiento acabó de consumarse la derrota de los franceses.

Zaragoza que seguía con ansiedad el ataque tan brillante de Porfirio, dió á éste repetidas órdenes para que hiciera alto: el caudillo oaxaqueño tuvo entonces que obedecer, conteniendo apénas el ardor de sus soldados y quedando más allá del sitio del combate y

teniendo al frente al enemigo en un completo desórden á setecientos metros.

Hé aquí la pálida relación de esa espléndida victoria del Cinco de Mayo, que salvó á la República, revelando la fuerza de un pueblo, y dando á éste un respiro para prepararse á nuevas luchas.

La Francia imperial, que había creído conquistar á México con seis mil hombres, retrocedió asombrada ante la derrota de éstos, comprendió que frente á sus huestes invasoras se había puesto en pié algo más que un partido, una Nación, y durante muchos meses no intentó nuevas empresas, acopiando sólo muchos y poderosos elementos de guerra para enviar un refuerzo de cuarenta y cinco mil hombres á sus soldados encastillados tras las fortificaciones de Orizaba, adonde se retiraron despues del desastre que sufrieron en Puebla.

Nuestro pequeño Ejército, que había continuado persiguiendo al ejército francés, á pesar de la superioridad de éste, hasta las goteras de Orizaba, acampó frente á ésta ciudad en espera de la División de Gonzalez Ortega que debía unírsele muy pronto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO IX.

El desastre del Borrego.—Salida de los franceses.—Son rechazados.



O creemos necesario para el plan que nos hemos propuesto en este bosquejo de la historia militar del Señor General Porfirio Díaz, contar con todos sus detalles la irreparable derrota que, por un inesplicable descuido, sufrió la División del General Jesus Gonzalez Ortega.

Basta decir que esas fuerzas, despues de una travesía penosísima y de haber cruzado un espacio de muchas leguas, se internaron por las cuestas de Maltrata, para poder situarse en el punto designado en la combinación hecha por el General Zaragoza.

Tratábase, en efecto, de que Gonzalez Ortega ocupara durante la noche el cerro del Borrego, sin ser sentido por los franceses, para

lanzarse sobre Orizaba, al ser atacada esta ciudad por el Ejército de Oriente.

Pero las cumbres de Maltrata eran inaccesibles, y para marchar por ellas el ejército tenía que hacer continuas obras de zapa, y los soldados que llevar en muchos puntos la artillería en peso.

Aquella marcha tan fatigante duró todo el día y parte de la noche, teniendo en las primeras horas de ésta que trabajar los soldados á oscuras en separar la maleza y en abrir un camino.

Por fin llegó la División á la cima del Borrego contemplando á sus piés la ciudad que apagaba sus últimas luces para entregarse al reposo, ignorante del peligro que la amenazaba.

El General Ortega despues de haber colocado una batería á unos cuantos metros de la garita de Orizaba, situó el 4º Batallón de Zacatecas en la posición más avanzada, dejó á la retaguardia de éste el primer Batallón del mismo nombre y el de Durango.

Entónces envió un parte á Zaragoza de su llegada, comunicándole que, si no había podido ocupar el Borrego á las once y media de la noche del 13 de Junio como estaba previsto en el plan de operaciones, estaría sin embargo listo para combatir por el flanco á los franceses en la madrugada del 14 durante el asalto que iba á darse.

Zaragoza desde el día 13 se había presentado con todo su ejército frente á la garita de México, tendiendo éste en batalla con veintidos piezas: á la derecha estaba la División de Berriozábal, á la izquierda Antillon con la de Guanajuato y en el centro y la reserva la División Negrete.

Desde que extendió su línea el General en Jefe del Ejército de Oriente rompió los fuegos sobre la ciudad; pero al observar que no era secundado por el cerro, comprendió que no había llegado aún Gonzalez Ortega.

Pasóse pues el día en ligeras escaramuzas, y en la noche Zaragoza estuvo en vela lleno de inquietud, ya temiendo hiciesen una salida los franceses, ya que la división de Zacatecas no concurriese á tiempo al asalto, hasta que recibió cerca de la madrugada el aviso de la llegada de aquella.

Entre tanto Laurencez tuvo noticia del movimiento efectuado por

Gonzalez Ortega y violentamente mandó una columna sobre el cerro. Los soldados mexicanos, vencidos por la fatiga, dormían profundamente, cuando fueron sorprendidos por los franceses.

Pasó entonces una escena horrible y difícil de describirse. En medio de la oscuridad comenzó, no un combate, sino una carnicería espantosa: los franceses degollaban, asesinaban sin piedad á aquellos desgraciados que pasaban del sueño á la muerte.

A los gemidos de los moribundos despertaban los soldados sin comprender lo que pasaba, y al querer empuñar su arma, eran matados á bayonetazos y tiros.

En medio de aquel desórden Llave organizó algunos soldados y se arrojó sobre los asaltantes, trabándose un combate en las sombras, haciendo fuego los soldados á quema ropa, sin saber si era sobre los suyos ó sobre el enemigo. Al fin logró rechazar á los franceses.

Pero Laurencez, que comprendió cuanto podía utilizar aquella sorpresa, reforzó la primer columna de ataque con otra más numerosa, y entonces se renovó de nuevo la lucha, siendo la ventaja para los franceses que compactos marchaban sobre cuerpos diseminados y desmoralizados por la sorpresa y la falta de cohesión.

Los coroneles de los cuerpos habían muerto unos, y otros estaban gravemente heridos: entre éstos se encontraba el General Llave.

Alatorre quedó cortado con su fuerza sin poder unirse á la de Gonzalez Ortega la cual, al verse sin Jefes, diezmada y sin dirección, tuvo que retirarse.

Gonzalez Ortega logró hacerse el centro de algunos batallones dispersos, y comenzó su marcha retrógrada combatiendo palmo á palmo y dejando un reguero de cadáveres en aquellas rocas.

Los franceses habían logrado desalojar á los mexicanos del Borrego, pero su victoria les había costado muy cara. El plan de Zaragoza fracasó, y Ortega hizo alto en el pueblo de Jesus María.

Veamos ahora lo que aconteció en el campo de Zaragoza.

El General en Jefe del Ejército de Oriente, que ignoraba en la madrugada del 14 lo que pasaba en el Borrego, rompió al amanecer

sus fuegos sobre Orizaba, organizando sus columnas de ataque. Los franceses contestaron con todas sus piezas rayadas, seguros como estaban de su flanco por la victoria alcanzada sobre la División de Zatecas.

En los primeros disparos cayó herido Santiago Tapia: y en aquel momento también unos oficiales dispersos llegaron hasta Zaragoza y le comunicaron el desastre de Gonzalez Ortega.

Entonces comprendió Zaragoza la necesidad de retirarse, pero sin que aquel movimiento retrógrado se convirtiese en una derrota: para esto era preciso dar un nuevo golpe á los franceses, orgullosos con el fácil triunfo del Borrego.

Laurencez con su presunción habitual facilitó al General en Jefe del Ejército mexicano la ocasión que tanto deseaba; y creyendo que podía arrollar á Zaragoza, sacó sus tropas de Orizaba, lanzándolas sobre el campo republicano.

Al momento dejó de obrar en éste la artillería y se organizaron dos columnas, una á las órdenes del General Berriozábal y la otra á las del General Porfirio Díaz.

Los franceses avanzaron á paso de carga y tambor batiente sobre nuestra línea de batalla, protegidos por el fuego vivísimo de sus piezas rayadas: pero cuando estaban á doscientos metros, Zaragoza mandó romper el fuego de su artillería sobre las columnas francesas, que retrocedieron ante aquel ciclón de fuego y metralla.

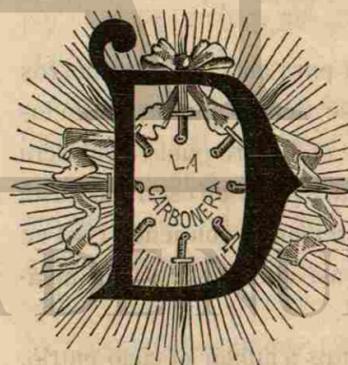
Pero volvieron los invasores á rehacerse y entonces nuestras columnas se arrojaron á su encuentro: Porfirio, que mandaba la de reserva, avanzó á sostener á Berriozábal, y combatiendo cuerpo á cuerpo con los franceses los desorganizó, y rebasando la línea de batalla, los obligó á retroceder hasta encerrarlos dentro de sus fortificaciones.

Un grito de victoria resonó en el campo mexicano, y Laurencez, humillado, no se atrevió á intentar otra salida de Orizaba.

A la media noche retiró Zaragoza su campo á Tecamalucan y de allí emprendió lentamente su retirada hácia Puebla.

## CAPITULO X.

Actitud de la Francia después del Cinco de Mayo.—Refuerzo enviado á los franceses.—Movimientos del Ejército mexicano.—Muerte de Zaragoza.—Avanzan los franceses sobre Puebla.



**D**URANTE la retirada del Ejército de Oriente creyó Zaragoza que no debía abandonar enteramente el Estado de Veracruz al invasor: y para aprovechar siquiera los ricos elementos de la parte del territorio que no había sido ocupada por el enemigo, comprendió que era preciso dejar una autoridad legítima que fuera, además de la expresión de un derecho nacional, el centro de unión de los pueblos que se aprestaban á luchar contra la invasión.

El General Díaz fué nombrado interinamente Jefe de la División Llave, y Gobernador y Comandante militar de Veracruz, declarado en estado de sitio.

sus fuegos sobre Orizaba, organizando sus columnas de ataque. Los franceses contestaron con todas sus piezas rayadas, seguros como estaban de su flanco por la victoria alcanzada sobre la División de Zatecas.

En los primeros disparos cayó herido Santiago Tapia: y en aquel momento también unos oficiales dispersos llegaron hasta Zaragoza y le comunicaron el desastre de Gonzalez Ortega.

Entonces comprendió Zaragoza la necesidad de retirarse, pero sin que aquel movimiento retrógrado se convirtiese en una derrota: para esto era preciso dar un nuevo golpe á los franceses, orgullosos con el fácil triunfo del Borrego.

Laurencez con su presunción habitual facilitó al General en Jefe del Ejército mexicano la ocasión que tanto deseaba; y creyendo que podía arrollar á Zaragoza, sacó sus tropas de Orizaba, lanzándolas sobre el campo republicano.

Al momento dejó de obrar en éste la artillería y se organizaron dos columnas, una á las órdenes del General Berriozábal y la otra á las del General Porfirio Díaz.

Los franceses avanzaron á paso de carga y tambor batiente sobre nuestra línea de batalla, protegidos por el fuego vivísimo de sus piezas rayadas: pero cuando estaban á doscientos metros, Zaragoza mandó romper el fuego de su artillería sobre las columnas francesas, que retrocedieron ante aquel ciclón de fuego y metralla.

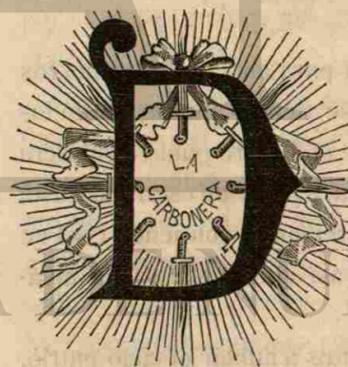
Pero volvieron los invasores á rehacerse y entonces nuestras columnas se arrojaron á su encuentro: Porfirio, que mandaba la de reserva, avanzó á sostener á Berriozábal, y combatiendo cuerpo á cuerpo con los franceses los desorganizó, y rebasando la línea de batalla, los obligó á retroceder hasta encerrarlos dentro de sus fortificaciones.

Un grito de victoria resonó en el campo mexicano, y Laurencez, humillado, no se atrevió á intentar otra salida de Orizaba.

A la media noche retiró Zaragoza su campo á Tecamalucan y de allí emprendió lentamente su retirada hácia Puebla.

## CAPITULO X.

Actitud de la Francia después del Cinco de Mayo.—Refuerzo enviado á los franceses.—Movimientos del Ejército mexicano.—Muerte de Zaragoza.—Avanzan los franceses sobre Puebla.



**D**URANTE la retirada del Ejército de Oriente creyó Zaragoza que no debía abandonar enteramente el Estado de Veracruz al invasor: y para aprovechar siquiera los ricos elementos de la parte del territorio que no había sido ocupada por el enemigo, comprendió que era preciso dejar una autoridad legítima que fuera, además de la expresión de un derecho nacional, el centro de unión de los pueblos que se aprestaban á luchar contra la invasión.

El General Díaz fué nombrado interinamente Jefe de la División Llave, y Gobernador y Comandante militar de Veracruz, declarado en estado de sitio.

Notables fueron los trabajos administrativos del General Díaz en aquel período tan crítico, estando las principales ciudades del Estado ocupadas por el enemigo, y siendo recorrida la mayor parte de aquel territorio por gavillas reaccionarias que en gran número acudían de otros rumbos, para abrigarse bajo la bandera de la invasión.

El General consiguió, sin embargo, hacer respetar su autoridad, reprimir el banditaje y restablecer el orden económico en la Hacienda Federal, ministrando recursos abundantes á las tropas y privando de elementos al enemigo.

Pero su principal anhelo era volver al servicio de las armas para tomar parte en las luchas y en las glorias del Ejército de Oriente, que iba á tener que resistir á cuarenta mil hombres que había enviado la Francia á nuestro suelo, para vengar el desastre de Puebla y llevar adelante la política intervencionista de Napoleón III.

Con instancia pidió al Gobierno General ser relevado del mando civil, hasta que se le dió orden de ingresar al Ejército como Jefe de una Brigada.

Gravísimos sucesos se habían consumado en el país: el Gobierno republicano, haciendo esfuerzos portentosos, había acopiado en Puebla todos los elementos que pudo conseguir.

Un año casi había empleado la Francia para enviar sus refuerzos y un inmenso material de guerra, y en ese tiempo Juárez tomó los contingentes de los Estados y cuidó de que el Tesoro público cubriera en lo posible los enormes gastos de la guerra, á pesar de estar exhausta la República, y de que los traidores mantenían la contienda civil en todas las entidades federativas, ayudando así eficazmente á la invasión.

Una desgracia vino en aquellos momentos á nublar el cielo patrio. Zaragoza, el héroe del Cinco de Mayo, murió en Puebla en medio de su ejército que lo adoraba y que tenía fé en que su caudillo lo llevaría á la victoria.

Quedó encargado del mando el General Gonzalez Ortega, quien activó rápidamente los trabajos de fortificación para defender á Puebla, sobre la cual se aprestaba á marchar el Ejército francés.

En la orden general extraordinaria de la plaza del 18 de Febrero

de 1863, el General Díaz quedó encargado del mando de la segunda Brigada de la primera División; y dicha Brigada la formaron los batallones Morelos y Guerrero de Oaxaca y primer batallón de Jalisco.

Tantas veces se ha narrado el sitio de Puebla, tan conocidos son los inmortales episodios de aquella heroica defensa que tan alto levantó el buen nombre de México, que nos parece inútil escribir la historia de aquella epopeya nacional, lo que por otra parte nos llevaría muy lejos de nuestro punto objetivo.

Nos limitaremos por tanto á mencionar los hechos que se relacionan con nuestro bosquejo biográfico.

Concentradas en Puebla las fuerzas que constituían el Ejército de Oriente, al mando del General Jesus Gonzalez Ortega, el Ejército del Centro marchó en los últimos días del mes de Enero de 1863 á situarse en las inmediaciones de la ciudad que muy pronto iba á ser sitiada por cuarenta y cinco mil franceses, y casi seis mil traidores á las órdenes de Márquez.

El 3 de Febrero del mismo año llegó á Puebla el General Comonfort, en Jefe del Ejército del Centro, á conferenciar con Gonzalez Ortega sobre el plan que debía adoptarse en la próxima campaña, y ambos Jefes convinieron en la necesidad de unificar el mando, quedando ambos ejércitos á las órdenes de un solo Jefe; después de frecuentes conferencias se convino en que sería conveniente que si el ejército francés atacaba primero á Puebla Gonzalez Ortega mandaría en Jefe los dos ejércitos; pero que si marchaba sobre México el mando correspondía á Comonfort.

Estas propuestas fueron remitidas al Gobierno General, quien no aprobó lo proyectado, sino que dispuso que ambos ejércitos obraran independientemente el uno del otro, bajo las órdenes directas del Ministerio de Guerra.

Hechas las obras de defensa más indispensables, por no haber

permitido ni el tiempo, ni los recursos, que se fortificara la ciudad debidamente, se procuró abastecer al Ejército de víveres y municiones, sólo por treinta días, por haberse creído erróneamente que este tiempo bastaba para que se resolviera la cuestión.

Sólo una cosa era indudable, el levantado espíritu de patriotismo que animaba á aquel ejército, que llegaba al heroísmo. En todos los Jefes había la convicción de que la plaza sitiada tenía que sucumbir si no se auxiliaba oportunamente á su guarnición: y sin embargo, desde el General en Jefe hasta el último soldado estaban resueltos á sucumbir sin capitular, prefiriendo la muerte á manchar el honor nacional.

Brevemente diremos como quedó organizada la defensa.

La línea comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia é Independencia, comprendiendo los fuertes, quedó encargada al General Berriozábal que mandaba la primera División: los fuertes se encomendaron á los Generales Pedro Hinojosa, Gayoso y Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santa Anita y San Javier la mandaba el General Antillón con la tercera División.

La línea comprendida entre los fuertes del Cármen estaba á las órdenes del General Francisco Alatorre con la cuarta División: y la que se extendía entre los fuertes de Ingenieros y Zaragoza la defendía el General Ignacio de la Llave con la quinta División.

La primera División al mando de Negrete formaba la reserva, y el General Ignacio Mejía con una Brigada suelta, y á las inmediatas órdenes del Cuartel General, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

En principios de Marzo Juarez, Presidente Constitucional de la República, visitó la plaza de Puebla de Zaragoza acompañado del Ministro de Relaciones, y pudo convencerse de que el Ejército de Oriente no estaba suficientemente municionado ni abastecido. Ofreció entonces el Primer Majistrado hacer pronto los respectivos envíos; pero ya fuese por falta de recursos, ya por haberse precipitado los sucesos, el convoy no llegó á la ciudad.

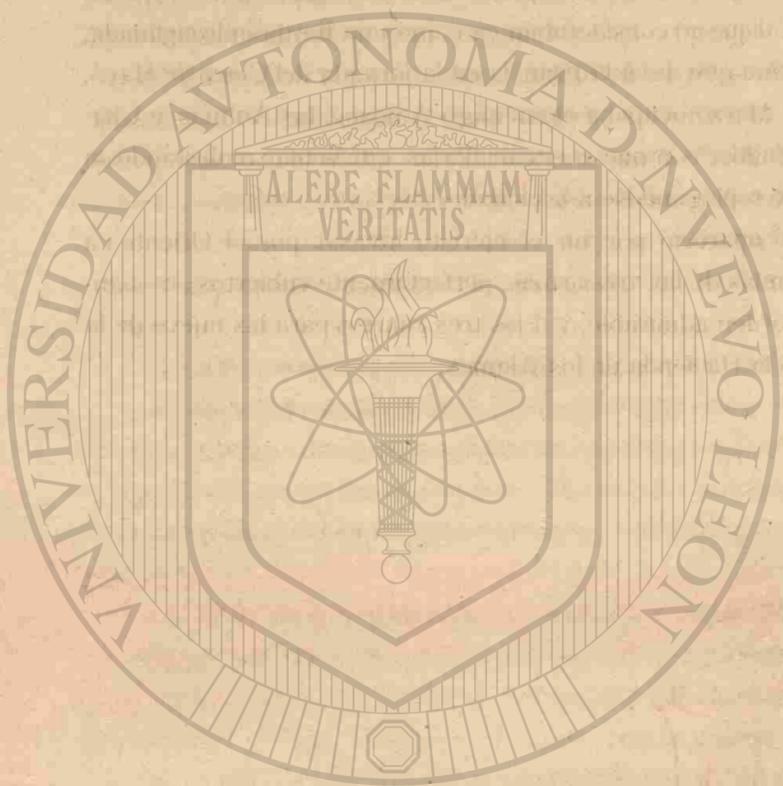
El ejército francés avanzaba entre tanto sobre la ciudad, lenta-

mente y con todas las reglas y precauciones que el arte militar aconseja para acercarse á una plaza fortificada de primer orden.

Los franceses tributaban ese primer homenaje de respeto al Ejército mexicano, al que no consideraban ya como una horda indisciplinada, desde la lección que dió á la Francia en la jornada del Cinco de Mayo.

El 15 de Marzo ocupaba el enemigo Amozoc, las Animas y Chachapan, batiéndose con nuestras caballerías que venían molestando su vanguardia y replegándose á la ciudad.

El día 16 apareció por fin el ejército invasor por el Oriente en fuertes columnas de las tres armas, perfectamente cubiertos sus flancos y en un orden admirable, y á los tres cuartos para las nueve de la mañana tocó la Hacienda de los Alamos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XI.

Sitio de Puebla.



Las 9 un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba frente a las puertas de la ciudad.

Entonces ocupó los cerros de Amalucan y de las Navajas, fortificándose en el acto para apoyar sus movimientos.

A las once prolongó su línea por la derecha colocándose frente a los fuertes de Guadalupe y Loreto, deteniéndose la columna en la hacienda de la Manzanilla.

De sus campamentos se desprendieron en la tarde tres columnas con tiradores á su frente, con dirección al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro.

Entre tanto nuestra artillería permaneció en silencio, para que el enemigo no pudiera medir el alcance de nuestras piezas, y la plaza continuaba tranquilamente sus obras de zapa, teniendo las tropas su armamento en pabellones.

Al siguiente día, 17, apareció el Ejército del Centro por las lomas Uranga, pronto á envolver al enemigo por sus flancos, si éste intentaba un ataque sério sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto.

En los tres siguientes días los franceses continuaron sus movimientos de circunvalación, ocupando primero el camino de México, cortando allí el hilo telegráfico de Puebla á la Capital, y tomando después el cerro de San Juan, donde más tarde estableció Forey su cuartel general, y un verdadero campamento para su servicio militar.

Cinco días trascurrieron en estos movimientos, sin que ocurrieran más que algunas escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos.

Por fin el día 22 comenzaron las hostilidades de una manera formal sobre algunos puntos de la primera línea fortificada de la ciudad, especialmente sobre los fuertes de San Javier y el Parral que sufrieron un fuerte cañoneo. Pero ninguna ventaja obtuvieron los sitiadores, al contrario, los puntos avanzados que intentaron ocupar tuvieron que abandonarlos, arrojados por nuestras fuerzas y sufriendo muchas pérdidas.

Los franceses habían abierto ya sus paralelas y á su abrigo se prepararon el día 25 á dar un asalto á la plaza.

El 26 en la noche rompieron los franceses sus fuegos formando fuertes columnas como si fueran á dar un asalto: la plaza contestó en el acto y la guarnición se puso sobre las armas para rechazar al enemigo.

Toda la noche y el siguiente día continuó vivísimo el fuego de cañón, cayendo infinidad de bombas sobre la ciudad y quedando destruído el fuerte de San Javier.

Por fin á las ocho y media de la noche se desprendieron de las paralelas las columnas de ataque, lanzándose al asalto con todo el brío que le es natural al soldado francés.

Pero éste encontró á su frente un adversario digno que lo recibió con un fuego vivísimo de fusilería. Defendían el fuerte de San Javier

los batallones 2º y 6º de Guanajuato, á la vez que fuera de la fortificación flanqueaban á los franceses por la derecha el batallón de rifleros y por la izquierda los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas.

Desde en la tarde, y previendo el ataque, el General en Jefe había situado en campo raso cuatro baterías de la reserva general que batiéron los dos flancos del enemigo.

El combate fué reñidísimo y sangriento, luchando cuerpo á cuerpo los combatientes sobre los reductos, pero en una hora los franceses fueron completamente derrotados, destruídas sus columnas y retirándose los restos de ellas en completa dispersión. Estos sucesos tuvieron lugar en la noche del 26 de Marzo de 1863.

El día 28 á la una y media de la mañana dieron otro asalto los franceses, llegando sus columnas hasta el foso del mismo fuerte; pero de nuevo fueron rechazados, debiéndose tener en cuenta que las cortinas y baluartes de San Javier estaban completamente destruídas.

Al terminar el mes, el General Gonzalez Ortega, después de oír la opinión pericial de sus ingenieros, mandó desartillar el fuerte de San Javier, sacar de él las municiones de guerra y abandonarlo como tal fuerte, puesto que estaban sus baluartes y murallas convertidas en ruinas y cegados los fosos con los escombros.

Sin embargo, se quiso disputar por última vez al invasor aquel punto para demostrarle que los mexicanos estaban resueltos á defender palmo á palmo el suelo patrio.

A las 3 y media de la tarde del día 30 de Marzo, rompió de nuevo el enemigo sus fuegos de artillería sobre la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, y á las cuatro lanzó sobre aquel punto gruesas columnas que se desprendieron de las paralelas audazmente abiertas á cuarenta varas del fuerte.

Dos batallones, uno de Guanajuato y otro de Morelia, resistieron al asalto en el patio de la Penitenciaría; pero pronto fueron auxiliados por alguna fuerza de los puntos inmediatos y de las reservas, consiguiéndose hacer sufrir fuertes pérdidas al enemigo y que éste se resguardara en sus paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría.

Y sin embargo de la pérdida del fuerte, á pesar de que los franceses hicieron fuego durante treinta y dos horas sobre nuestra línea y

de haber intentado ocupar las avanzadas situadas á la retaguardia del fuerte, conseguimos conservar éstas.

En los siguientes dias á la ocupación del fuerte de San Javier los franceses se limitaron á batir con la artilleria situada en sus paralelas y con un continuo fuego de rifle los reductos de Morelos y las manzanas situadas á la retaguardia del edificio.

La división de Negrete que defendía aquellos puntos peligrosísimos, por estar batidos incesantemente por el enemigo, había sufrido muchísimo, por lo cual el General en Jefe mandó relevarla la noche del 31 de Marzo, con la reserva de la primera División que mandaba Berriozábal.

En el acto fué ejecutada la orden, y á la una de la noche se presentó el General Porfirio Díaz al frente de la fuerza que mandaba, recibiendo los reductos y edificios que deseaba defender Gonzalez Ortega, indicándole éste los puntos donde la defensa sólo debía ser provisional y débil, y en los que se debían conservar á todo trance hasta que quedara la fuerza muerta ó prisionera.

## CAPITULO XII.

Continuación del sitio.—Ultimos episodios.—Rendición de la plaza.



RONTO quedó establecida la segunda línea que debía sustituir la que se había perdido con el fuerte de San Javier, y en la cual tenían que sentirse con mayores desventajas los ataques de los franceses, por lo débil de la construcción de aquellos edificios.

Pero en aquella línea se encontraban el General Díaz y el General La Llave, que fué encargado de la defensa de la línea de la derecha.

En la noche del 2 de Abril los franceses rompieron sus fuegos sobre la línea de vanguardia de San Agustín, logrando á las ocho y media abrir con su poderosa artillería una brecha en el cuartel de San Marcos, que ocupaba el General Díaz.

Al momento lanzó una gruesa columna que ocupó la mitad del cuartel, mientras que en la otra mitad quedaron los defensores del punto.

Allí tuvo lugar un combate reñidísimo, sangriento, y casi cuerpo á cuerpo. Los mexicanos hicieron prodigios de valor, y Porfirio entre el humo y los escombros dirigía aquella admirable resistencia hecha en las sombras, iluminada sólo por el fuego de la fusilería y del cañon. A la media noche los franceses fueron arrojados del punto, dejando allí sus muertos y sus armas.

A las dos de la mañana el enemigo intentó un nuevo ataque por otro punto, por la manzana de la plazuela de San Agustín. Después de haber abierto la brecha lanzó por allí sus columnas, pero fué vigorosamente recibido por el 6º batallón de Jalisco y por el 4º batallón; el General Díaz acudió en el acto al lugar del peligro, emprendiéndose un combate tan encarnizado como el anterior. A las cinco de la mañana los franceses fueron rechazados, dejando en nuestro poder sus armas, sus muertos y sus heridos.

En la órden general de la plaza, del día 3 al 4 de Abril, el General en Jefe mandó se hiciese una mención honorífica de los Jefes que alcanzaron tan brillantes triunfos y especialmente del Señor Porfirio Díaz que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

Personalmente, en efecto, y al frente de cincuenta hombres del 1º de Toluca, Porfirio, saltando el antepecho que cubría la manzana llamada de Cabecitas que asaltaban los franceses, resistió á los asaltantes hasta obligarlos á replegarse. Y cuando volvieron al asalto por el costado izquierdo del cuartel de San Marcos, logró rechazarlos de nuevo, después de un largo combate.

En premio de estas acciones de guerra el Gobierno lo hizo General de Brigada efectivo, más tarde, en 29 de Mayo de 1863.

Nos estenderíamos demasiado si narráramos todos los lances acaecidos durante el largo sitio de Puebla: baste decir que el General Díaz prestó servicios eminentísimos, distinguiéndose entre los héroes que tan alto levantaron el honor nacional. Pueden citarse especialmente los últimos combates que tuvieron lugar al concluir el mes de Abril, y en los cuales los franceses adquirieron la convicción de que por la fuerza jamás ocuparían la plaza.

El día 19 del citado mes asaltaron las manzanas ocupadas por Sanchez Róman en los momentos en que accidentalmente se hallaba en aquel punto el General Porfirio Díaz, que había ido allí á visitar á los Jefes de la línea. Hay que tener en cuenta que sobre esa línea, encomendada al General Miguel Auza y que formaba parte de la que mandaba el General Berriozábal, día á día incesantemente había concentrado sus fuegos de cañon el sitiador, extendiendo sus tiros hasta el fuerte de Teotimehuacán.

Los franceses lograron al fin abrir por todas partes grandes brechas, que se cubrían con pelotones de nuestros soldados: además, las paralelas y trabajos de zapa por donde avanzaba el enemigo estaban á unos cuantos metros de la línea mexicana.

Poco después de las cuatro de la tarde del citado día 19 los zuevos se lanzaron sobre las brechas: allí los aguardaba Porfirio, quien después de combatir heroicamente, logró rechazarlos. Pero nuestros soldados, creyendo, desgraciadamente, derrotado por completo al enemigo, no se aprestaron á un nuevo combate: y los franceses, aprovechando la ocasión, hicieron de nuevo un rapidísimo empuje sobre las manzanas.

En vano Porfirio, que no se había alejado, defendió el punto no sólo con valor sino con desesperación; por mucho tiempo combatió envuelto entre el humo y el polvo de los derrumbes, teniendo que salir casi asfixiado de entre los asombros: al fin se vió obligado á abandonar aquellas manzanas después de haber perdido trescientos hombres entre muertos y heridos, y una pieza de montaña que quedó enterrada bajo el techo de una casa.

Cada manzana formaba una especie de ciudadela que sólo de cerca podían atacar los franceses, y que les costaba enormes pérdidas: luego que el cañon había abierto brecha en la pared exterior de las casas, el enemigo se lanzaba por la abertura; pero allí se estrellaba en las trincheras levantadas en los patios, recibiendo un fuego mortífero por las troneras practicadas en las paredes interiores. Y conquistada por el sitiador una posición, ocupando muchas veces sólo ruinas, tenía que comenzar aquella misma operación sobre la manzana siguiente.

En esta lucha incesante durante el día y la noche, sin respiro y sin

cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y su sangre fría, y ésto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviéndose esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

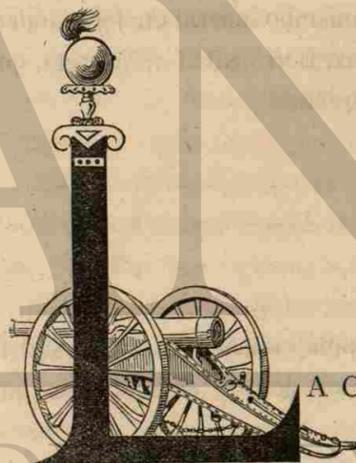
El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió Gonzalez Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constituían prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

### CAPITULO XIII.

Después de la ocupación.—Situación de la Capital.—Marcha del Señor Juarez para el interior.—Retirada del Ejército.—El General Porfirio Díaz en San Juan del Río.



A Ciudad de Puebla de Zaragoza había sucumbido: el Ejército del Centro, compuesto en su mayor parte de reclutas, había sufrido un revés que redujo su número á una tercera parte, y el Ejército de Oriente no existía: se había suicidado gloriosamente por no poder continuar defendiendo la plaza que se le había confiado.

Once mil soldados mexicanos que habían sido capturados por los franceses, fueron condenados á la suerte más ruda é infamante. Unos quedaron refundidos en las hordas de Márquez, á fin de poder dar al asesino de Tacubaya lo que nunca había logrado tener, soldados que supieran batirse y desconocieran las hazañas de encrucijada, tan comunes en las gavillas de la reacción.

cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y su sangre fría, y ésto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviéndose esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

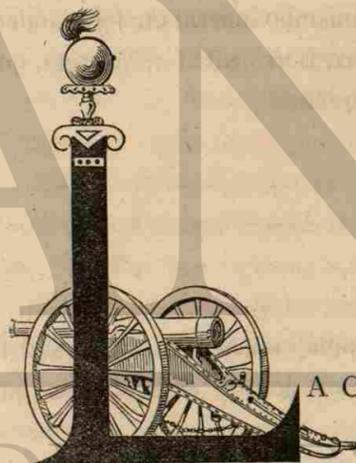
El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió Gonzalez Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constituían prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

### CAPITULO XIII.

Después de la ocupación.—Situación de la Capital.—Marcha del Señor Juarez para el interior.—Retirada del Ejército.—El General Porfirio Díaz en San Juan del Río.



A Ciudad de Puebla de Zaragoza había sucumbido: el Ejército del Centro, compuesto en su mayor parte de reclutas, había sufrido un revés que redujo su número á una tercera parte, y el Ejército de Oriente no existía: se había suicidado gloriosamente por no poder continuar defendiendo la plaza que se le había confiado.

Once mil soldados mexicanos que habían sido capturados por los franceses, fueron condenados á la suerte más ruda é infamante. Unos quedaron refundidos en las hordas de Márquez, á fin de poder dar al asesino de Tacubaya lo que nunca había logrado tener, soldados que supieran batirse y desconocieran las hazañas de encrucijada, tan comunes en las gavillas de la reacción.

Otros prisioneros fueron á trabajar en el camino de fierro de Veracruz y allí murieron todos de insolación, de fiebre amarilla ó de alguna otra de las terribles enfermedades de aquella zona.

Veintiseis Generales y mil doscientos Jefes y Oficiales quedaron prisioneros: y todos se rehusaron á firmar el compromiso que les exijía Forey, para ponerlos en libertad, de no tomar más las armas en defensa de la Patria.

Entonces dispuso el General francés deportar á la Martinica aquellos héroes, entre los cuales no hubo uno que se prestara á aquel acto de cobardía y debilidad.

Muchos de los Generales, casi todos, lograron sin embargo evadirse, unos de la misma ciudad de Puebla, y otros del camino de Veracruz, á pesar de ir escoltados por una fuerza numerosa y de ser tratados con excesivo rigor.

Entre los primeros se contaban el mismo General en Jefe Gonzalez Ortega, y los Generales Porfirio Díaz, Berriozábal y Negrete, que marcharon á presentarse al Gobierno general.

Profunda sensación, entre tanto, había causado en la Capital la noticia de la ocupación de Puebla, á pesar de que nadie dudaba que ese sería el resultado forzoso del sitio.

Y sin embargo, ni el Gobierno republicano, ni el pueblo sintieron menguar su fé en el triunfo de su causa.

Juarez, con su fuerza de ánimo inquebrantable, activaba rápidamente las obras de fortificación de la Capital, resuelto sin duda á no entregar ésta sino después de una resistencia tan enérgica como la de Puebla.

Pero ya fuese que comprendiera el Presidente que con los restos del Ejército del Centro no podía defender una ciudad de aerea tan extensa como México, ya porque temía que una población tan sibarita, donde sólo imperan el lujo y el egoísmo de los intereses materiales,

careciese de la virilidad necesaria para los sacrificios del heroísmo, el hecho fué que se dispuso abandonar la Capital y establecer los Poderes públicos en San Luis Potosí.

El 31 de Mayo cerró sus sesiones el Congreso de la Unión con todas las solemnidades reglamentarias, después de haber declarado que el Ejército de Oriente mereció bien de la patria, y de haber otorgado facultades omnímodas al Presidente Juarez, con la sola limitación de que éste conservaría la integridad é independencia del territorio nacional, sin aceptar intervención extranjera alguna.

En la tarde de ese mismo dia el personal del Gobierno salió de la Capital para Querétaro, á donde llegó el Señor Juarez con sus ministros, después de haber pasado por el peligro inminente de ser atacadas las diligencias y carruajes por alguna de las guerrillas de Mejía, que interceptaban el camino del interior.

Pero el Gobierno del Estado situó las escoltas suficientes y el Ejecutivo de la Nación, en su marcha hasta San Luis Potosí, sólo recibió una ovación no interrumpida de las Autoridades, del Ejército y del pueblo.

Más al abandonar la capital se habían salvado los elementos de guerra que aún quedaban á la Nación, así como los archivos y el Tesoro federal.

Con los Poderes públicos habían abandonado la ciudad no sólo los funcionarios y los empleados, sino multitud de familias, unas temiendo las tropelías de las hordas clericales de Márquez, y otras por no permanecer bajo el dominio del invasor.

Porfirio Díaz, tomando el mando del Ejército del Centro, quedó encargado de cubrir la retaguardia, y recibió á la vez la orden del Ministerio de la Guerra de marchar para Toluca con su división.

Durante la primera jornada, al cruzar la montaña tanto las tropas como la inmensa caravana que se retiraba por aquel rumbo, las hordas de Butrón se precipitaron de las rocas del Monte de las Cruces intentando cortar aquel convoy, para robar á los que se hubieran alejado de las tropas.

Este ataque produjo algun desorden, durante el cual algunos cuerpos, desmoralizados ya, intentaron desbandarse. Y acaso lo hu-

bieran logrado, haciendo cundir la desmoralización en todo el Ejército, sin la sangre fría y el valor tranquilo del General Porfirio Díaz que se presentó violentamente, arrojándose sobre los amotinados.

El fuego era vivísimo, sin que pudiera distinguirse la posición del enemigo, pues á la vez que atacaban los guerrilleros de Butrón los soldados federales se hacían fuego entre sí, en tanto que los empleados y las familias que caminaban entre las tropas aumentaban la confusión, huyendo por do quier.

El Señor Díaz entonces, lanzó un regimiento de caballería sobre los bandidos reaccionarios que huyeron por el monte, á la vez que cercó el cuerpo amotinado, y, sobre la marcha, mandó pasar por las armas á los insurrectos. En el acto cesó el motin, y el convoy y las tropas llegaron á la capital del Estado de México sin novedad alguna.

Porfirio Díaz marchó entonces para Querétaro, donde comenzó á reorganizar el Ejército de operaciones, que volvió á llamarse después de Oriente, situándose en San Juan del Río.

Cuatro meses permaneció el General Díaz en aquella pintoresca población enteramente consagrado á aumentar su fuerza, equiparla, armarla é instruírla, hasta formar una división de las tres armas, admirable por su moralidad y su disciplina. Es que estaba perfectamente secundado por los Jefes que militaban á sus órdenes, la mayor parte de los cuales habían hecho con él la campaña de Oriente.

Por fin, en los primeros días de Octubre de 1863 el General Díaz, después de haber conferenciado con el Ministro de la Guerra en Querétaro, partió de San Juan del Río con su división, tomando el camino de la montaña: era entonces General de División nombrado por el Señor Juárez en 15 de dicho mes. A petición suya el Señor Juárez le había encomendado hiciera la campaña de Oriente, comenzando por el Estado de Oaxaca que no había sido ocupado aún por los franceses.

Aquel era un plan atrevidísimo, porque el General Díaz iba á combatir casi sólo en una vasta extensión de territorio, que permanecía entonces tranquilo dominado por la invasión, á la que se había sometido por cansancio tras una lucha sangrientísima, y por falta de caudillos que empuñaran la bandera de la insurrección.

El estupor fué profundo al ver marchar aquel pequeño cuerpo de Ejército hacia el Sud-Este de la República: iba en efecto el General Díaz á atravesar un país ocupado por los invasores y por los traidores que, á la sombra de aquellos, levantaron fuerzas numerosas, perfectamente equipadas y municionadas.

Tomó el Señor Díaz por la montaña el camino de Amealco y allí hizo su primera jornada. Al siguiente día continuó por los Molinos de Caballero marchando después por Aganguero, Orocutin, Laureles, los Arcos, Almoloya, Soltepec y Zacualpam.

Así llegó á Tasco donde derrotó á la guarnición, haciéndola prisionera y apoderándose de algunos elementos de guerra, en un combate reñidísimo, por haberse defendido valientemente los imperialistas durante los días 26, 27 y 28 de Octubre.

Y habiendo arrollado á su paso las fuerzas que se le opusieron, logró situarse en la línea divisoria entre los Estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca.

Los Jefes reaccionarios Visoso, Valdés y Vicario, después de la derrota de éste último, no se atrevieron á aproximarse á las fuerzas del General Díaz á pesar de que los franceses habían ministrado á los traidores todo género de recursos, y de que enviaron en su apoyo una fuerte columna de zuavos á Cuernavaca, al saber la aparición de los republicanos por aquellos rumbos.

Solo Visoso tomó rápidamente el camino de las Mistecas: y como su fuerza era numerosa, el Gobernador de Oaxaca hizo algunos preparativos de defensa.

El Señor General Díaz había hecho desde Tasco hasta Oaxaca una marcha tan rápida como estratégica, tocando los siguientes puntos: Tepecuacuilco, Chilapa, Ayoscinapa, Atlixteca, Tlapa, Ixcatiopa, Alcoxanca, Xilacayoapan, Huajuapam de Leon, Tamazulapa, Tlajiac, Nochistlán, Huaucliyá, Huitzeo, Etlá y Oaxaca.

Pero al dirigirse á la Capital del Estado para ponerse en relaciones con el Gobernador marchó solo, acompañado únicamente de un ayudante, dejando atrás acampada su fuerza, á sesenta leguas de distancia.

Así quiso demostrar que no quería ejercer presión alguna sobre

la autoridad, ni llevaba miras preconcebidas de apoderarse de un mando que en manera alguna ambicionaba, á pesar de estar revestido de facultades por el Gobierno General para disponer de las rentas federales y de la Guardia Nacional de Oaxaca, según el decreto de 22 de Septiembre de 1863.

Al mes siguiente, en 28 de Octubre, se dió mayor extensión á estas facultades, comprendiendo en ellas á Veracruz, Puebla y Tlaxcala, con el cual el General Díaz tenía el mando militar de cuatro entidades federativas declaradas en estado de sitio.

Luego que el General Díaz llegó á la ciudad, donde fué recibido con verdadero entusiasmo, tuvo algunas conferencias con el Gobernador y los diputados de la Legislatura. Y éstos funcionarios creyeron necesario que Porfirio reasumiera los mandos político y militar del Estado á fin de organizar mejor la campaña, y hacer las economías que reclamaba imperiosamente la situación angustiosa del Erario.

El General Díaz, después de haber objetado esta medida, se vió obligado á aceptarla, con la condición de que el poder judicial y los ayuntamientos funcionarían con entera independencia del poder militar.

El General Díaz consagróse entonces á la administración, estableciendo el orden más perfecto en las rentas públicas, logrando así que éstas aumentaran, sin lo cual hubiera sido imposible atender á las imperiosas y crecidas atenciones de la guerra, y al sostenimiento de la División que constaba de cerca de cuatro mil hombres de las tres armas.

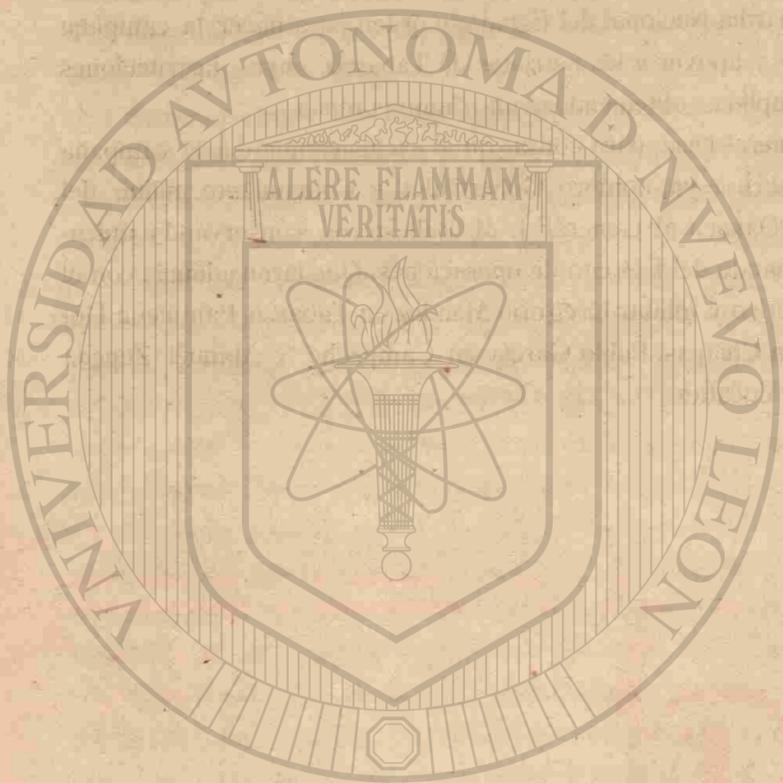
Y no desatendió á los demás Estados que quedaron bajo su mando, estableciendo dos comandancias militares en los Estados de Veracruz y Puebla, una al Sur y otra al Norte, á fin de que cada una atendiera mejor á las exigencias políticas y militares de tan vasta demarcación. La de Sotavento de Veracruz la confió al General Alejandro García, cuya lealtad y patriotismo le eran tan conocidos.

Hizo más aún; á pesar de que su autorización no comprendía los Estados de Tabasco y Chiapas, quiso auxiliar á los patriotas que tan heroicamente luchaban en ellos por la independencia de la Patria.

En tal virtud mandó al General Salinas con un Batallón de infan-

tería y un pelotón de artilleros á Tuxtla Gutierrez, donde con algunas piezas de artillería, mal servidas por falta de personal, se sostenían los republicanos. Llevaba además el General Salinas trescientos fusiles para la Guardia Nacional del Estado, y órden para hacer la campaña de Chiapas y apoyar á los patriotas de Tabasco, cuyas instrucciones fueron cumplidas, obteniéndose un triunfo completo.

El General Díaz, para consagrarse exclusivamente á la campaña que iba á abrirse ya, nombró Gobernador y Comandante militar del Estado de Oaxaca al General J. M. Ballesteros, conservando únicamente el mando del Ejército de operaciones. Quedaron además con el mando político y militar Gregorio Mendez en Tabasco, Pantaleon Dominguez en Chiapas, Pablo García en Campeche y Manuel Zepeda Peraza en Yucatan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### CAPITULO XIV.

Principio de la campaña.—Acción de Nanahuatipam.—Sitio de Oaxaca por Bazaine.—Pérdida de la plaza.—Prisión del General Díaz.



El General en Jefe del ejército francés comenzaba á preocuparse seriamente de la actitud que guardaban los republicanos de Oaxaca, cuando gran parte del país estaba ocupado por los intervencionistas y parecía sometido. Y mientras organizaba la expedición que personalmente quería mandar, ordenó al General Brincourt, que operaba en Puebla, avanzara sobre la frontera de Oaxaca. Y así lo hizo Brincourt, marchando él mismo con una columna de dos mil hombres sobre Huajuapam de Leon, á la vez que otra columna mandada por el Coronel Giraud del 7º de línea marchando por la Cañada, se dirigía sobre San Antonio Nanahuatipam.

El primer punto lo cubría el General Benavides con una Brigada de infantería y otra de caballería, y en Nanahuatipam estaba con un batallón el Coronel Espinosa.

Luego que el General Díaz tuvo noticia del avance del enemigo salió de Oaxaca, tomando al principio el rumbo de Huajuapán, para engañar á aquel; pero en Tejupam tomó rápidamente á la derecha para atacar por la retaguardia á los franceses que ocupaban la Cañada.

El General Díaz, precisó al Coronel Espinosa no sólo el día, sino hasta la hora en que debía mantener su posición, para apoyarlo en el momento en que atacara la retaguardia francesa. Pero el Coronel mexicano retrocedió antes de tiempo, lo que descompuso el plan de combate del General Díaz.

Este atacó sin embargo el campamento francés, desalojó al enemigo de la plaza, y hubiera obtenido una victoria completa, si las fuerzas de Espinosa en aquellos momentos hubieran atacado el frente.

Los franceses entonces pudieron rehacerse en el interior de la iglesia y rechazaron nuestra columna, que tuvo que retirarse violentamente hasta incorporarse con los restos de la de Espinosa.

Esta sangrienta y desastrosa jornada tuvo lugar el día 10 de Agosto de 1864 y costó más de dos mil hombres á la División del General Díaz, aumentando la desmoralización que comenzaba á cundir en nuestras fuerzas, al verse solas combatiendo en todo el país.

En esos días se separaron de aquel cuerpo de Ejército el General Mariano Escobedo, que mandaba la brigada de caballería, y el General Benavides.

Porfirio se replegó hasta el valle de Oaxaca, dejando únicamente de observación en Nochistlan el cuerpo de Lanceros de Oaxaca, á las órdenes de su hermano el General Félix Díaz.

La situación de los republicanos de Oaxaca era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia cuando el país entero había sucumbido: y algunos de los defensores de la indepen-

dencia deponían las armas y se retiraban á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agoviados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro Ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado.

En tanto la defección, partiendo de las esferas más altas del poder, había cundido desde algunos funcionarios hasta Jefes de alta graduación en el Ejército.

Un Ministro del Señor Juárez, Nuñez, había desertado de su puesto, sometiéndose al enemigo. Y Uruga, después de haber celebrado arreglos con el invasor, se pasaba al imperio con armas y bagajes.

Y sin la enérgica lealtad del General Arteaga y de la Oficialidad del Ejército del Centro, Uruga habría arrastrado á la mayor parte de éste en su propia traición.

A uña de caballo escapó Uruga del campo republicano en los momentos en que el General Arteaga iba á reducirlo á prisión para pasarlo por las armas: y después de haberse salvado de los destacamentos que lo perseguían, llegó por fin á la capital á someterse al imperio.

Desde allí se permitió querer seducir al héroe de Oriente, al General Porfirio Díaz, enviándole con un comisionado, el Coronel Alvarez, una carta confidencial, en la cual lo invitaba á que reconociese al imperio fabricado en México por la intervención armada de Napoleón III.

Uruga, después de hacer injustos cargos al Ejército del Centro de donde había desertado, ofrecía al General Díaz que el imperio promulgaría las mismas leyes de Reforma que había dado el Señor Juárez, y le prometía que el mismo General Díaz conservaría el Gobierno del Estado y toda la línea que mandaba, sin que se le enviara un sólo extranjero.

El General Díaz, profundamente indignado por el insulto que se le infería, rechazó enérgicamente aquellas propuestas, y contestó á Uruga que sólo por los respetos que debía á su antiguo Jefe y por la amistad que lo ligaba con éste y con Alvarez no sometía á éste á juicio, fusilándolo por traidor. Tal vez el General Díaz tuvo algo en cuenta el carácter de parlamentario que amparaba á Alvarez.

Porfirio además decía á Uruga en su contestación, que jamás fal-

taría al juramento que había prestado de combatir por la libertad é independencia de la Patria, y que lo cumpliría sin vacilar, cualquiera que fuese la suerte que en la guerra le deparara la fortuna. Y terminaba agregando que pasaría por las armas sin vacilar, á cualquier otro que se encargase de llevarle otra misión igual.

El General Díaz cumplió sus promesas como bueno y no queriendo que por un momento siquiera se vacilase de su lealtad, al saberse que había recibido un comisionado de Uruga, dirigió con fecha 27 de Diciembre una circular á los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, participándoles los sucesos que acabamos de referir.

Y esta nota en la cual respiraban los nobles y levantados sentimientos de su autor, fué publicada en el Periódico Oficial del Estado.

Desde que se supo en México que el General Porfirio Díaz no entraba en avenimiento alguno con el Imperio, el ejército francés que iba á operar sobre Oaxaca fué reforzado y se ordenó que avanzara sobre el Valle, encargando la campaña al General de Artillería Courtois d'Hurbal, en tanto llegaba Bazaine.

El 18 de Diciembre de 1864 el General Félix Díaz sostuvo brillantemente un ataque que le dió la caballería francesa en la Hacienda de San Isidro. Pero ante la superioridad del enemigo tuvo que replegarse, y los franceses siguieron avanzando en los días 22, 26 y 31 del citado mes, hasta que el 4 de Enero el General Courtois d'Hurbal, que estaba acampado en Etna, hizo avanzar sus columnas de observación á las inmediaciones de Oaxaca, estableciendo su campamento en la Blanca.

Entonces llegó á dirigir el sitio personalmente Bazaine, con diez mil hombres más y treinta piezas de artillería de un alcance superior á las nuestras.

El General Díaz sólo tenía á sus órdenes tres mil hombres escasos, tres baterías irregulares mal dotadas en su personal, y novecientos caballos: había además mandado que se organizaran violentamente las Guardias nacionales de Miahuatlán, Ixtlán y Tehuantepec.

Entonces combinó un plan de campaña audacísimo, y que, á haberse ejecutado en todos sus detalles, habría tal vez variado el orden de los sucesos y la resistencia se habría prolongado más con un éxito mejor. Pero la fortuna volvía siempre caprichosamente la espalda á nuestras armas, y la victoria se negaba á premiar cuanto esfuerzo hacían los buenos hijos de México.

El General en Jefe hizo marchar la caballería el día 8 de Enero de 1865 para que se situara á la espalda de los franceses, tomando un camino trasverso entre Huitzo y Etna, y siguiendo el rumbo de la Mixteca.

El Señor Félix Díaz, encargado de la expedición, llevaba instrucciones de atacar el convoy y la retaguardia del ejército francés, no sólo con la caballería que mandaba, sino con las fuerzas de Guardia Nacional que se le unirían.

Y el hermano del General en Jefe marchó en efecto, cumpliendo las órdenes recibidas; pero la desmoralización cundía rápidamente entre la tropa, y parte de la caballería se desbandó, y la Guardia Nacional de Tehuantepec se pronunció por el imperio, y la de Miahuatlán no quiso organizarse ni partir á la campaña.

Félix Díaz tuvo que volverse á Oaxaca con el resto de su fuerza, y sin haber podido ejecutar la comisión que se le había confiado.

Al ver esto las fuerzas de Oaxaca se desmoralizaron á su vez, no sólo al palpar la superioridad en número, disciplina y armas del ejército francés, sino al persuadirse de que con la defección de la caballería y de los cívicos de Tehuantepec le faltaba un apoyo exterior que auxiliara á la guarnición, ya para surtirse de víveres, ya para hacer alguna salida.

Los franceses en tanto avanzaban sobre la ciudad, siguiendo estrictamente las reglas del arte de la guerra y obligando á los defensores á agotar sus municiones al resistir ataques parciales, y en los cuales la ventaja la alcanzaban siempre los sitiadores.

Los traidores que había dentro de la plaza, es decir los conservadores, fomentaban el desaliento de la guarnición, ya sembrando el terror anunciando que los defensores de la independencia serían pasados por las armas, ya prometiendo recompensas á los tráfugas.

Porfirio Díaz comprendió que por entonces la causa nacional estaba perdida; pero en aquella alma grandiosa no cabían ni el pensamiento mezquino de someterse á los invasores, ni el sentimiento cobarde de huír del peligro. Y resolvió luchar hasta el fin, hasta que no quedara un sólo soldado en la trinchera, ni un cartucho en el fusil. Había algo de la desesperación sublime del héroe que sucumbe ante una fuerza superior, y que busca la muerte para no ver á su patria profanada, cayendo envuelto en la bandera que por tantos años y con tanta gloria defendió.

Y se lanzó á combatir, no como un General en Jefe, sino como el último de sus capitanes, marchando á la cabeza de sus columnas.

Los franceses desde los primeros días de Enero habían ocupado la hacienda de la Aguilera; y como este punto era uno de los principales que formaban la línea avanzada de los sitiadores, Porfirio quiso recobrarlo: y al frente de la compañía de ingenieros que mandaba el Teniente Coronel Juan Perez Castro se lanzó sobre la hacienda, y después de un reñido combate desalojó al enemigo.

Pero aquel triunfo fué estéril, porque envió el Jefe francés un fuerte refuerzo, y nuestros soldados tuvieron que replegarse á la plaza.

Día á día se estrechaba más el sitio, y día á día disminuía más el número de los defensores que eran diezmados por el fuego tan nutrido y certero de los franceses, y por la deserción que cada vez era mayor.

El General Díaz era el primero en acudir al punto donde el peligro era más ingente, batiéndose como un soldado, realizando hazañas que rayaban en temeridad, y causando la admiración de sus subordinados. Estos, sobre todo los Jefes superiores, sospecharon que Porfirio sólo buscaba una muerte gloriosa en la trinchera, y en nombre del interés comun le expusieron que debía conservar su vida, que pertenecía á la Patria y á sus compañeros de armas.

Un mes hacía ya que duraba aquella defensa asombrosa, inaudita, y en la cual ménos de dos mil hombres, en una ciudad mal fortificada y peor artillada resistían á diez mil franceses, cuando desertaron en masa dos compañías enteras que guarnecían el Fortin más avanzado, con lo cual quedaban descubiertos los demás y la ciudad misma.

Porfirio mandó un refuerzo; pero comprendió que era imposible prolongar la defensa, y promovió un consejo de guerra para exponer á los Jefes y Comandantes que militaban á sus órdenes cuál era la verdadera situación de la plaza, que al primer asalto sería tomada.

Los Generales Salinas y Ballesteros, el Coronel Angulo, los Jefes de Brigada y los Comandantes de las líneas de defensa opinaron por la rendición, dejando al General en Jefe que la hiciera efectiva en los términos más decorosos.

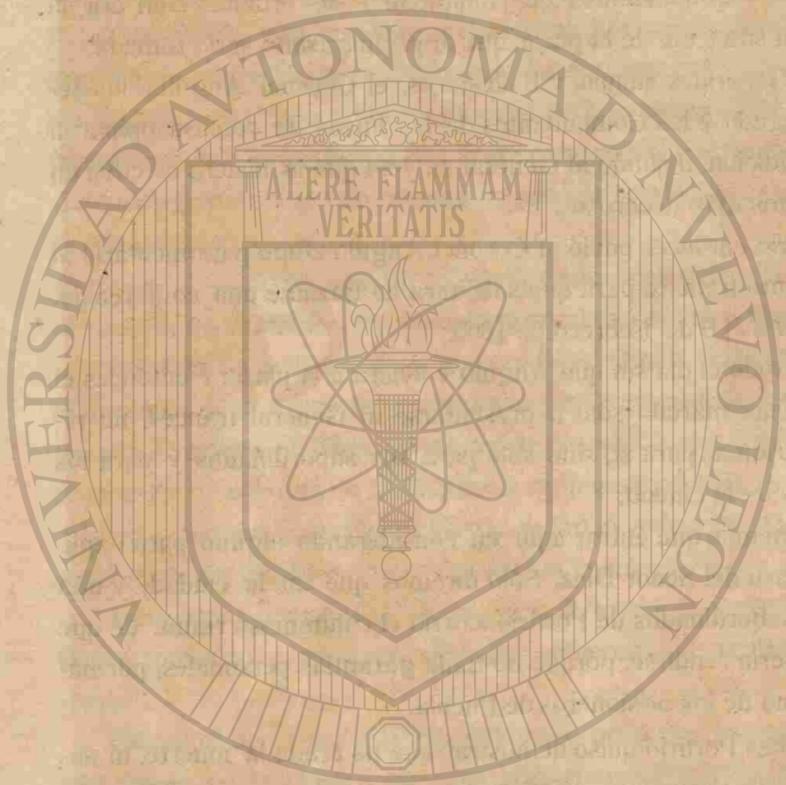
Porfirio entonces envió al Coronel Angulo como parlamentario al campamento francés, para que solicitara de Bazaine una conferencia. Esto pasaba el 8 de Febrero de 1865.

Pasó todo el día sin que Angulo volviera á la plaza: y entonces el General Díaz marchó sólo á presentarse al General francés, no pidiendo garantías para sí, sino sólo para sus subordinados y para los habitantes de la ciudad.

No tenemos que entrar aquí en considerando alguno para explicar este paso del Señor Díaz. Sólo diremos que en la ciudad, y aún entre los subordinados de Porfirio corría el calumnioso rumor de que éste no quería rendirse, porque no tenía garantías personales, por haber sido uno de los prisioneros de Puebla.

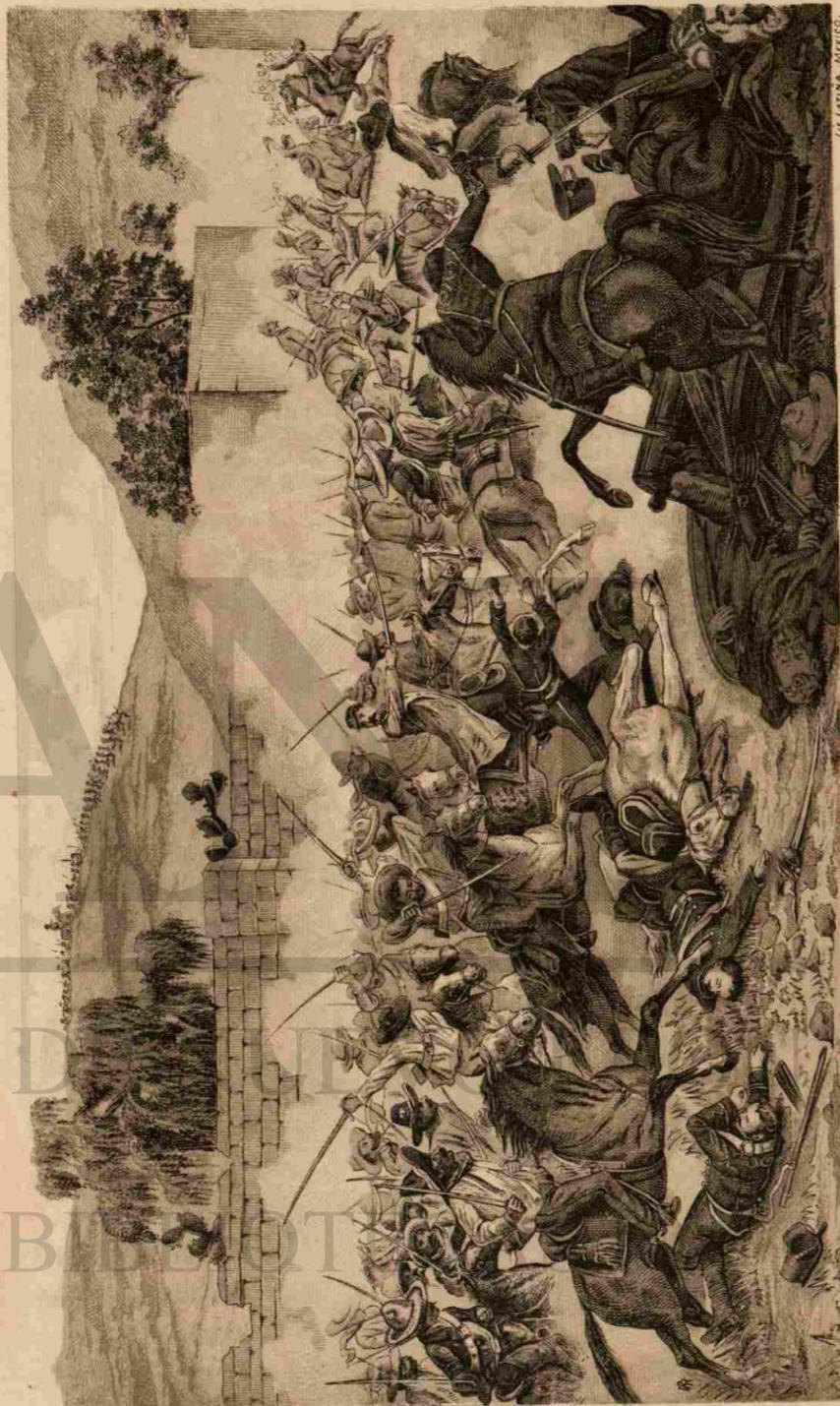
Entonces Porfirio quiso demostrar que no temía la muerte, ni sacrificaba á sus tropas por su interés personal, y se presentó á Bazaine diciéndole que se rendía porque no tenía elementos para continuar la lucha: que sólo él era responsable de la guerra, y que pedía para sus soldados las garantías que el ejército francés dá á los valientes.

Oaxaca fué ocupada y el General Díaz enviado prisionero á Puebla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MIAHUATLAN  
(3 de Octubre de 1866).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XV.

Prisión del General Díaz en Puebla.—Su evasión del convento de la Compañía.—Se reúne con una guerrilla, y aumenta sus fuerzas.—Se retira á Guerrero.—Derrota del imperialista Visoso.—Marcha á Oaxaca, y allí hace una rápida campaña.—Derrota de los húngaros.—Batalla de Miahuatlan el 3 de Octubre de 1866.



**G**RAN los días de luto de la República: los invasores ocupaban casi todo el territorio después de haber sucumbido los fragmentos del Ejército Nacional, que combatieron hasta quemar su último cartucho en defensa de la Patria.

Una sombra de imperio, entre tanto, pretendía ejercer una absoluta soberanía sobre el país, cuando el Jefe francés era quien realmente gobernaba, sobre todo en el ramo de Guerra, confiado exclusivamente al Mariscal Bazaine.

Maximiliano intentaba en vano constituir una monarquía liberal, cuando en torno suyo sólo había elementos reaccionarios.

El Príncipe austriaco, al rodearse del partido moderado, que es el único que se presta en su ductilidad á todas las defecciones, se hizo la ilusión de que tenía á su lado á los republicanos, cuando sólo llevaba á su gobierno sábios de gabinete, enteramente nulos en la práctica administrativa.

El imperio, desde la llegada de Maximiliano á Veracruz, comenzó arrojando con desdén de los puestos públicos á los que tanto habían trabajado por su elevación, ya en los campos de batalla sosteniendo la causa reaccionaria, ya en la política de ostracismo, solicitando la intervención europea en todas las Cortes, sin retroceder ni ante el anatema de traición que iba á quedar estampado para siempre sobre su frente y sobre su nombre.

Ya los franceses habían dado una lección severísima á los reaccionarios disolviendo el risible gobierno de Almonte establecido en Córdoba, y obligando más tarde á la regencia á dejar en pié las leyes de bienes nacionalizados, que tanto preocupaban al clero.

Maximiliano consumó la obra enviando á Márquez á Jerusalem, á Miramón á Berlin, y despidiendo de los puestos públicos á los conservadores, para colocar en su lugar á los liberales moderados y á los tráfugas que, defeccionando á la República, se ligaban al imperio.

El partido nacional supo aprovechar esos errores cometidos por el usurpador, y comenzó á luchar de nuevo, sacudiendo el estupor que es natural en el vencido.

La guerra de guerrillas comenzó á acentuarse fatigando á las columnas francesas que recorrían el territorio, y derrotando frecuentemente á las tropas auxiliares y á los traidores.

Verdad es que Uruga en su defección dejó sin elementos á las tropas que ocupaban á Jalisco, las cuales tuvieron que abandonar éste Estado; pero el General Arteaga se situó con los restos de la división en Michoacan sosteniendo allí la campaña, juntamente con Salazar, Riva Palacio y Regules.

Estos caudillos, sin embargo, sólo á fuerza de patriotismo podían mantener la lucha, rodeados por las tropas de Mendez, que llenas de recursos y apoyadas por los franceses y los austriacos, perseguían con ventaja y fortuna á los republicanos.

Las noticias de aquella lucha llegaban alguna vez al General Porfirio Díaz, quien se estremecía de impaciencia en su prisión, ansiando tomar parte en los peligros y en la gloria de sus compañeros; pero se ejercía entónces una vigilancia exagerada sobre el ilustre prisionero, y éste no podía evadirse.

Porfirio tenía la audacia suficiente para lograr escaparse, á pesar de todo; pero temía comprometer gravemente á los demás prisioneros.

Por otra parte, el Jefe austriaco encargado de su custodia, Schismandía, lo trataba con tal caballerosidad ampliando hasta con exceso su prisión, que no quiso serle desleal fugándose.

Pero cambiaron al fin estas condiciones: casi todos sus compañeros recobraron su libertad y Schismandía fué relevado. El General Thum, que substituyó á aquel, estrechó rigurosamente la prisión del General Díaz, redeándolo de la más exagerada vigilancia y sometién-dolo á todo género de penalidades, siguiendo las órdenes del Cuartel General francés, que se negó á cangear á Porfirio por los prisioneros austriacos hechos por el Ejército republicano del Centro en Michoacan.

Entonces el General Díaz preparó su evasión para la noche del 20 al 21 de Septiembre de 1865.

Los que conocen la Compañía de Puebla, donde estaba preso el caudillo republicano, se asombrarán de cómo éste intentó aquella fuga que parecía imposible, por la altura de los muros del antiguo convento de los Jesuitas, y por estar el edificio convertido en cuartel cubierto con centinelas por todas partes.

Los preparativos hechos por el prisionero consistían tan sólo en una cuerda larga y perfectamente enrollada, y un puñal que con mil dificultades pudo proporcionarse.

En las sombras de la noche salió de la celda que le servía de calabozo, llevando la cuerda que debía servirle para su evasión: y aprovechando el momento en que el centinela le daba la espalda en una de sus vueltas, se deslizó por la pared del claustro, llegó á una azotehuela y trepó después de esfuerzos supremos al techo de una pequeña cocina que allí había. Desde allí lanzó un extremo de la cuerda logrando al fin engancharla en una pilastra de la bóveda de la iglesia, y ascendió por ella sintiendo el vértigo del vacío; pero llegó al fin á la altura.

Entonces comenzó á arrastrarse por las bóvedas para que no distinguieran su silueta los centinelas apostados en el techo del convento, que quedaba á sus piés. Al fin por uno de los ángulos de la iglesia que caía á una calle situada á la espalda del templo se descolgó en el vacío, y oscilando y jugando la vida, cayó al fin á una casa de donde pudo salir á la calle.

La evasión estaba realizada sin que el General Díaz hubiera perdido ni por un momento la tranquilidad de su espíritu; y prueba de ello es que, en la punta inferior de la cuerda por donde consumó su fuga dejó atadas dos cartas, una para el Conde Thum reprochándole su mal comportamiento, y otra para Schismandía dándole las gracias por las atenciones que le mereció.

Ese acto de valor y sangre fría que hemos contado en unas cuantas líneas, para no divagarnos de nuestro objeto, hubiera dado materia para escribir un tomo entero á un novelista.

Al amanecer el 21 de Septiembre el General Díaz, sólo, marchaba rápidamente para Coyula donde lo aguardaba Bernardino García con una fuerza insignificante de catorce hombres, catorce bandidos como llamaba el imperio á los defensores de la Patria: al siguiente día con ese grupo sorprendió y desarmó la guarnición de Tehuizingo, reunió cuarenta hombres y marchó á Piaxtla donde derrotó á un escuadrón que de Acatlán marchaba á su encuentro, quitándole todas sus armas y sus caballos.

Bazaine entre tanto comprendió la importancia de la fuga de aquel prisionero y lanzó en su persecución á Visoso con ciento cincuenta caballos, y al Coronel Flon con doscientos, á fin de impedir, sobre todo que Díaz penetrara á Oaxaca.

Pero éste, comprendiendo que entonces no encontraría aún en su Estado los elementos suficientes para organizar fuerzas, se dirigió rápidamente á Guerrero, llegando á Tlapa donde los Coroneles Cano y Segura, con sesenta hombres que mandaban, se pusieron á sus órdenes.

Entonces retrocedió sobre los imperialistas que venían en su seguimiento, y habiendo sorprendido el 1º de Octubre á Visoso, lo derrotó completamente, haciéndole cuarenta muertos y muchos prisioneros, quitándole armas y una fuerte cantidad de dinero, con el cual se formó la Comisaría del Ejército de Oriente.

Estableció en Tlapa el centro de sus operaciones en un campamento fijo desde donde iba á organizar la campaña, y allí dejó las fuerzas que tan rápidamente había levantado, y marchó violentamente para la Providencia, casi sólo, á hablar con el General Don Juan Alvarez, para ponerse de acuerdo con él y recabar algunos recursos para la guerra. El viejo patricio le proporcionó doscientos fusiles y unos cuantos soldados para conducir al armamento que, á pesar de ser antiguo y de chispa, podía servirle para las primeras empresas.

Algunos Jefes y Oficiales que se habían refugiado en las montañas del Sur quisieron marchar con él y servir á sus órdenes. Así acompañado regresaba á su campamento cuando supo, cerca de Tixtla, que una fuerte columna de austriacos y de traidores había ocupado á Tlapa y casi todo el Distrito.

Recurrió entonces el General Díaz al patriotismo del General Jimenez el cual puso á sus órdenes el batallón de Chilapa y toda la indiana de la montaña desarmada, pero que presentando un aspecto imponente siguió al caudillo al asalto de Tlapa.

Aterrados los austriacos ante aquella multitud se replegaron á Matamoros Izúcar, y Díaz ocupó á Tlapa, haciendo volver á los pueblos y al batallón de Chilapa á sus hogares.

Entonces creyó Visoso que podía atacar á Tlapa, tanto más cuanto que el General Díaz estaba enfermo; y con doscientos hombres avanzó hasta Comitlipa donde fué hecho pedazos, dejando más de la mitad de su fuerza muerta en el campo, el resto prisionera, y todo el armamento en poder de los republicanos.

El General Díaz creyó que era tiempo de operar en Oaxaca donde tenía ya emprendidos algunos trabajos para levantar aquellos pueblos.

Silacayoapam fué el primer Distrito de Oaxaca que pisó Porfirio

Díaz levantando sus guardias nacionales, de donde pasó á Tlajiaco y de allí á Jamiltepec, aumentando y organizando los voluntarios que acudían á su llamado, y barriendo las fuerzas imperialistas que se replegaban á su paso.

Aquella campaña tan rápida como feliz, en la cual el audaz guerrillero iba convirtiéndose en un caudillo de todas las fuerzas republicanas que ocupaban ya distintas poblaciones del Estado, comenzó á preocupar seriamente á las autoridades imperialistas que reforzaron sus guarniciones, especialmente las de Matamoros, Acatlán, Huajuapam y Tlajiaco, á la vez que se envió al General Ortega con mil hombres sobre la retaguardia de Porfirio.

El Jefe imperialista logró sorprender en el punto llamado «Lo de Soto» el 25 de Enero de 1865 á las fuerzas nacionales, desbaratando la gran guardia de éstas, y lanzándose sobre el campamento del General Díaz.

Las tropas surianas se desbandaron en su mayor parte, y sólo el General Díaz con el Coronel Reguera y los soldados con quienes había hecho las anteriores campañas, detuvo el empuje de toda la columna.

Aquel puñado de valientes hizo retroceder hasta Pinotepa á los mil hombres de Ortega; pero la fuerza del General Díaz había quedado diezmada y el desaliento cundió entre los del Sur, lo que obligó al Jefe á enviar éstos á sus montañas.

Poco tiempo duró la inacción del caudillo, pues habiéndosele unido el batallón de Acapulco y algunos nacionales, se lanzó sobre Ortega á quien arrojó de Pinotepa y Jamiltepec hasta el otro lado de Rio Verde, quedando en poder de los republicanos cuatrocientos fusiles de los traidores, todas sus municiones y vestuario.

Las fuerzas del Sur volvieron á su Estado, y Díaz comenzó á organizar las de Oaxaca con los Jefes y Oficiales del antiguo Ejército de Oriente que se le habían incorporado.

El 14 de Abril ya pudo asaltar á Putla, cuya guarnición sorprendió, haciéndola prisionera.

Después de haber asegurado su campamento de Tlapa con las infanterías, se puso al frente de la caballería, é hizo una rápida expe-

dición por las Mixtecas para arbitrarse algunos recursos, volviendo rápidamente sobre Tlapa; pero esta población estaba ocupada por los austriacos, habiéndose retirado á la montaña los Jefes republicanos Leyva, Segura y Cano. Sin embargo, al acercarse el General Díaz huyeron los imperialistas y aquel caudillo recobró la posición que era el centro de sus operaciones.

Rápidas, audaces y sobre todo felices fueron las campañas que en los meses siguientes hizo el General Díaz, insurreccionando á los pueblos, levantando por todas partes guerrillas y fomentando la guerra de independencia en Puebla y en Veracruz, manteniendo relaciones con los Jefes que se habían levantado poniéndose á sus órdenes.

Pero la imponente actitud del caudillo republicano alarmó al imperio, y tanto éste como el cuartel general del ejército francés enviaron fuertes columnas en su persecución, que lo obligaron por la superioridad del número y de la organización de aquellas á hacer día y noche marchas forzadas, y los movimientos más audaces y estratégicos.

Así recorrió varios pueblos del Estado de Puebla, retrocediendo después por Atexcatl y Charumba hasta llegar en Septiembre á las Mixtecas, donde sorprendió y capturó la guarnición de Teposcolula.

Entonces Oronoz salió de Oaxaca con lo más escogido de sus tropas, lanzándose en seguimiento del General Díaz, quien comenzó á retroceder al Sur para atraer á los imperialistas á quienes pensaba desbaratar.

Aguardó el Jefe republicano á Oronoz en Tlajiaco, y de allí marchó á Chalcatongo, y de nuevo á Tlajiaco, que por dos días ocupó el enemigo: así obligó á fraccionarse á las columnas imperialistas que se habían incorporado á Oronoz; y éste retrocedió hasta Oaxaca creyendo que los republicanos se dirigen á la capital.

El 23 de Septiembre la caballería del General Díaz derrotó cerca de Nochistlan á una columna de caballería húngara, muriendo el Jefe de ella conde de Gants.

Libre entonces de las columnas que lo ostigaban, emprendió su marcha sobre el valle de Oaxaca, pasó junto á esta ciudad, y en los momentos en que Oronoz salía sobre él violentamente, Porfirio Díaz,

aparentando retirarse, siguió por el Valle, tomando el rumbo de Miahuatlan.

Es que atraía al enemigo al lugar donde había pensado acabar con él, comprendiendo que llegaba la hora suprema de retar al azar y poner fin á aquella campaña tan fatigante.

Hemos trazado rápidamente el prólogo de esa gloriosa campaña de Oriente, porque era preciso contemplar desde su origen aquella asombrosa insurrección iniciada por un prisionero fugitivo, secundada por un pueblo patriota y valiente, y terminada entre relámpagos de gloria por el esfuerzo de la Nación.

Hay algo de épico en aquella lucha. Un prisionero de guerra se fuga de una prisión monumental donde lo vigilaba hasta el exceso el terror del enemigo: sólo, se lanza á las montañas, levanta un grupo de indios desarmados, les habla de Patria y de independencia, y con ellos lucha, combate y vence, tomando todo del enemigo, armas, municiones y recursos.

Y en aquella guerra terrible y sin cuartel no deja un rencor á su espalda, no extorsiona, no hace verter una lágrima, y los pueblos lo reciben con entusiasmo, lo ayudan y lo aplauden en sus victorias.

Sin embargo, los imperialistas estaban mucho más fuertes que el caudillo republicano que sólo llevaba seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones, mientras Oronoz contaba con una brigada perfectamente dotada y organizada, y provista de todo género de recursos.

La columna imperialista estaba compuesta del 9º batallón de infantería, el terrible batallón de cazadores cuyos Jefes, Oficiales y sargentos eran franceses cumplidos, y enganchados por el imperio: aunque sólo llevaba dos obuses de montaña, en cambio su caballería era excelente, formada por una guerrilla que se había hecho célebre por su audacia, y los cuerpos de Trujeque y Acebal.

Era el aniversario de la expedición de la terrible ley que conde-

naba á muerte á todos los patriotas que combatieron por la libertad de México.

El 3 de Octubre tuvo lugar el encuentro en las lomas de Miahuatlan: Oronoz con sus mil cien hombres de las tres armas, avanzaba á paso veloz hasta ponerse á la vista del puñado de republicanos, á las tres y media de la tarde.

El General Díaz con sólo su escolta detuvo al enemigo hasta la llegada de la caballería, que al mando del General Ramos comenzó á batirse con las avanzadas de los imperialistas.

Entonces el General Díaz partió á colocar la infantería en las lomas de los Nogales que están al Poniente de Miahuatlan, dando su frente al Oriente. Pero ya encontró en la posición al Jefe de la Brigada de infantería Coronel Manuel Gonzalez, y sólo tuvo que tender el resto de su línea de combate.

Esta línea se prolongaba de Sur á Norte, hallándose á la derecha el batallón Morelos, de Tlapa, con cien hombres de fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Juan J. Cano: seguían los Tiradores de la Montaña, que mandaba el Comandante Felipe Cruz, con doscientas treinta plazas, y á la izquierda terminaba la línea el batallón Patria con noventa y seis hombres, siendo su Jefe el Coronel José Segura y Guzman.

Apoyaban la derecha ochenta hombres de la compañía de Chiau-tla, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria, cuyo total era de ciento treinta hombres á las órdenes de Carbó.

Establecida la línea, el General Díaz ordenó al General Ramos se replegara con la caballería atravesando la población; pero en una de las calles quedó un pelotón de vecinos armados que mandaba Apolinar García, y cuarenta hombres de los Tiradores, que se emboscaron en las milpas que formaban las primeras calles del pueblo. Esta fuerza tenía por objeto impedir que el enemigo estorbara la retirada de la caballería que venía casi mezclada ya con los traidores, los que se replegaron al verse atacados por los flancos. La caballería pudo entonces colocarse á retaguardia de la línea republicana.

Ornoz mandó entonces á su columna hacer un cambio sobre su derecha quedando al frente de la línea del General Díaz, y ocupó á paso veloz las lomas de «Yolveo» y el «Matadero.»

Los imperialistas se formaron en tres fuertes columnas, avanzando una nube de tiradores que abrieron el combate, á la vez que su artillería rompió sus fuegos.

La batalla comenzó espléndida: las columnas imperialistas marchaban amenazadoras, á la vez que los tiradores hacían un fuego vivísimo sobre los republicanos, que no podían contestarlo sino muy débilmente por lo escaso de su parque; pero éstos resistieron impasibles el empuje de los terribles cazadores que, dirigidos por oficiales franceses, tan heroicamente se batieron en las últimas horas del imperio.

El General Díaz tuvo que reforzar al fin los tiradores de su línea con los restos de la compañía de Chiautla, y veinte hombres del batallón Morelos, dando el mando de este refuerzo al Jefe de su Estado Mayor Juan Espinosa Gorostiza.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea; pero los republicanos agotaban rápidamente sus municiones con lo que su derrota hubiera sido segura, si el General Díaz no hubiera tenido una de esas inspiraciones que dan la victoria á los pequeños ejércitos.

Resuelto á dar una carga sobre las posiciones enemigas, lanzó sus tiradores al otro lado del río que formaba la línea divisoria entre los combatientes, ordenó al General Ramos que con el escuadrón de Tepeji tomase la retaguardia de los imperialistas y avanzó á la vez el costado derecho y el centro para apoyar el movimiento de la caballería.

Mandó dar el caudillo republicano el toque de avance, y poniéndose á la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y los lanceros de Puebla, cargó por el centro sobre la artillería enemiga, á la vez que el Coronel Gonzalez atacaba por la derecha.

La columna central que llevaba el General Díaz tenía formada su vanguardia por la línea de tiradores que al mando del Coronel Espinosa se le unieron en la misma línea de batalla del enemigo.

La batalla llegó entonces á ese período de delirio que toca á lo sublime, pero que es imposible describir.

Los republicanos casi desnudos, sin municiones, y mal armados, se precipitan arrollando todos los obstáculos, dejando el campo por donde marchan sembrado de cadáveres, suben hasta las posiciones

del enemigo, lo arrollan, se apoderan de la artillería, y luchando al arma blanca y brazo á brazo, lo ponen en completa dispersión.

La caballería republicana había hecho con tal precisión su movimiento al colocarse á la retaguardia del enemigo, que al ser éste destruido en su línea, cortó aquella las cargas y cargó sobre los dispersos, haciendo infinidad de prisioneros.

Esta victoria, que tan cara costó á los republicanos, fue el espléndido prólogo de esa épica campaña de Oriente que tanta gloria virtió sobre la bandera reivindicada de la Patria.

Esta registra hoy en sus anales la fecha del 3 de Octubre de 1866 en que tuvo lugar la batalla de Miahuatlan.

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LA CARBONERA  
(18 de Octubre de 1866).

MEXICO: IMA Y UT. LATINA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XVI.

El General Díaz avanza sobre Oaxaca.—El ejército republicano ocupa la ciudad, y los imperialistas se concentran en Santo Domingo, el Carmen y el fuerte de la Soledad.—Parte de México una columna austriaca en auxilio de Oronoz.—El General Díaz levanta el sitio, y marcha á su encuentro.—Batalla de la Carbonera.



A derrota del 3 de Octubre de 1866, sufrida por el Jefe imperialista Carlos Oronoz en Miahuatlan, había obligado á éste á replegarse á Oaxaca, y á abandonar la parte baja de la ciudad, concentrando el resto de sus fuerzas y las tropas que violentamente reclutó en Santo Domingo, el Carmen y el Cerro de la Soledad, llamado despues el fuerte de Zaragoza.

El General Porfirio Díaz, permaneció en Miahuatlan dos días, reorganizando sus pequeños batallones que habían quedado destrozados en aquella espléndida pero muy cara victoria, con que el héroe republicano había reivindicado el triste aniversario de la expedición de la sangrienta ley de 3 de Octubre.

Refundió los prisioneros de clase de tropa en la suya, y cambió gran parte del armamento de ésta, que era malo, con el que había quitado al enemigo, reparando sus municiones y estableciendo un Hospital para los numerosos heridos que hubo en aquella acción.

Solamente los imperialistas habían dejado tendidos en el campo ochenta heridos, que el General Díaz mandó recojer por su improvisada ambulancia.

El 6 de Octubre marchó el General con su División sobre Oaxaca estableciendo, luego que llegó á ésta, un cerco que tenía que ser débil, por la falta de artillería, pero que redujo á los sitiados á permanecer dentro de sus posiciones por el empuje de los republicanos.

Sin embargo, los imperialistas tenían aún alguna esperanza en su triunfo, aguardando que vendría de México alguna fuerza en su auxilio.

En efecto, el imperio hacía sus últimos y más poderosos esfuerzos para conservarse. Maximiliano, fascinado con las promesas del partido conservador y de los Jefes más célebres de la reacción, estaba resuelto á continuar la lucha, aún sin el ejército francés, cuya retirada era segura.

El gobierno imperialista comenzaba á preocuparse seriamente de Porfirio Díaz, de aquel audaz patricio, que después de haber mandado durante muchos años tropas regulares, supo hacerse guerrillero, y con masas de gente sin armas y sin disciplina, unas veces vencido y otras vencedor, fué ocupando todo el extenso territorio de Oaxaca hasta asediar esta ciudad.

Creyeron por lo tanto los imperialistas que era preciso batir á los republicanos de Oaxaca y salvar á Oronoz, que estaba seriamente amenazado y debía sucumbir. E hicieron marchar violentamente de México una columna de 1,500 hombres de las tres armas, compuesta en su mayor parte de austriacos. Esta noticia, á la vez que alentó á las fuerzas imperiales, puso en una situación verdaderamente difícil al General Díaz, porque si llegaba á aproximarse aquel poderoso refuerzo, las tropas republicanas, tan mal é incompletamente armadas, tan escasamente municionadas y tan imperfectamente organizadas, indudablemente serían vencidas, ó se verían en la necesidad de retirarse.

Y en uno ú otro caso se perdían las conquistas con tanto sacrificio alcanzadas, y se retardaría por un tiempo indefinido el triunfo de la República.

Levantar el sitio ante la imposibilidad de ocupar las posiciones enemigas no cabía en el carácter enérgico del General Díaz, á quien las dificultades no eran mas que un estímulo más para su génio. Los grandes corazones se templan ante el peligro, y sobreponiéndose á él lo superan y lo vencen.

Porfirio Díaz concibió en el acto un plan audacísimo, como sólo él sabía idearlos y sobre todo ejecutarlos: vamos á seguir uno á uno sus movimientos, con la rapidéz con que los hizo.

Simultáneamente casi supo el General Díaz que el auxilio austriaco avanzaba por el camino de las Mixtecas, á la vez que por el de la Cañada venía el General republicano Figueroa con la Brigada de su mando, que había sido llamado para que se incorporara al Cuartel general.

Era pues de temerse que estas dos fuerzas marchando en las dos líneas de un ángulo se encontraran, y que la republicana fuese batida en detall.

Las tropas que mandaba el General Figueroa no sólo eran inferiores en número á la columna austriaca, sino que estaban muy mal armadas, tenían poca disciplina y ningun uniforme. Eran los pueblos de indígenas levantados á la voz del patriotismo contra el extranjero, y que marchaban armados muchos de ellos sólo con gruesos bastones de viaje.

Aquel incidente venía á complicar mucho más la situación del Ejército republicano, porque si Figueroa sufría una derrota, semejante pérdida influiría en la moral de toda la división, á la vez que los imperialistas de Oaxaca, con tan importante refuerzo de tropas extranjeras, podían tomar ya ventajosamente la iniciativa.

Pero en el mismo peligro encontró el General Porfirio Díaz la idea salvadora que debía darle el más brillante de sus triunfos.

Reuniendo Porfirio á todos sus Jefes, les dió la orden de que prepararan sus tropas para dar un asalto decisivo al fuerte de la Soledad.

Mandó concentrar las fuerzas distribuídas en toda la línea ocupa-

da, preparar las escalas que servían para el alumbrado de la ciudad, y aproximarlas al acantilado del cerro, y encargó, sobre todo, una profunda reserva acerca del ataque que iba á darse.

Porfirio, tan profundo conocedor del corazón humano, sabía que la mejor manera de hacer propalar una noticia es darla bajo la condición del secreto.

En efecto, á las pocas horas se supo en todo el campamento que iba á asaltarse el cerro de la Soledad, que dominaba los demás puntos ocupados por los imperialistas.

Y éstos pronto comprendieron lo que se preparaba y se encerraron en sus posiciones, acopiando todos los medios posibles para su defensa.

Ya algo entrada la noche, los Jefes de las líneas se presentaron al General en Jefe para tomar órdenes. Entre aquellos iba Félix Díaz, el valiente hermano de Porfirio, tan sereno en el combate, tan subordinado á aquél y tan cobardemente asesinado despues.

Preguntó Porfirio á su hermano si ya había retirado todos los soldados que tenía á sus órdenes. Félix le contestó que todos, ménos unos pocos que había dejado esparcidos en las manzanas que con tanto esfuerzo y tanto trabajo habían conquistado, que no quería abandonar, y que desde las troneras de las casas podían tirotear al enemigo y ocuparlo durante el asalto de la Soledad.

El General Díaz entonces le previno, sin más explicación, que recogiera también aquellos tiradores y los uniera á su cuerpo. Félix Díaz comprendió que se trataba de algún plan más audaz que un asalto, y obedeciendo sin observación alguna, personalmente fué á hacer la operación que se le ordenaba.

Cuando todas las tropas estaban formadas, en medio de la oscuridad más profunda, Porfirio dió la orden de marcha, y en un silencio tan absoluto que no lo sintieron los sitiados la División se alejó de la ciudad, caminando toda la noche, en marcha acelerada.

Estos sucesos tenían lugar la noche del 16 de Octubre y el día 17 llegaba el General Díaz con su División á San Juan del Estado, á donde se le unió Figueroa.

Entre tanto los sitiados, durante las primeras horas de la mañana,

ignoraron el alejamiento de los republicanos, manteniéndose encerrados en sus posiciones y aguardando de un momento á otro ser atacados. Pero se animó al fin Oronoz á hacer un reconocimiento, y no sintiendo al enemigo, sin atreverse á abandonar sus fuertes por temor á una celada, se preparó para hacer una salida.

Pero también este movimiento lo previó el General Díaz, y después de haber dejado reunidas sus infanterías y la artillería, con lo cual estaba seguro de que no sufriría ataque alguno la fuerza de Figueroa, tomó la caballería y, sin proporcionarse un sólo instante de descanso, se lanzó de nuevo al rumbo de Oaxaca, llegando en la tarde á la Hacienda Blanca, en donde hizo alto.

Pertenecía esta finca de campo al Prefecto Superior Político, que era uno de los conservadores más entusiastas por el imperio: y el administrador de la Hacienda se ocultó al llegar los republicanos; Porfirio dió orden de que buscaran á aquél empleado y que lo pasaran por las armas. Pero aquella orden era simulada, pues lo que deseaba el General era que los empleados de la Hacienda llegaran aterrorizados á Oaxaca, y contaran que allí estaba con toda su fuerza.

Este plan surtió admirablemente. Oronoz, que por algunas horas había creído que los sitiadores se habían retirado, al tener la evidencia de que el General Díaz estaba en la Blanca temió una sorpresa, y con ese pavor de lo desconocido se encerró de nuevo en sus posiciones, permaneciendo alerta pero inmóvil.

El valiente caudillo republicano apenas concedió á sus soldados algunas horas de descanso, mientras tomaba pienso la caballada. Y á las primeras horas de la noche marchó para Etna, de donde salió á la una de la mañana del día 18, tomando el camino de Huahuchilla por la Carbonera, vía que según los exploradores traía el enemigo.

Ya en aquella marcha se había unido á todo el resto de la fuerza. A las doce del mismo día 18, tanto los exploradores que había mandado el General Díaz á que llegaran hasta el enemigo, como los de su descubierta le anunciaron que los austriacos estaban al frente.

El General Díaz mandó hacer alto, y escogiendo las posiciones en donde quería dar el combate, ocupó las lomas de la Carbonera.

Un silencio profundo reinaba en toda la línea: los valientes solda

dos de la República sabían ya que iban á batirse con una fuerza extranjera, perfectamente armada, municionada y disciplinada; pero el entusiasmo brillaba en sus ojos, porque entonces comprendieron el plan tan hábilmente concebido por su General, y tenían fé en éste, que siempre los conducía á la victoria.

Con voz breve, sonora y vibrante dió Porfirio el orden de batalla, formando la siguiente línea.

La Brigada de Figueroa, que era la más irregular y que tenía apenas unos cuantos soldados armados de fusiles, se formó en columna con la artillería y una extensa línea de tiradores á su frente, hácia la derecha.

La brigada de la Sierra, á las órdenes del Coronel Félix Díaz, ocupaba el centro teniendo también tiradores en batalla al frente. A la retaguardia de esta fuerza se situaron dos columnas de los batallones de Chiautla de la brigada del Coronel Gonzalez, y de Cazadores, formando una fuerza de trescientos cincuenta hombres, mandados por los Tenientes Coroneles Juan de la Luz Enriquez y Lorenzo Perez Castro, á las órdenes del Jefe de Estado Mayor, Coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

La línea quedaba allí interrumpida por el camino nacional; pero estaba éste defendido por el Coronel Manuel Gonzalez con cuatro columnas de los batallones Fieles, Montaña, Guerrero y Costa-Chica, teniendo á su frente la Compañía de Tlajaco en tiradores.

La izquierda, separada por dicho camino y por una barranca, adonde emboscó el General Díaz unos tiradores, estaba formada por los batallones Patria y Morelos de la brigada Gonzalez.

La caballería, á las órdenes del General Ramos, ocupó la retaguardia de la línea sobre el camino nacional, que quedó despejado para que pudiese cargar aquella.

Acababa apenas de establecer su línea de combate el General Díaz, cuando desembocó el enemigo en una fuerte columna, avanzando arrogantemente.

Sin la menor vacilación marchó á ocupar una loma situada á seiscientos metros de las posiciones de los republicanos, desplegó su columna, estableció su artillería, y rompió inmediatamente sus fuegos.

Y simultáneamente organizó dos columnas de infantería que lanzó sobre la línea del centro. El choque fué terrible y por algun tiempo los combatientes quedaron envueltos en el polvo y en el humo, escuchándose apenas entre el nutridísimo fuego de la fusilería, las voces guturales de los austriacos, y los gritos discordantes de nuestros indios. Al fin los imperialistas fueron rechazados, y dejando el campo regado de cadáveres, retrocedieron á reorganizarse bajo los fuegos de su artillería.

Vuelven de nuevo á avanzar las columnas austriacas apoyadas por su caballería, que cargó sobre la línea republicana con tal impetu que llegó á tocarla y á introducir en ella algun desórden; pero á la voz de sus Jefes los soldados de la República se reponen, desbaratan las columnas austriacas y las hacen retroceder en dispersión.

El General Díaz, sereno como siempre y dominando todo el campo, comprendió que aquel era el momento de lanzar su caballería, y así lo ordenó.

Avanzan al trote los escuadrones, pero sale á su encuentro en la mitad del camino la caballería de los imperiales, y se traba entre ambas un combate rudo, hasta que la nuestra se vé obligada á retroceder, porque en su avance recibe á quema-ropa el fuego de la artillería enemiga.

Eran los momentos supremos en que la victoria estaba indecisa entre los soldados mexicanos llenos de ardor, pero mal armados, y las tropas imperiales tan superiores por su disciplina y su armamento.

El General Díaz lanzó entonces las brigadas de Figueroa y Félix Díaz que avanzaron con brío al paso de carga; pero los imperiales también habían arrojado á las luchas sus reservas, y aquellas tuvieron que detenerse en su marcha.

Entonces Porfirio hizo avanzar las fuerzas del Coronel Espinosa y las columnas de Manuel Gonzalez: los austriacos al ver esto empeñaron toda su fuerza en el combate, dando una desesperada carga de caballería.

La lucha se hizo general, el fuego era horrible, y entre la nutrida crepitación de los fusiles se escuchaba el estampido constante del cañón. Los combatientes llegaron á luchar cuerpo á cuerpo, y los indios

desarmados arrancaban sus fusiles á los imperiales y derribaban á éstos por el suelo.

La confusión llegó á su colmo, cuando la caballería imperialista retrocedió violentamente hecha pedazos y desordenada por los batallones Fieles y Chiautla, á la vez que las columnas de Figueroa y Díaz rebasaban la línea enemiga.

Entonces el enemigo emprendió su retirada que pronto se convirtió en una completa derrota. Una hora apenas había bastado al General Porfirio Díaz para alcanzar aquel brillante triunfo, tan hábilmente preparado y ejecutado con tanto génio como audacia.

Los batallones Patria y Morelos, que formaban la izquierda de la línea republicana, atacaron entonces sobre la izquierda el flanco derecho de los austriacos que, no pudiendo ya resistir más, comenzaron á huir en completo desorden.

El General Díaz ocupó el campo enemigo y ordenó la persecución, que se hizo en un trayecto de cuatro leguas, en el cual los imperialistas dejaron regados su armamento, su artillería, municiones y equipajes.

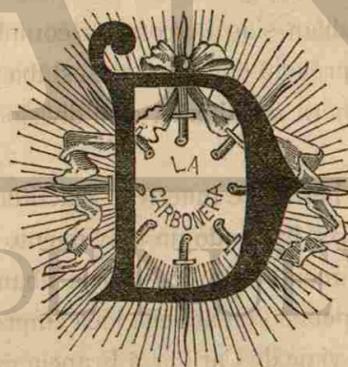
Y aquel largo espacio quedó sembrado de muertos y heridos.

Por fin las tropas republicanas volvieron vencedoras á las posiciones que habían conquistado, trayendo prisionera casi toda la infantería enemiga y los cañones, monturas, y fusiles quitados á los austriacos.

El General Díaz firme en su caballo de batalla saludaba á aquellos valientes hijos del pueblo que lo victoreaban, que se agrupaban en torno de él aclamándolo, y que en su sencillez republicana ignoraban que habían dado una fecha inmortal en la historia patria con el triunfo espléndido de la Carbonera.

## CAPITULO XVII.

Vuelve el General Díaz sobre Oaxaca.—Sitio de la Plaza.—Capitulación.—Organiza el General Díaz los ramos administrativos.—Marcha á Tehuantepec sobre los imperialistas.—Batalla de la Chitova.



ESPUES del espléndido triunfo del 18 de Octubre de 1866 obtenido en la Carbonera, el General Porfirio Díaz apenas permitió á sus tropas un leve descanso, apesar de que habían hecho en aquellos dias marchas forzadas, caminando aun durante la noche, para ir á sostener un rudo combate contra los austriacos y los traidores.

Rápidamente el caudillo de Oriente organizó los cuerpos de su división diezmadados en la batalla, proveyó á las necesidades de sus soldados, armó á éstos dando los fusiles quitados al enemigo á los que traían un mal armamento, y asegurando á la infantería austriaca que había hecho prisionera, dió orden de marchar de nuevo sobre Oaxaca.

desarmados arrancaban sus fusiles á los imperiales y derribaban á éstos por el suelo.

La confusión llegó á su colmo, cuando la caballería imperialista retrocedió violentamente hecha pedazos y desordenada por los batallones Fieles y Chiautla, á la vez que las columnas de Figueroa y Díaz rebasaban la línea enemiga.

Entonces el enemigo emprendió su retirada que pronto se convirtió en una completa derrota. Una hora apenas había bastado al General Porfirio Díaz para alcanzar aquel brillante triunfo, tan hábilmente preparado y ejecutado con tanto génio como audacia.

Los batallones Patria y Morelos, que formaban la izquierda de la línea republicana, atacaron entonces sobre la izquierda el flanco derecho de los austriacos que, no pudiendo ya resistir más, comenzaron á huir en completo desorden.

El General Díaz ocupó el campo enemigo y ordenó la persecución, que se hizo en un trayecto de cuatro leguas, en el cual los imperialistas dejaron regados su armamento, su artillería, municiones y equipajes.

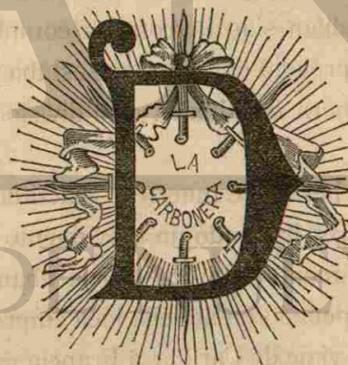
Y aquel largo espacio quedó sembrado de muertos y heridos.

Por fin las tropas republicanas volvieron vencedoras á las posiciones que habían conquistado, trayendo prisionera casi toda la infantería enemiga y los cañones, monturas, y fusiles quitados á los austriacos.

El General Díaz firme en su caballo de batalla saludaba á aquellos valientes hijos del pueblo que lo victoreaban, que se agrupaban en torno de él aclamándolo, y que en su sencillez republicana ignoraban que habían dado una fecha inmortal en la historia patria con el triunfo espléndido de la Carbonera.

## CAPITULO XVII.

Vuelve el General Díaz sobre Oaxaca.—Sitio de la Plaza.—Capitulación.—Organiza el General Díaz los ramos administrativos.—Marcha á Tehuantepec sobre los imperialistas.—Batalla de la Chitova.



ESPUES del espléndido triunfo del 18 de Octubre de 1866 obtenido en la Carbonera, el General Porfirio Díaz apenas permitió á sus tropas un leve descanso, apesar de que habían hecho en aquellos dias marchas forzadas, caminando aun durante la noche, para ir á sostener un rudo combate contra los austriacos y los traidores.

Rápidamente el caudillo de Oriente organizó los cuerpos de su división diezmadados en la batalla, proveyó á las necesidades de sus soldados, armó á éstos dando los fusiles quitados al enemigo á los que traían un mal armamento, y asegurando á la infantería austriaca que había hecho prisionera, dió orden de marchar de nuevo sobre Oaxaca.

En tanto Oronoz, el Jefe imperialista, estaba encerrado en la ciudad, sin atreverse á salir, temiendo una emboscada, por ignorar en qué punto se encontraban las fuerzas republicanas.

Es que comenzaba á acentuarse en torno del imperio ese vacío que precede siempre á la caída de los gobiernos: aislados éstos, no encuentran auxiliares fuera del círculo oficial, y los pueblos en su indiferencia ó en su odio se alejan del poder, como temiendo un contagio de muerte.

En ese período los gobiernos carecen de noticias exactas y oportunas de los movimientos del enemigo, mientras que éste todo lo encuentra á su paso, exploradores fieles y eficaces, recursos y cuantas muestras de adhesión pueden darse á un vencedor.

Oronoz ignoraba el encuentro habido entre la fuerza extranjera que venía en su auxilio y la del General Díaz. Limitóse por tanto á conservar las fuertes posiciones que ocupaba, trabajando activamente en mejorar sus medios de defensa, y en acopiar víveres suficientes para su guarnición.

Repentinamente vieron los imperialistas llegar á las orillas de la ciudad las avanzadas republicanas; y en el acto cundió por todas partes la noticia de que los austriacos habían sido derrotados completamente en la Carbonera. Oronoz comprendió entonces que estaba perdido, porque era imposible que marchara de México otra división en socorro de Oaxaca.

El imperio comenzaba á sentirse herido de muerte. La actitud de reserva que guardaba el ejército francés haciendo un movimiento general de concentración, revelaba claramente que la Francia abandonaba al emperador, á quien había empeñado en aquella loca empresa.

Nadie se hacía la ilusión de que el viaje de Carlota á Francia cambiaría la marcha inflexible de la nueva política de Napoleon III, quien se sentía incapaz de afrontar la tempestad que por todas partes lo amenazaba.

La oposición republicana en Francia, cada vez más enérgica y poderosa, condenaba la expedición de México como desastrosa é infecunda: y el pueblo francés participaba de igual opinión.

Y á la vez el gobierno de los Estados Unidos, que no tenía ya la

traba de la guerra separatista, pedía con insolencia á Napoleon un término preciso para la desocupación del territorio mexicano. Por último, comenzaban á levantarse nubes sombrías por Alemania que, al consumir su hegemonía, iba á hacer el primer ensayo de su omnipotente poder militar sobre la Francia, en nombre de sus antiguos rencores.

Maximiliano quedaba, pues, sólo en la arena, rodeado de un partido débil, cobarde y casi ridículo, como era el partido moderado y personal que había creado en torno de su efímero trono.

Los conservadores que durante cuatro años habían soportado cuanta humillación quisieron imponerles el Cuartel general francés y Maximiliano, con la ductilidad con que ese partido se doblega á todos los yugos comenzó á rodear al Príncipe austriaco, aguardando apoderarse al fin de la situación, y luchando por conservar la única bandera que podía servirle de cohesión.

Pero entre tanto los republicanos iban ocupando una zona más extensa del país, especialmente en la frontera del Norte, y el Gobierno de Juarez, que había permanecido casi ignorado durante tanto tiempo en Paso del Norte, había avanzado hasta Monterey.

Mas no hacemos la historia de aquel período sombrío y tenemos que volver á Oriente, para concluir de detallar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz.

En la mañana del día 20 de Octubre de 1866, es decir, dos días después del triunfo de la Carbonera, llegaron como dijimos ya, las avanzadas del Ejército republicano á la vista de Oaxaca, y en la tarde el resto de las tropas, las que ocuparon en el acto sus antiguas posiciones, replegándose Oronoz, sin combatir, á Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

El General Díaz, sin tomar un momento de descanso, recorrió en el acto toda la línea, es decir casi la ciudad entera, estrechando enérgicamente el sitio y logrando al fin, después de continuos asaltos

en los que los imperialistas se defendían con la tenacidad de la desesperación, cerrar la línea de circunvalación de los fuertes de Santo Domingo y el Carmen con las manzanas intermedias.

Así quedó aislado el fuerte Zaragoza, que por estar situado en el cerro de la Soledad domina la ciudad entera.

Diez días duraron los trabajos de aproche, los que se llevaban á término en medio de un fuego nutridísimo, y sosteniendo los sitiados los brillantes ataques de los republicanos que á pesar de las pérdidas que sufrían avanzaban sin cesar, hasta situarse sólidamente á cuatro ó cinco metros de las baterías enemigas, habiendo entre ambas líneas sólo la anchura de una calle.

El 30 de Octubre, concluidas ya las obras de fortificación, dió el General Porfirio Díaz las últimas disposiciones para el asalto, cuando ondeó en el fuerte Zaragoza la bandera blanca de parlamento.

El caudillo republicano, deseoso de que no se derramara mas sangre mexicana, aunque estaba seguro de ocupar las últimas fortalezas de los imperialistas á viva fuerza, quiso economizar las vidas de sus valientes soldados, que tantos triunfos habían alcanzado combatiendo por la independencia de la patria.

Suspendió el asalto, y entabladas las pláticas para la rendición de la plaza se nombraron comisionados de parte de ambos beligerantes, que arreglaran las condiciones de la capitulación.

El General en Jefe de la línea de Oriente nombró para redactar las bases de la rendición al General Luis P. Figueroa, á los Coroneles Félix Díaz y Juan Espinosa y Gorostiza, al Teniente Coronel Manuel Travesí y al Señor Carlos Thiele.

El Jefe imperialista Oronoz nombró al General Juan Ortega, Capitán Emilio Dives, Teniente Sebastián Laeronique, Subteniente Enrique, baron de Eggers y Alberto, conde de Kamer.

Los comisionados de ambas partes, convinieron en que las guarniciones imperialistas de Santo Domingo, el Carmen y el fuerte de

Zaragoza, se constituirían prisioneras de guerra del General Díaz, sin más garantía que la de la vida, que sería respetada bajo la palabra de honor del General en Jefe y de sus representantes.

Los equipajes, caballos y armas del uso particular de los prisioneros, que no fuesen de la propiedad de la Nación, quedaban á la disposición de aquéllos.

Oronoz entregaría la artillería, el armamento, las municiones y equipo, los caudales y las fuerzas todas que estaban á sus órdenes á las comisiones que con objeto de hacer la recepción nombraría el General Díaz.

Firmadas las bases de la capitulación y aprobada ésta por los Jefes superiores, se disparó un cañonazo en el Cuartel General de las fuerzas republicanas, á cuya señal las guarniciones del Carmen y Santo Domingo salieron desarmadas, á formarse, á la plazuela de la Sangre de Cristo, y la del fuerte, también desarmada, fué á constituirse prisionera al átrio de Xochimilco.

Se hizo una lista nominal de los Generales, Jefes, Oficiales y tropas que capitulaban, y en esa lista estaban comprendidos también los empleados civiles y los demás mexicanos que por afección al imperio se habían abrigado en el recinto sitiado.

Los heridos y enfermos que se encontraron en los hospitales de los fuertes capitulados quedaron bajo la protección y cuidado del Cuartel general republicano.

La ciudad de Oaxaca, que en Febrero de 1865 había sido ocupada por el ejército francés, quedaba recuperada para la República por el mismo Jefe que casi dos años ántes había tenido que sucumbir ante la superioridad del invasor.

Y todos los reos de infidencia que temblaban de terror al ver avanzar triunfante al héroe republicano, vieron con asombro que la clemencia del vencedor salvaba sus vidas, cuando una ley inflexible y justa los condenaba á muerte.

Sólo se aplicó la pena de muerte á los que no quisieron aceptar la garantía de la capitulación, y que buscaban en la fuga un medio para volver á unirse con los imperialistas, y seguir aquella lucha insensata y fratricida.

Franco, el antiguo comisario imperial, que tanto había trabajado por el gobierno usurpador implantado por la Francia, fué uno de los que cayeron bajo el fallo terrible de la ley.

Acaso influyó en esa ejecución un episodio desconocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios, y de gloria.

Cerca de Oaxaca, en Yanhuitlan, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro; y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con odio al invasor y á sus aliados.

Eran los Rodriguez, que así se llamaban estos buenos patricios, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos.

Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional, y prestó grandes auxilios al General Díaz, desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

Pronto fué denunciado Justo Rodriguez, el comerciante, ante el Jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión: llevado el noble patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

Rodriguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano.

La escena fué terrible entre aquellos dos hombres que tanto se amaban, y uno de los cuales iba á morir por su adhesión á la patria.

Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado, con una serenidad digna de aquella gran alma, dijo á su hermano el pintor.

—Quiero que me retrates en el acto.

—¿Que te retrate?

—Sí. Vé á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy

pronto, y se lo entregas como un recuerdo mio, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor le pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la Patria vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad.

El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir era fusilado por los imperialistas.

Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

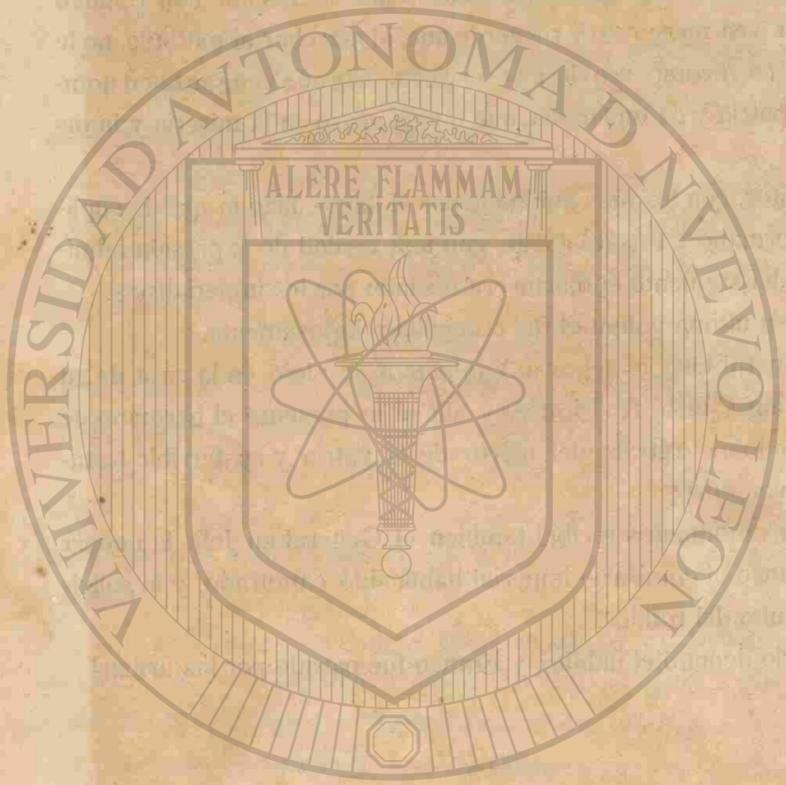
El General Díaz al llegar á Yanhuitlan se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodriguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevándole el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza.

En esos momentos recibió también el General en Jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

¡Porfirio denegó el indulto, y Franco fué pasado por las armas!

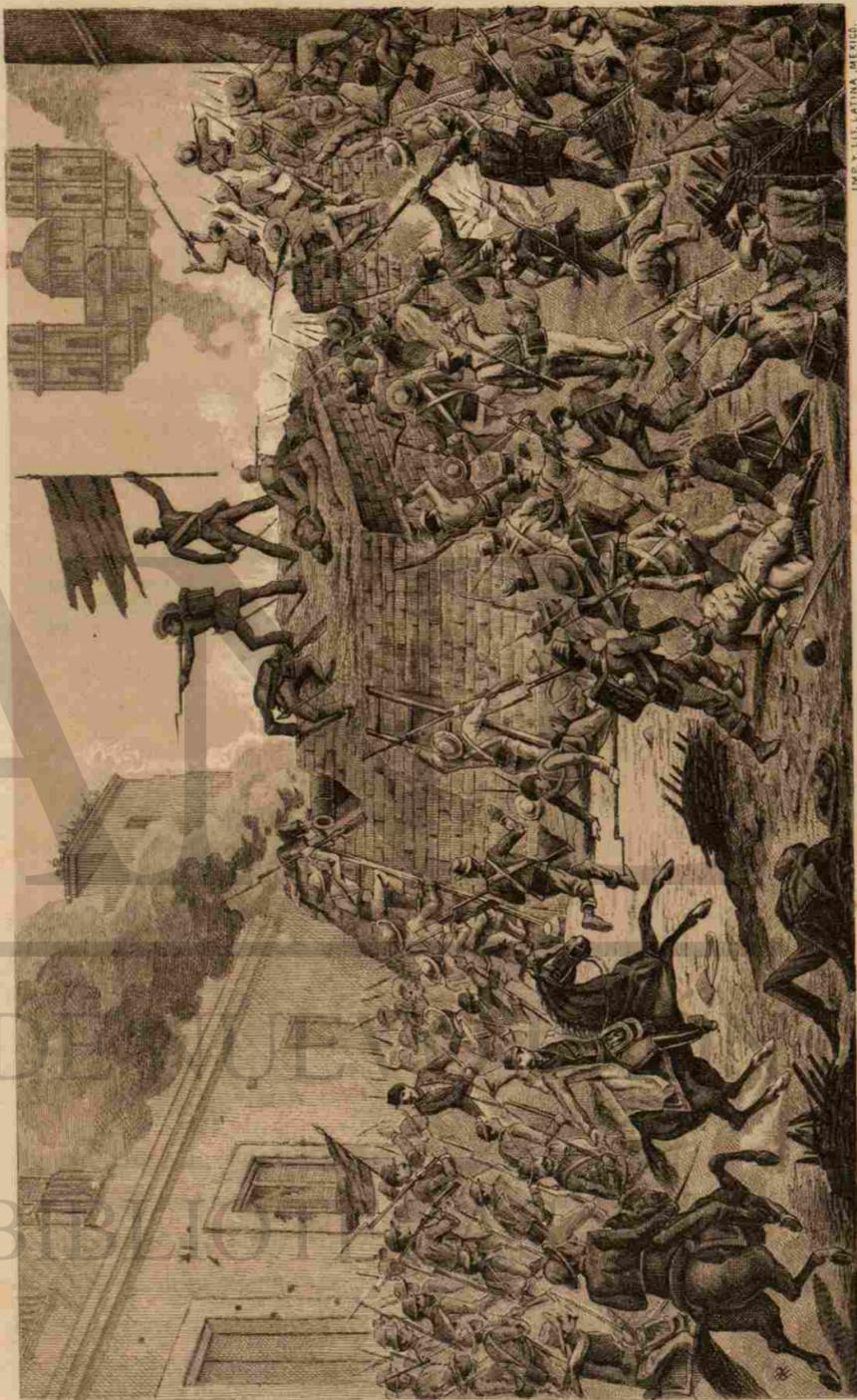
El General Díaz recibió una ardiente ovación del pueblo de Oaxaca, que de mil maneras le manifestaba su gratitud; pero el caudillo que sentía que aún no había terminado la lucha, apenas reorganizó la administración marchó á Tehuantepec en persecución de las fuerzas imperiales, cuyo grupo principal destruyó en la batalla de la Chitova el 19 de Diciembre.

Destrozó otras partidas de traidores y volvió rápidamente á Oaxaca, para aprestarse á hacer la segunda campaña que había de dar á México páginas tan gloriosas como el 2 de Abril y la ocupación de la Capital de la República.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



2 DE ABRIL.  
(Puebla 1867).

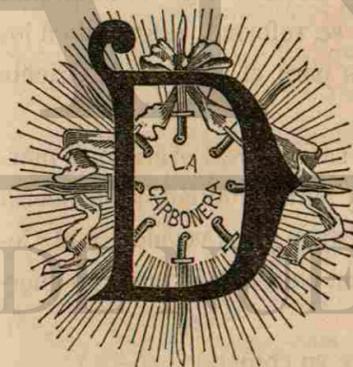


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO XVIII.

El General Díaz organiza su ejército y sale de Oaxaca.—Situación de Maximiliano y su rompimiento con los franceses.—Embajada americana.—Pretenden los franceses corromper algún Jefe republicano.—Maximiliano permanece en el poder.—El General Díaz abre la campaña.—Sitio de Puebla y batalla del 2 de Abril.



DESTRUIDAS las fuerzas imperialistas que ocupaban á Tehuantepec, y las partidas sueltas que merodeaban en varios puntos del Estado, el General Porfirio Díaz volvió á Oaxaca, donde lo aguardaban comisionados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y México, que llevaban el encargo, á nombre de estos Estados, de excitarlo para que marchara violentamente á tomar el mando de las fuerzas republicanas que obraban en aquellos lugares, y activar así una campaña decisiva contra el imperio agonizante.

El General Díaz ofreció obsequiar los deseos de aquellos pueblos; pero manifestó á las comisiones respectivas que no era conveniente

hacerlo hasta que hubiera terminado la organización de las tropas de Oaxaca, que tenían que ser la base de las operaciones que iba á emprender.

Aguardaba, en efecto, el caudillo de Oriente un convoy de armas y pólvora que el agente mexicano remitía de los Estados Unidos, por Minatitlán, á nuestras tropas. Y con esos elementos podría poner en alta fuerza los tres cuerpos de Cazadores que formaban la brigada de infantería del General Gonzalez, y armar su caballería, que carecía casi de todo.

Con una incansable actividad, en efecto, equipó y uniformó sus batallones de cazadores y sus regimientos de lanceros, disolviendo las guardias nacionales con que había hecho la campaña de Oaxaca.

Más el sostenimiento de éstas, y los crecidos gastos hechos en organizar el cuerpo de Ejército y en los servicios públicos habían agotado los recursos del Estado, á pesar de la estricta economía que había presidido la honrada administración militar del Señor Díaz.

Este caudillo y los sufridos Jefes y Oficiales que militaban á sus órdenes sufrían resignados todo género de privaciones, porque combatían sólo por amor á la Patria. Y en la División rigió la tarifa más económica, hasta que en Enero de 1867 se reformó, asignando á los Jefes y Oficiales los haberes designados para el Ejército de Oriente en 1862, y mejorando á la clase de tropa.

Y no queriendo exigir al Estado más sacrificios, Porfirio hizo marchar con su brigada al General Figueroa para Teotitlán, para que la reorganizara con los recursos de éste distrito y los vecinos, y al Coronel Espinosa lo mandó situar en Acatlán, para que formara un cuerpo de infantería y otro de caballería.

Ambos Jefes llenaron cumplidamente su cometido.

Los tres batallones de Cazadores permanecieron todavía en Oaxaca, por la dificultad de moverlos, y el General Díaz con sólo doscientos lanceros, algunos ayudantes y empleados de la Comisaría, y una sección de ambulancia, salió al fin á dirigir la campaña.

Antes de llegar á Acatlán intimó rendición á la columna imperialista que guarnecía á Matamoros: y los imperialistas, ya fuese porque comenzaban á sentir la desmoralización que cundía rápidamente en

todo su partido, ya porque creyesen que los amenazaba una fuerte división retrocedieron hasta Puebla.

Matamoros de Izúcar fué ocupado por el Coronel Espinosa, y el General Díaz estableció su Cuartel General en Acatlán, donde dictó las medidas convenientes para activar la campaña. Ordenó á los Jefes que operaban en el Norte de Oaxaca, Veracruz, línea de Chalco y Texcoco, tercer distrito de México y Norte de Puebla, que activasen la organización de sus fuerzas, á fin de hacer con ellas un movimiento general de concentración, para las operaciones que comenzaban ya.

Quizá la reseña que estamos trazando sea alguna vez leída en el extranjero, donde no son perfectamente conocidos los sucesos, que tuvieron lugar en la época que nos hemos propuesto referir. Quizá también nuestro libro pase á manos de las generaciones futuras que ignorarán esta parte de la historia del país.

Estas consideraciones nos obligan á mencionar aquí, aunque sea ligeramente, lo que á fines de 1866 y principios de 1867 acontecía con el llamado imperio. Ya otras veces hemos tenido que ocuparnos de la marcha que había seguido la cosa pública desde que las tropas aliadas pisaron nuestras costas; pero hoy más que nunca tenemos que describir los hechos con mayor precisión, para que se comprenda mejor la gloriosa campaña de Oriente, en la cual no veremos ya figurar al ejército francés, sino sólo á los imperialistas mexicanos, y algunos cuerpos extranjeros aliados.

Es que la división que por algun tiempo existió latente entre el llamado imperio y el ejército francés se había acentuado más y más, sobre todo desde que tuvo Maximiliano la convicción de que Napoleón, faltando á los tratados, retiraba su apoyo al trono que había levantado.

No tenemos que ocuparnos de la misión de Carlota, que terminó con la pérdida de la razón de esta Señora. Tampoco podemos extra-

viarnos en ese dédalo de intrigas de la política francesa, empeñada en conspirar contra el imperio que su ejército había erigido en México.

Napoleon III, persuadido de la imposibilidad de sostener á Maximiliano, viendo levantarse en Francia, como ya indicamos, una oposición general contra la intervención de México, y apresurado por la inflexible intimación de la Casa Blanca, resolvió retirar violentamente sus tropas. Y en Octubre de 1866 se había apresurado la concentración del ejército francés que, al ir desocupando las plazas y ciudades del interior del país, las entregaba á las autoridades imperiales.

Pero como una marca ascendente avanzaba poderosa la insurrección, amenazando ahogar al imperio. Entonces pensó Maximiliano abdicar y salir del país. Y pretestando ir á encontrar á Carlota, cuya vuelta era imposible, Maximiliano salió de la capital á las dos de la mañana del 21 de Octubre de 1866, acompañado del padre Fischer, el ministro Arroyo, el Coronel Kodolich y el médico Basch.

La comitiva estaba compuesta de tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares, y por la gendarmería húngara: el mismo día llegaron á la hacienda de Soquiapam, donde pernoctó Maximiliano: y en el acto escribió al Mariscal Bazaine, indicándole que iba á entregarle unos documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que se encontraba México: es decir, su abdicación.

Pero nada hizo allí el príncipe austriaco, y siguió adelante su camino hasta Orizaba, sin querer recibir al General Castelnau que venía con una misión extraordinaria de Napoleon, y á apresurar la marcha del ejército francés.

En Orizaba tornó de nuevo á cambiar de opinión Maximiliano, rodeado é influenciado por el clero, que empeñosamente trabajaba por impedir la marcha del príncipe comprendiendo que se quedaba sin bandera, puesto que no sería á la facción conservadora á la que entregaría el ejército francés el poder, después de la abdicación del llamado emperador.

Este, por otra parte, se había persuadido de que la corte de las Tullerías no sólo violaba los tratados celebrados, retirando ántes del tiempo pactado el ejército de ocupación, sino que pretendía ganarse á

alguno de los Jefes republicanos de más prestigio, para ofrecerle la presidencia de la República.

Para que no se crea que aventuramos una aseveración infundada, consignaremos la siguiente cláusula que se encontraba entre las instrucciones dadas por Napoleon III á Castelnau.—«Si llega Maximiliano á abdicar, se deberá reunir un Congreso, excitar la ambición de «varios Jefes de los disidentes que hacen la campaña, y hacer que se «dé la Presidencia de la República, exceptuando á Juárez, al que dé «ventajas más formales á la intervención.»

La intervención francesa que había comenzado violando la palabra empeñada en los preliminares de la Soledad, terminaba con una defección vergonzosa, rompiendo la palabra empeñada con el príncipe austriaco.

El Gabinete de las Tullerías, por otra parte, había autorizado á los diplomáticos para que anudasen relaciones con el defensor de Puebla, General Jesus Gonzalez Ortega, á quien creían el competidor más serio que podía oponerse á Juárez, en virtud de estar aquel revestido del carácter de vice-Presidente de la República, y de haber terminado el periodo constitucional de Juárez, según opinaban algunos republicanos, que no tenían en cuenta la suspensión del régimen legal en virtud de la guerra extranjera.

El Cuartel general francés, es decir, Bazaine, pensaba en otro candidato, en el General Porfirio Díaz, cuya lealtad y humanidad estimaba altamente: esta nueva combinación produjo un resultado de gravedad que tenemos que consignar, porque revela otra vez el carácter íntegro y noble del caudillo cuya historia escribimos.

Los Estados Unidos que, como dijimos ya, habían tomado una actitud resuelta en la cuestión de México, creyeron necesario organizar una embajada especial, compuesta del plenipotenciario Campbell y del General Sherman, que marchara á México, y cuya misión principal consistía en apoyar al Señor Juárez, á quien únicamente reconocía el gobierno americano como Presidente legal.

La fragata *Susquehanah* salió de Nueva York el 11 de Noviembre de 1866 dirigiéndose primero á Matamoros y después á Tampico, ocupado ya por fuerzas republicanas. Y poco después el cónsul ame-

ricano Ottembourg llegaba rápidamente á la capital, procedente de los Estados Unidos, donde se creía que Maximiliano había partido ya para Europa.

Ottembourg á su llegada á México se presentó á Bazaine, anunciándole la próxima llegada de Campbell y Sherman, y manifestándole confidencialmente que estaba autorizado por su gobierno, de acuerdo con el emperador de los franceses, para restaurar juntamente con el General en Jefe, la República mexicana.

El cónsul americano creía que ya era tiempo de fijarse en el General juarista á quien debía entregarse la ciudad de México, para evitar todo desorden; y agregó que Porfirio Díaz le parecía digno de esa elección: que en tal virtud se le debía invitar para que se acercara á la capital, bajo la inteligencia de que él, Ottembourg, había obtenido ya de los banqueros la cantidad suficiente para asegurar un mes de sueldo á las tropas del General Díaz.

Bazaine quedó sorprendido al ver hasta dónde llegaban ya las combinaciones internacionales contra el imperio mexicano: pero contestó al cónsul, que mientras Maximiliano pisase el territorio sería ante sus ojos el único Jefe legal de la Nación con derecho á la protección francesa. Sin embargo, agregó, si el príncipe se embarcara, el ejército francés no aceptaría ni apoyaría como pretendiente al sillón presidencial sino al Jefe republicano que garantizase el reconocimiento de la deuda francesa.

Los diplomáticos extranjeros, el emperador Napoleon y el General francés, nada habían aprendido sobre el carácter de la insurrección de los mexicanos contra la intervención y el imperio. Los republicanos en ningún punto transigirían con el enemigo, y fieles á su bandera y á sus principios, nada aceptarían de los invasores, ni harían la menor concesión: en los patibulos y en los campos de batalla habían conquistado el derecho de hacer solos la independencia de su patria, y de no ceder un átomo de su soberanía para gobernarse conforme á su ley nacional.

Sin embargo se envió al General Díaz una misiva haciéndole las invitaciones que hemos mencionado. Pero el caudillo de Oriente las rechazó enérgicamente, diciendo que no era más que el soldado leal

de la patria, y no tenía más misión que combatir á la invasión y al imperio. Y así lo manifestó á Romero, nuestro Ministro en los Estados Unidos, en una carta que Seward hizo publicar en el «Libro Amarillo.»

Pero concluyamos con la misión americana, aunque anticipemos algo las fechas.

El 29 de Noviembre el *Susquehanah*, en medio de un terrible norte, enarbolando el pabellon de las estrellas y conduciendo á la embajada americana se presentaba frente á Veracruz, anclando al fin en Ulúa. Un bote se desprendió del muelle y se dirigió á la fragata llevando al cónsul americano residente en el puerto, que iba á anunciar al plenipotenciario que Maximiliano había resuelto no abdicar.

En esos instantes la ciudad se iluminaba, y los cohetes y las salvas de artillería anunciaban que el príncipe austriaco no partía ya para Europa, sino que iba á continuar derramando sangre mexicana por saciar una loca ambición.

La fragata americana volvió á hacerse á la mar, llevándose á los comisionados.

Reanudemos ahora la relación de los sucesos, para continuar metódicamente nuestra historia.

Maximiliano, atacado de calenturas, se había establecido en la hacienda de Jalapilla inmediata á Orizaba: y desde allí mantenía una correspondencia activísima con Bazaine, y con su gabinete que había quedado en México.

Esa correspondencia que ha publicado la prensa y que ha recogido cuidadosamente la historia, revela las oscilaciones de aquel espíritu vacilante é indeciso que unas veces se inclinaba á la abdicación y otras á permanecer en aquel trono que amenazaba ruina.

No nos incumbe explorar las causas que decidieron al archiduque á romper definitivamente con los franceses para empuñar la bandera clerical y lanzarse á una guerra insensata, capitaneando las viejas bandas reaccionarias que tanto había despreciado ántes.

Una carta del consejero belga Eloin, fechada en Bruselas y dirigida á Maximiliano, acabó de revelar á éste la insidia de Napoleón, á la vez que despertó sus pretensiones al trono de Austria; y esto influyó mucho acaso en la resolución del llamado emperador.

Por otra parte, su orgullo tan hondamente lastimado por la política francesa se sublevó ante la idea de abandonar su puesto, fugándose confundido entre el convoy del ejército francés.

Por último la influencia omnipotente del padre Fischer, agente del clero, y las intrigas de los reaccionarios acabaron de precipitar el rompimiento entre Maximiliano y el cuartel general francés.

Miramón y Márquez, olvidando su resentimiento y deseando servir á su facción, estaban ya cerca del príncipe, y servían de centro común á los trabajos de los conservadores.

El Ministerio y el Consejo de Estado marcharon á Orizaba llamados por Maximiliano, conducidos por Miramón y escoltados por fuerzas francesas.

Demasiado conocidas son aquellas célebres conferencias de Orizaba, de las cuales salió el manifiesto de Maximiliano, en el cual declaraba que si la enfermedad de Carlota le había inspirado la convicción de abdicar, se había sin embargo resuelto á permanecer en el poder, siguiendo la opinión de los Consejos de Ministros y de Estado. Maximiliano ofrecía además, para la calendas griegas, la reunión de un Congreso Nacional que determinara si debía ó no continuar el imperio.

Maximiliano se había dejado embriagar por las promesas del clero, que trazó un plan de campaña fascinador. Larez y Fischer ofrecieron al príncipe, en nombre del clero, cuatro millones de pesos y un ejército pronto para entrar en campaña.

Márquez y Miramón tomarían el mando de las fuerzas imperiales. El primero ocuparía la capital y protegería el alto llano contra las tentativas de Porfirio Díaz.

Miramón, decían los clericales, marcharía al Norte al encuentro de Escobedo á quien derrotaría, ayudado por Mejía, cuyo prestigio militar no estaba perdido aún, á pesar de los desastres que el imperio había sufrido en la frontera.

Destruídos los republicanos que operaban en el Norte, Miramón volvería sobre los de Oaxaca y los haría pedazos! ¡Y Maximiliano tuvo el candor de creer posibles esos castillos en el aire!

Pero nos hemos detenido demasiado, y tenemos que seguir los sucesos, que marchaban con una rapidéz asombrosa.

Al comenzar el año de 1867 la intervención francesa había terminado: el 5 de Febrero se arrió la bandera francesa del cuartel general de Buenavista, y el Mariscal salió de México con sus tropas y acampó en la calzada de la Piedad.

Al siguiente día se perdía el ejército francés en el horizonte, reflejándose el sol en las bayonetas manchadas aún con sangre mexicana. Y dejaba nueve mil hombres enterrados en la tierra que había invadido, nueve mil hombres muertos en los campos de batalla, y sin contar con los que sucumbieron á las enfermedades del clima, ni los que quedaron locos ó enfermos en los hospitales.

El ejército francés marchó para Veracruz, escalonando sus jornadas estratégicamente y llevando un gran convoy.

Volvamos ahora al campamento del General Díaz.

En la primera quincena de Febrero se presentó en la Villa de Acatlán Mr. E. Burnouf, enviado por Maximiliano, ofreciendo á Porfirio el mando de todas las fuerzas imperialistas encerradas en Puebla y México, prometiéndole que Márquez, Larez y demás conservadores serían arrojados del poder, y que el mismo Maximiliano muy pronto abdicaría, abandonando el país, y entregando la situación al partido republicano.

El General Díaz, conservando la serenidad de su espíritu, contestó al enviado que como General en Jefe del Ejército que le había confiado el Supremo Gobierno de la República no podía tener con el Archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y leyes militares permiten con el Jefe de una fuerza enemiga.

Esta enérgica y digna contestación la comunicó por circular el Señor Díaz á todos los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, publicándose en los periódicos republicanos.

En la segunda quincena de Febrero el General Díaz emprendió su marcha con las caballerías de Oaxaca y Puebla para Tepeji. Sobre

la marcha se le incorporaron las infanterías y la artillería que mandaba el General Manuel Gonzalez.

En San Juan Yacaquixtla y Tepeaca, se le unieron la brigada del Norte de Oaxaca á las órdenes de Figueroa, el batallón del Coronel Espinosa y otro cuerpo de caballería del Estado de Puebla.

Al concluir el mes de Febrero, el Cuartel general quedó establecido en Huamantla, donde llegaron también la brigada de Veracruz al mando del General Alatorre, la de Puebla á las del General D. Juan N. Mendez y las de Tlaxcala que mandaba Rodriguez Bocado.

En este lapso de tiempo, que tan rápidamente hemos recorrido, se consumaban hechos gravísimos para el imperio. Miramon, que con su audacia genial había marchado para el interior con cerca de dos mil soldados y un gran cuadro de Oficiales, después de reunir cuantas fuerzas imperialistas le fué posible, y de haber obtenido un efímero triunfo en Zacatecas, fué completamente derrotado en San Jacinto.

La División de Mejía, por otra parte, muy poco auxilio pudo dar al campeón del clero, porque todo su prestigio militar había concluido después del desastre de Matamoros, y de su retirada hasta Querétaro.

Comenzaba á disiparse el dorado sueño de los conservadores que habían creído reproducir el período de 1858 á 1860, y prolongar por dos años siquiera la vida de aquel imperio, que era la única tabla de su salvación.

La campaña del Norte fué fatal para los imperiales, y Escobedo avanzaba sobre Querétaro, haciendo replegarse á Don Severo Castillo, uno de los mejores Generales del clero, después del combate de la Quemada.

Juntamente con el brillante plan de campaña forjado en Orizaba se desvanecieron los cuatro millones prometidos por Fischer en nombre del clero, millones que Maximiliano no pudo palpar. Por el contrario, el tesoro imperial estaba exhausto, y sólo por el conocido sistema de las exacciones, que tan bien sabían emplear los conservado-

res, se reunieron algunos fondos para afrontar tan difícil situación.

Entonces se ideó un nuevo plan, arrastrando los clericales á Maximiliano para que se pusiera al frente de los restos del ejército acampados en Querétaro. Se deseaba empeñar hasta lo último al príncipe austriaco en aquella aventura: y los Jefes clericales querían además conservar siempre á su lado al llamado emperador para vigilarlo. Temían dejarlo sólo en la capital, conociendo la versatilidad de su carácter que podía impulsarlo á abdicar tal vez, intentando volver á Europa, y entregar México á los republicanos.

Sea lo que fuere, el hecho es que Maximiliano marchó para Querétaro con Márquez y las mejores fuerzas que éste pudo organizar.

Escobedo á su vez se acercó á la ciudad después del primer ataque del 14 de Marzo de 1867. Maximiliano se dejó sitiar allí por los republicanos.

Por fin en el mismo mes de Marzo el Ejército de Oriente descendió al Valle de Puebla, llegando frente á esta ciudad el día 8: al siguiente día el General Díaz establecía su cuartel general en el Cerro de San Juan, en el mismo campamento donde había tenido el suyo Forey durante el sitio que tanta gloria dió al Ejército mexicano.

Pero el General Díaz, á la vez que hacía esta campaña, vigilaba activamente la capital, mandando hasta Chalco una brigada de caballería. Disponía también que se le incorporaran las fuerzas de Guerrero que habían ocupado á Cuernavaca. Y á pesar del inmenso trabajo que tenía que emprender en la dirección de la guerra, atendía á todos los servicios administrativos del inmenso territorio que estaba bajo su mando, y arbitraba los recursos necesarios para sus tropas, y para los gastos que exijían las operaciones militares.

El General en Jefe del Ejército de Oriente comprendía bien que con ménos de tres mil hombres, que en aquellos momentos tenía, no podía sitiar y tomar una plaza guarnecida por un número igual ó mayor de soldados, y tan perfectamente surtida de municiones, armas, víveres y todo género de elementos.

Puebla contaba con una formidable línea de trincheras y baluartes erizados de artillería. Aquella ciudad, desde la ocupación francesa, se había convertido por el llamado imperio y por Bazaine en un ver-

dadero almacén de guerra imperial: y el Jefe francés, al retirarse el ejército invasor, había acopiado allí una gran cantidad de cañones y fusiles con las municiones respectivas en exceso, así como también el equipo bastante para que Maximiliano pudiera levantar un cuerpo de ejército.

Porfirio quiso desde el primer día obligar á los imperiales á salir de la ciudad fortificada, para darles una batalla en campo raso, donde estaba seguro de vencerlos. En tal virtud, tendió sus fuerzas en batalla, el día 8 de Marzo al pié del Cerro de San Juan.

Pero los imperialistas no aceptaron el reto y permanecieron encerrados tras de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Entonces el General en Jefe republicano se decidió á ir á buscar al enemigo al centro de la plaza, comenzando las operaciones de un asedio que parecía insensato, contra una ciudad protegida por una artillería superior á la de los republicanos en número y calibre, defendida por mayor número de fuerzas, y tan bien dotada como dijimos ya, de infinitos pertrechos de guerra y víveres.

La noticia de este asedio llegó á Bazaine, que en esos momentos embarcaba en Veracruz los últimos batallones franceses que se habían retirado de Orizaba y Córdoba: y al saber la intentona del General Díaz no pudo menos que asombrarse, asegurando que el caudillo de Oriente se estrellaría ante una ciudad tan perfectamente atrincherada y abastecida, y que él, Bazaine, la defendería con la mitad de la guarnición con que contaba.

Esta vez también se equivocaba el Mariscal, ya porque no contaba con el genio militar y audacia del General Díaz, ya porque olvidaba que de nada sirve la fuerza material á los gobiernos que agonizan, agoviados por la opinión pública.

En esos momentos surgía un incidente que más tarde había de significar un obstáculo grave que encontraría el General Díaz en su camino.

Nos referimos á la rápida venida de Márquez que al frente de numerosa caballería se había separado de Maximiliano, dirigiéndose á la capital. Es que ese viejo Jefe reaccionario, al saber que marchaban violentamente sobre Querétaro las fuerzas republicanas del Sur y del

Poniente, no quería quedar encerrado en la ciudad donde había dejado al príncipe austriaco abandonado á su mala suerte. Y prestando venir á organizar en México un ejército auxiliar para ir á salvar á su emperador, logró escaparse de Querétaro, aunque revestido con el carácter de Lugar teniente del imperio.

Márquez, en efecto, llegó á México, y rápidamente comenzó á levantar fuerzas y se arbitró de cuantos recursos le fué posible, recurriendo á todo género de violencias contra los ricos y los propietarios. Así llegó á levantar cerca de diez mil hombres, entre los cuales se contaban la legión extranjera, los cuerpos austriacos y los mejores batallones del ejército imperial.

Para concluir con esta reseña general de los hechos que se consumaban en el país, diremos, por último, que Bazaine con las últimas tropas de la intervención, se había embarcado el 12 de Marzo, alejándose entre las brumas del mar la escuadra que cinco años ántes había llegado á nuestras playas llena de altivez.

Porfirio, entre tanto, continuaba la empresa temeraria de sitiar á Puebla, que había resistido por tanto tiempo á treinta mil franceses, á pesar de que entonces los republicanos carecían de la artillería y de los elementos que tenía en 1867 la guarnición imperial.

Día á día el caudillo hacía prodigios de valor y de una infatigable actividad, recorriendo su línea incesantemente, multiplicándose en los lugares donde era mayor el peligro, dirigiendo los ataques parciales sobre los puntos que iba asaltando, é inspirando á sus tropas brío y confianza en el éxito de aquella operación tan audaz.

Apenas tomaba algunas horas de descanso en su campamento del cerro de San Juan, donde tenía que consagrarse al despacho de los negocios administrativos de los diez Estados que estaban bajo su mando.

En aquellos momentos, y durante las primeras operaciones del sitio, el General en Jefe del Ejército de Oriente recibió órdenes terminantes del Gobierno General, para que mandara fuerzas al sitio de Querétaro donde, según el gabinete del Señor Juárez, estaba la clave de la situación. Es que el Presidente, tan alejado del campo de los sucesos, ignoraba que si Márquez hubiera podido volver en auxilio de Querétaro con un cuerpo de ejército tan respetable, quizá hubiera cambiado la faz de la situación, y la lucha se habría prolongado más.

Sea lo que fuere, el General Díaz ni siquiera discutió las órdenes que se le daban, y mandó á Querétaro las fuerzas del segundo Distrito del Estado de México y una brigada de Puebla á las órdenes del General Don Juan N. Méndez. Dispuso además que Riva Palacio, que estaba en Toluca, se uniera á esta División con las fuerzas del primer Distrito.

Afortunadamente días después se le incorporó la División del Sur; y ni por un momento suspendió el General Díaz sus operaciones, atacando día á día un nuevo punto de los que ocupaban los imperialistas.

Así logró que Carrión tomara la Penitenciaría y San Javier, á costa de muchas pérdidas, y á pesar de la defensa desesperada de la guarnición.

Los combates eran diarios, continuos, á la luz del sol, y bajo las sombras de la noche: las tropas del imperio recibían nuestras columnas con un fuego nutridísimo, utilizando su magnífica artillería: y sin embargo, el General Díaz entre un torbellino de metralla, hizo ocupar los puntos de Santiago y el Molino de Huitzotitla, para hostilizar mejor el Carmen que se defendía con desesperación.

A la vez por el Poniente y el Sureste las columnas republicanas se establecían en la Alameda, la Capilla de Guadalupe, el Parral y los baños de Carreto, cercando así las intomables fortificaciones de Belem.

El General Díaz había logrado situar una pieza de artillería sobre los hornos de Múgica, rellenando éstos previamente con escombros; y así dominó las fortificaciones del lado occidental de la plaza que los imperialistas habían reforzado, recordando sin duda los episodios del sitio anterior de Puebla.

En aquellos ataques la sangre corría á torrentes, sobre todo en la

toma del cuartel de San Marcos y el Hospicio, donde fué gravemente herido el General Manuel Gonzalez.

Más tarde fué asaltado y ocupado el Convento de la Merced, á la vez que tenía lugar un combate épico, terrible, en el Circo de Chiarni, incendiado durante la lucha, y donde Porfirio, en medio de una granizada de balas, con el vestido acribillado, el rostro ennegrecido por el humo, escapando como por milagro entre las llamas del incendio y entre los escombros que se desplomaban sobre él, alentaba á sus tropas y las hacía avanzar invencibles, supliendo su escasez con su estrategia y su actividad.

Al concluir Marzo, dice un testigo presencial, los republicanos habían avanzado en unos cuantos días, más que los franceses en dos meses, durante el sitio de 1863.

El 30 de Marzo se disputaban los republicanos y los imperialistas la manzana Sur con encarnizamiento y desesperación, cuando estalló un incendio en los baños de Carreto.

Las llamas levantaban sus inmensas lenguas de fuego, devorándolo todo, las balas y las bombas llovían sobre los combatientes, hasta que los sitiadores, guiados por los Generales Díaz y Alatorre, que tranquilos desafiaban la muerte, alcanzaron el triunfo más espléndido.

En esos momentos salía Márquez de México con más de cinco mil hombres, y un numeroso tren de artillería, á socorrer á Puebla. El Ejército de Oriente, mermado por un mes de combates diarios, iba á encontrarse entre dos ejércitos, muy superiores en número y en elementos para luchar. Sólo el génio militar de su Jefe podía salvarlo.

Apenas se supo en el campo republicano la aproximación de Márquez con fuerzas tan numerosas, los Jefes vacilaron sobre la determinación que debía tomarse, porque era insensato continuar en aquella situación. Algunos opinaban por la retirada para salvar al Ejército de una derrota segura; pero eso era perder los triunfos alcanzados á cos-

ta de tanta sangre, y retardar indefinidamente el triunfo de la República.

Sólo el General en Jefe, imparable y sonriente, no parecía impresionado por aquella nueva.

Es que durante la guerra de Reforma tantas veces había fustigado con su espada la espalda del Lugar-teniente del imperio, que sólo podía despreciarlo.

El General Díaz convocó una junta de guerra en la cual todos los Jefes republicanos compitieron en rasgos de valor y patriotismo.

En esa junta el General en Jefe, después de presentar todos los peligros que había en levantar el sitio, propuso el asalto inmediato de la plaza.

Alatorre, lleno de entusiasmo, se puso en pié, aceptando el plan, que fué aprobado por aclamación. Es que la suerte estaba echada, y allí era preciso vencer ó morir.

En el campo, sin embargo, se ignoraba la resolución tomada por los Generales, por haber guardado éstos una profunda reserva.

Hasta creyeron muchos que se levantaba el sitio, sobre todo al ver que algunos carros se movían colocándose tras el cerro de San Juan.

Los imperialistas al ver aquellos aprestos no podían disimular su gozo, tal vez por haber sabido también la aproximación de Márquez.

En la noche del día 1º de Abril, cerca de las 12, el General Alatorre, en Jefe de la primera División de infantería, dictaba por acuerdo del General Díaz las disposiciones necesarias.

Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla, al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica: á Mier y Terán las de la calle de Miradores: á Carbó que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de Batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, Leon, Vazquez Aldama y otros Jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

Alatorre con la reserva debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo.

La noche se pasó en un silencio profundo, los sitiadores inmóviles en las sombras sin saber lo que iba á pasar, y los sitiados aguardando con excesiva vigilancia, como si adivinasen el peligro.

A las tres y media de la mañana del día 2 una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

Era la señal del asalto.

Al verla, los Jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

La ciudad parecía alumbrada por un volcan, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores.

En Belem murió Rodriguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vazquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo Leon llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de

ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Cármen que resistió más tiempo aún.

Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

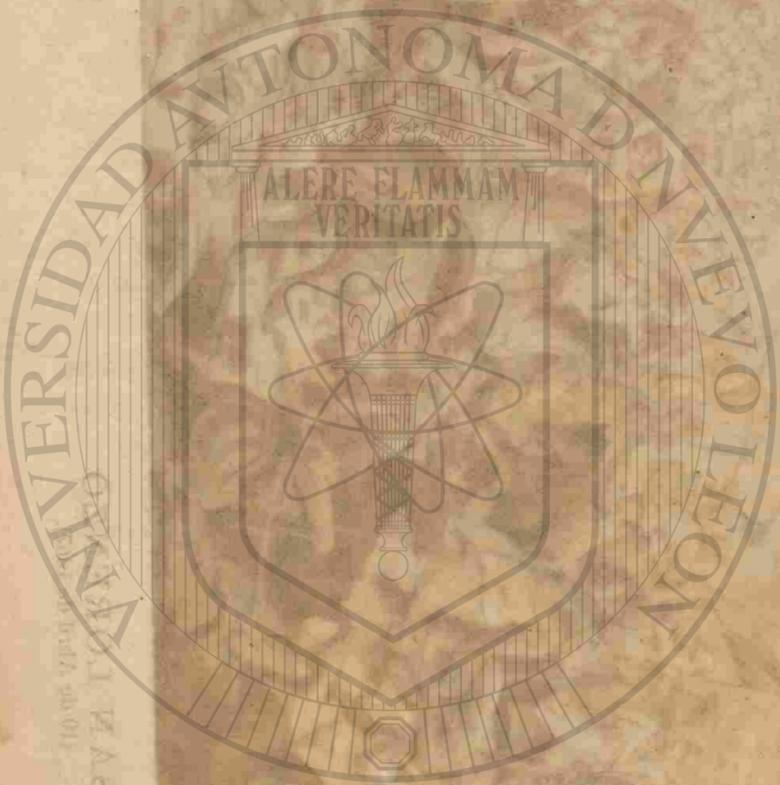
Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañon y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.



SAN LORENZO  
(10 de Abril de 1867).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

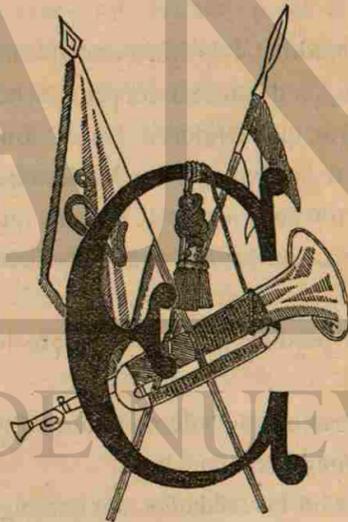
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XIX.

Ocupación de los fuertes de Guadalupe y Loreto.—El General Díaz concede la vida á los prisioneros despues de la toma de Puebla.—Reorganiza su ejército para marchar sobre Márquez.—Batalla de San Lorenzo.



El General Díaz, despues de haber ocupado á Puebla el 2 de Abril de 1867 por el asalto más audaz y heróico que se registra en nuestra historia militar, comenzó sus operaciones sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto con tal vigor, que en la noche del 3 al 4 se rindió el segundo, que ocupó personalmente el General Díaz, intimando desde allí rendición al de Guadalupe.

Mandaba ese punto el Jefe imperialista Francisco de P. Tamariz, el cual comprendiendo lo inútil de la defensa quiso capitular, obteniendo solo algunas garantías, y salió á conferenciar á la orilla del foso con el caudillo republicano.

Pero éste exigió la rendición sin condición alguna: entonces Tamariz, aceptando la responsabilidad entera, presentó su espada al vencedor, quien lleno de nobleza le contestó que la conservara como una concesión á su valor.

El General en Jefe tornó á la ciudad llevando á su lado á sus dos prisioneros los Generales imperialistas, Tamariz y Noriega, y se dirigió al Obispado donde estaban encerrados los demás prisioneros.

La ciudad entera esperaba la ejecución sangrienta de los centenares de reos de infidencia, sobre los cuales pesaba la ley de 25 de Enero; pero el General Díaz «que no había nacido para carcelero ni para verdugo» según dijo á los Jefes de su séquito que lo rodeaban, mandó retirar la guardia y poner á los prisioneros en libertad. Estos, delirantes de júbilo, lanzaron un hurra inmenso victoreando á la República que les otorgaba tan amplio perdón, y al Jefe que así interpretaba los sentimientos tan nobles y levantados del pueblo mexicano.

El General Díaz terminó su obra dando el 4 de Abril una circular á los Comandantes militares de los Estados de su mando, previniendo quedasen en libertad de residir en el lugar que eligieren los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán, de la Carbonera y en la toma de Oaxaca y en el asalto de Puebla, quedando únicamente bajo la vigilancia de la autoridad y á disposición del Gobierno General.

Eran las ráfagas consoladoras del perdón, irradiando sobre los laureles de la victoria.

Pero en tanto el General Díaz reorganizaba violentamente la administración pública, y su Ejército diezmando en el asalto.

Reemplazaba sus numerosas bajas con los soldados del enemigo que voluntariamente querían servir en las filas republicanas, dando su baja á los que querían volver á sus hogares. Reponía su armamento y sus municiones con el numeroso parque encontrado en los almacenes de Puebla, se vistió y equipó la tropa y se organizó la artillería tomada á los imperialistas.

Y el mismo día 3 de Abril el General Díaz hizo salir por la mañana la caballería en observación de Márquez y en seguida se puso en

marcha para alcanzarla en Apizaco: al siguiente día marcharon la infantería y la artillería.

En la Hacienda de Guadalupe tuvo noticia Márquez de la toma de Puebla; pero sabiendo cuán inferiores en número eran á las suyas las tropas republicanas, y que aún resistían los fuertes de Loreto y Guadalupe, pensó avanzar hasta Apizaco.

Así al ménos lo dijo en sus partes á la llamada regencia; pero la verdad es que buscaba el rumbo de Veracruz tomando por Huamantla: era una marcha estratégica preparatoria de la fuga, lo cual sí estaba conforme con las tradiciones militares del chacal del clero.

Pero los republicanos adivinaron el intento de aquel miserable, y con movimientos rápidos y hábiles, forzando las marchas y caminando sin cesar, lograron cortar el paso al asesino de Tacubaya.

Porfirio Díaz con su habilidad acostumbrada calculó que Lalanne era el que primero podía encontrarse con Márquez por estar más próximo; y aunque el valiente Coronel de la República solo contaba con un puñado de hombres, el General en Jefe le ordenó que se dejara derrotar, pero que detuviera algunas horas al enemigo, á fin de que pudiera darle alcance el Ejército de Oriente.

Lalanne con un heroísmo sublime cumplió con la orden recibida: y aunque apenas llevaba novecientos hombres, detuvo á los seis mil de Márquez, batiéndose con desesperación, hasta quedar hecho pedazos en la más gloriosa de las derrotas.

Vencido este obstáculo creyó Márquez poder continuar adelante, cuando en San Diego del Notario se le interpusieron las caballerías que expedicionaban en el Valle, y que iban á unirse al General Díaz.

Márquez supo también que las caballerías de Guadarrama, que el General Escobedo había enviado en observación desde Querétaro, venían á su espalda.

Entonces el Lugar-teniente del austriaco sintió el vértigo del pánico sacudir su alma, y comenzó á hacer marchas rápidas, buscando por donde escaparse.

Por fin llegó con toda su fuerza al caer la tarde del día 8 á la Hacienda de San Lorenzo, donde hizo alto, permaneciendo allí el día

9: es que ya había encontrado una salida por donde emprender la fuga, sacrificando á su ejército.

Porfirio Díaz que había venido cercándolo, dispuso seis columnas de ataque, avanzó su artillería y comenzó á cañonear el campo imperialista. Hubiera podido batir en el acto á Márquez, quien desmoralizado y esparciendo en sus tropas el miedo de que se hallaba poseído, no hubiera podido resistir el empuje de los soldados que acababan de asaltar á pecho descubierto los invencibles muros de Puebla.

Pero el General Díaz quería encerrar en un círculo de acero á aquel cobarde, y aguardaba la llegada de Guadarrama que debía cortar la retirada de los traidores. Y continuó extendiendo su línea por los flancos, para circunvalar la Hacienda de San Lorenzo.

Situada esta finca al pié de la cordillera de la Sierra donde se levantan el Popocatepetl y el Iztatzihual, es un punto estratégico para una resistencia tenaz.

Las tropas republicanas ocupaban las lomas de los cerros inmediatos, y marchando por los flancos y aprestándose á descender al llano, iban cercando al Lugar-teniente.

Este pensó entonces que los magníficos cuerpos con que contaba, sobre todo los extranjeros, se batieran hasta el último extremo, mientras él tomaba una vereda para fugarse.

Los imperialistas y la legión extranjera se parapetaron en los magueyales, defendiéndose heroicamente de nuestras guerrillas y tiradores.

La acción iba empeñándose, y el General Díaz, viendo el entusiasmo de sus tropas, creyó que debía apresurar el desenlace, aún antes de que llegaran las caballerías de Guadarrama.

Las columnas republicanas bajaban rápidamente de las lomas, y una corona de fuego brillaba en la circunferencia del Valle, envuelto ya en nubes de humo.

Pero también el cielo comenzaba á velarse por una de esas tempestades de nuestro clima: y cuando el General Díaz iba ya á lanzar sus columnas sobre el enemigo, seguro de destrozarlo sin el auxilio de las caballerías, la lluvia acompañada de una fuerte granizada se desató á torrentes.

El relámpago brillaba continuo y deslumbrador y el trueno retumbaba sin intermitencias, en tanto que el granizo enorme y abundantísimo lo cubría todo, azotando el rostro de los soldados y haciendo imposible la marcha.

La acción tuvo que suspenderse, á la vez que la noche cubría todo con sus impenetrables sombras, sin que cesara la lluvia.

Así terminó el día 9 de Abril, resuelto el General Díaz á arrojar-se sobre Márquez en la madrugada del siguiente día.

Al amanecer el día 10 la Hacienda de San Lorenzo estaba sola: Márquez, aprovechando la noche, había hecho salir sus tropas por la montaña, y fraccionándolas, envió el grueso de ellas por un rumbo mientras que él, con algunos cuerpos escogidos que le cubrieran la espalda para correr mejor, siguió por el camino de Calpulalpam. Además, había hecho que marchara primero un escuadrón de húngaros escoltando un carro con dinero, para que fuera atacado y ocupar así á los republicanos.

En esos momentos aparecieron las avanzadas de Guadarrama frente al campo republicano.

En el acto el General Díaz se lanzó con las caballerías sobre Márquez, alcanzando á los fugitivos un poco ántes de la Hacienda de San Cristóbal.

Es que el Lugar-teniente, para ir más ligero, había mandado incendiar el parque, y la humareda denunció el camino por donde se escapaban los traidores.

En San Cristóbal el Coronel republicano Martínez, con un cuerpo de rifleros, logró detener al ejército imperialista que como una avalancha se precipitaba por allí: la resistencia de Martínez tuvo por objeto dar tiempo á que Guadarrama y Leyva entraran al combate con sus divisiones.

Pero Márquez, aterrorizado, solo pensaba ya en salvarse: y desbarrancando su artillería pesada, que no pudo pasar por el puente de

San Cristóbal destruido con anticipación, y abandonando el mando, huyó á uña de caballo.

Los imperialistas al fin eran mexicanos, y avergonzados con la cobardía de su Jefe se batieron con denuedo: sólo el 10º de infantería flaqueó ante el espantoso fuego de los rifles de Spencer de la caballería de Guadarrama, y el batallón, en trozos, se entregó prisionero.

Entonces los cuerpos de cazadores y húngaros que temían sufrir la suerte de los soldados extranjeros derrotados en San Jacinto, continuaron batiéndose con desesperación y como unos héroes.

En esos momentos llegó el General Porfirio Díaz con el grueso de las tropas que lo victoreaban, y arrollándolo todo, pasó sobre los restos del puente haciendo retroceder á los cuerpos extranjeros. Estos disputaron palmo á palmo el terreno, y dejando éste sembrado de cadáveres, abandonaron en el tránsito del puente su artillería gruesa é intentaron dar con la artillería de montaña una carga sobre los republicanos que los quemaban.

Pero se vieron de nuevo obligados los imperiales á retroceder, llegando á Texcoco la división de Márquez, reducida á los cuerpos húngaros y austriacos: continuaban éstos sin embargo, disputando no la victoria, sino la derrota, hasta que fueron barridos por la caballería republicana que, lanceando al enemigo, quitó á éste el resto de su artillería y sus equipajes, haciéndole más de trescientos muertos y mil prisioneros.

Al penetrar los republicanos á Texcoco, Múcio Maldonado, el intrépido guerrillero que hacía cuatro años combatía por la independencia de su patria como un héroe, cayó muerto, atravesado por dos lanzos en el corazón. Así vino á terminar su carrera de gloria en el suelo mismo que lo vio nacer.

El cadáver del guerrillero, que había caído entre los húngaros, fué disputado por sus soldados á lanzos y rescatado al fin.

Pero los batallones y los regimientos húngaros estaban rendidos de cansancio, y los soldados se apoyaban en las cercas del camino, en las paredes de la ciudad, donde eran acuchillados sin misericordia.

Era la revancha de cinco años de carnicería ejecutada por los invasores y los traidores en los defensores de la patria.

Texcoco fué ocupado al fin y los restos mutilados de la brillante

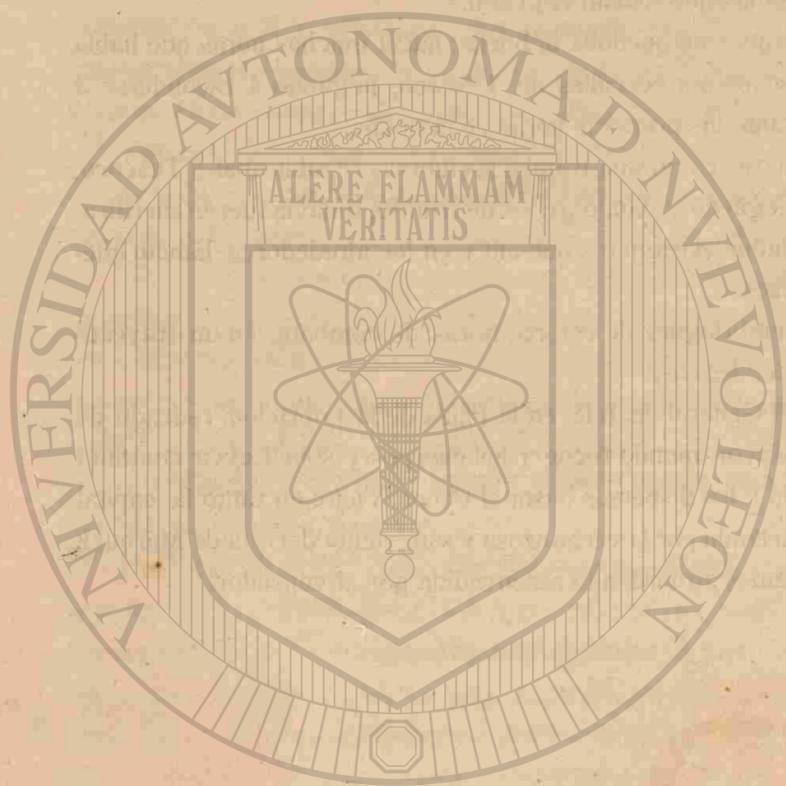
división de Márquez se retiraba en dispersión, huyendo unos en las embarcaciones de la laguna, perdiéndose otros en las escabrosidades de las montañas que rodean el Peñon.

De Márquez no quedaba ni huella: hacía muchas horas que había pasado á escape por las calles de Texcoco, llegando á esconderse á México durante las primeras horas de la noche.

Al penetrar como una tromba las fuerzas republicanas á Texcoco, tocando á degüello y dando gritos de triunfo, todavía fueron sacrificados los soldados extranjeros que allí y en los alrededores habían quedado dispersos.

Era la embriaguez de catorce horas de combate, en un trayecto de diez á doce leguas.

Al fin el General en Jefe, en la Plaza de la población, rodeado de su Estado Mayor, mandó recoger los cuerpos y solo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñon Viejo: en tanto la capital temblaba aterrada por la vergonzosa y sangrienta derrota de Márquez en San Lorenzo, aguardando ser invadida por el vencedor.

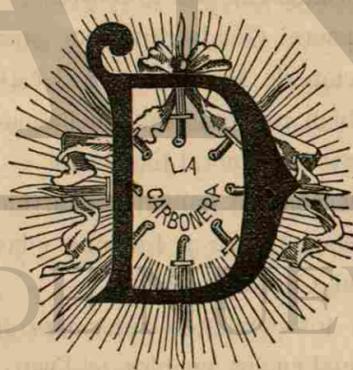


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XX.

Avanza el General Díaz hasta las orillas de la capital.—Sitio de México.—Vuelve Guadarrama á Querétaro.—Situación de Escobedo en el sitio de esta ciudad.—Trabajos administrativos del General Díaz.—Ocupación de Querétaro.—Maximiliano y su ejército son hechos prisioneros.—Rendición de la Capital.



DETRAS de los restos de la brillante división que Márquez había conducido á la derrota, sacrificándola y abandonándola cobardemente, marcharon las avanzadas del Ejército republicano á los alrededores de la Capital. El día 12 de Abril llegó el resto de la fuerza, y, después de haber descansado la víspera en Texcoco, ocupó á Tacubaya, desalojando á los imperialistas que huyeron hasta la ciudad, habiendo hecho sólo una leve resistencia.

El General Díaz avanzó hasta Chapultepec, y asegurado de esta posición, comenzó á estender su línea de sitio, trasladando el Cuartel General á Guadalupe Hidalgo.

En aquellos momentos volvía á encontrarse el General en Jefe del Ejército de Oriente en una situación semejante á la que tuvo al sitiar á Puebla con tan reducido número de tropas, y sin ningun material de campaña necesario para tan extensa operación militar.

La rapidéz con que el General Díaz se vió obligado á salir de Puebla sobre el ejército auxiliar de Márquez no le permitió sacar de aquella ciudad la artillería y municiones necesarias para el sitio de México.

Por otra parte, la fuerza con que contaba no era suficiente en número para cubrir la inmensa línea de circunvalación que debía cerrar una ciudad tan grande como México. El General Díaz tuvo, pues, que suplir con su actividad y su génio estas deficiencias, logrando mantener encerrado al Lugar-teniente del imperio, quien, á pesar del pánico de que estaba poseído, procuraba levantar nuevas tropas para sostenerse algun tiempo más.

Pero Porfirio había ocupado estratégicamente los pueblos de los alrededores, y vigilaba las calzadas y salidas de la ciudad, pronto á caer sobre los imperialistas, siempre que éstos intentaran algun movimiento. Y á la vez organizaba su ejército tan destruído despues del asalto del 2 de Abril y las sangrientas jornadas de San Lorenzo.

Por otra parte las caballerías del General Guadarrama, que solo habían venido de Querétaro en observación de Márquez, por si éste marchaba en auxilio de Maximiliano, habían regresado á aquella ciudad, llamadas violenta y urgentemente por el General Escobedo.

Solo estaban sobre la capital los cuerpos que habían concurrido al asalto de Puebla, las brigadas de Cuellar, Leyva y Lalanne y las fuerzas irregulares de Fragoso, Carabajal, Cuellar y Malo.

Para reponer las bajas sufridas en los combates anteriores el General en Jefe ordenó una recluta formal en los pueblos del Distrito federal y en Puebla, haciendo además venir rápidamente de Oaxaca el cuerpo de voluntarios «Libres» y dos compañías de zapadores.

Formó una división de caballería á las órdenes del General Leyva, que quedó tendida al Sur de la capital sobre el camino de Tlalpam: organizó además una brigada mixta que confió al General Hinojosa, y refundió en cuerpos regulares todas las guerrillas, formando otra brigada al mando de Lalanne.

El caudillo cuidó de que se repusiera el camino de fierro de Veracruz, y así pudo comenzar á traer de Puebla la artillería de sitio y las municiones correspondientes. En aquella ciudad, además, y en la fábrica de Panzacola se establecieron maestranzas para la construcción de municiones, equipo, montaje y los proyectiles necesarios para las piezas rayadas que se tomaron al enemigo en San Lorenzo.

Pero todas estas labores requerían numerosos recursos para atender á las imperiosas necesidades de la guerra. Era preciso mantener un Ejército que iba á aumentarse y hacer los crecidísimos gastos que exijían las obras de la maestranza y los demás servicios de la administración.

El General Díaz proveía á todo, dictando con notable atingencia acertadas disposiciones para arbitrarse las cantidades necesarias, sin extorsionar á los pueblos, recurriendo solo á los medios que podían darle las antiguas leyes de la República.

Después de haber refundido en una sola administración la del Distrito federal y la del Estado de México, estableció los impuestos legales, procurando se recaudaran con regularidad y con un orden perfecto. Además de la creación de municipios que coadyuvaran á los servicios públicos, estableció una Jefatura de Hacienda que concentrara la recaudación federal y la contabilidad, y un servicio aduanal que dió los resultados más satisfactorios.

Entre tanto avanzaban cada dia más los trabajos del sitio, cuando repentinamente se suspendieron, y aún se dispuso enviar de nuevo á Puebla parte del material que se había traído de allí, cuya disposición sorprendió á los que tenían la convicción de que pronto tendría que sucumbir la capital.

Pero el General Díaz no hacía más que obedecer las órdenes del Gobierno General quien, á pesar de la gran distancia á que se encontraba del lugar de los sucesos, creía desde San Luis Potosí poder dirigir una campaña tan difícil como la de Oriente.

Como hemos dicho ya, desde los primeros dias del sitio de Puebla el General Díaz tuvo que enviar al sitio de Querétaro las fuerzas del General Mendez, y las de los distritos primero y segundo del Estado de México. Y en los momentos en que terminaba la circunvalación

de la capital, el Gobierno le envió desde San Luis Potosí órdenes apremiantísimas de que auxiliara al Ejército que sitiaba á Querétaro, marchando personalmente con el Ejército de Oriente sobre esta ciudad.

El General Díaz creía que el mejor auxilio que podía prestar al General Escobedo era mantener á Márquez encerrado en la capital, para que con los elementos de esta no pudiera intentar llevar algun socorro á Maximiliano. Pero el mismo General Escobedo se dirigió al caudillo de Oriente llamándolo, y describiéndole la situación tan difícil en que se encontraba, y que podía obligarlo hasta á levantar el sitio.

Entonces el General Díaz dispuso abandonar el cerco de México, y marchar en ocho días sobre Querétaro.

Demos una rápida ojeada á lo que pasaba en esta ciudad.

Apesar de que á las órdenes del General Escobedo se habían concentrado las fuerzas republicanas del Norte, del Sur y del Poniente, la línea del sitio era tan extensa que esto dañaba á su solidez.

Maximiliano, por su parte, estaba rodeado de los mejores generales del partido conservador, valientes, inteligentes y aguerridos, que combatían en aquella vez no tanto por un principio, como por salvar, si era posible, su comun interés, y sobre todo la vida que, si caían prisioneros, estaban seguros de perder.

Allí se encontraban Miramon, Mejía, Castillo y Mendez, que en cien campos de batalla habían dado notorias pruebas de valor: y á sus órdenes militaban Generales, Jefes y Oficiales de un mérito igual, y soldados fogueados y fieles que se lanzaban sin vacilar donde los mandaban sus Jefes.

Por eso en el curso de aquel largo sitio pudieron efectuar los imperiales brillantísimas salidas, en algunas de las cuales lograron romper la línea republicana, como sucedió en tres ataques que dieron sobre San Gregorio, y en el Cimatario el 27 de Abril: en este ataque por algunas horas fueron los sitiados dueños del campamento republicano situado en aquellas colinas.

Si los Jefes imperialistas no hubieran estado cegados por ese vértigo del poder que va á sucumbir, habrían aprovechado aquel triunfo para salir de la ciudad: tal vez el Ejército republicano, repuesto de su sorpresa, hubiera perseguido á los fugitivos, y éstos se hubieran dispersado; pero los principales Jefes, alcanzando su salvación, habrían prolongado por más tiempo la guerra civil.

Afortunadamente las reservas de Escobedo, con una rapidéz prodigiosa, en cada una de estas salidas acudían al lugar del peligro, y volvían á meter á los sitiados dentro de la plaza, haciéndoles centenares de muertos y heridos.

Los combates en torno de la ciudad eran casi diarios y el ejército sitiador llegó á fatigarse, cuando solo había podido ocupar algunas casas de la otra banda del rio.

En estas circunstancias fué cuando creyó el General Escobedo que el auxilio del Ejército de Oriente sería decisivo: de aquí su empeño en llamar al General Díaz, ofreciendo ponerse á sus órdenes.

Pero despues de que en la salida del 27 de Abril las reservas republicanas y los cazadores de Galeana barrieron al regimiento de la Emperatriz y á las infanterías de Mendez, haciéndolos huir hasta la ciudad, despues de haber dejado la falda del Cimatario sembrado de cadáveres, cambió mucho la posición y la moral del ejército sitiador.

Dos ataques desgraciados sobre el cerro de San Gregorio intentados por Miramon en los primeros dias de Mayo, y las fuertes pérdidas de los imperialistas en la intentona hecha sobre la garita de México y la Hacienda de Carretas, obligaron á Maximiliano á no tomar ya la iniciativa, limitándose á defender sus trincheras, tanto más, cuanto que se agotaban rápidamente las municiones, y faltaban del todo los víveres en la ciudad.

Entonces el General Escobedo participó al General Díaz el cambio tan favorable de las operaciones del sitio, y este Jefe pudo continuar el asedio de México.

Tranquilo el General Díaz sobre el éxito de la campaña del inte-

rior, después de haber enviado al General Escobedo las municiones de que éste carecía, se consagró á activar los trabajos de la maestranza de Puebla y al reclutamiento de su ejército, insuficiente para cubrir siquiera la extensa línea de circunvalación.

Pero impuso tanto con su actitud que Márquez no osó dar un solo paso fuera de la ciudad, limitándose á extorsionar á la población, robando los depósitos de víveres del comercio y de los particulares, y plagiando á los propietarios y á los ricos, sin respetar ni á las mugeres, para sacarles gruesas sumas de dinero.

Esa ha sido siempre la historia de las dictaduras clericales que han usurpado en México el poder. Y en Querétaro, á la vista de un príncipe austriaco que se decía ilustrado y humanitario, se cometían iguales atentados que en la capital.

Tanta violencia, la escasez de víveres, y el terror que inspiraban los secuaces de Márquez, hacían salir de la ciudad centenares de familias que iban á abrigarse al campamento republicano, donde encontraban no sólo garantías y protección, sino elementos y cuanto era necesario para la vida.

Durante el sitio de México se reveló el prodigioso talento administrativo del Señor General Díaz, quien actualmente y en los tres períodos en que el pueblo le ha confiado el Poder Ejecutivo de la República, ha podido en un campo más vasto aplicar sus facultades, cambiando enteramente la faz de la Nación y llevándola rápidamente por el camino del progreso.

El General Díaz, además de las urgentes atenciones de la campaña, tenía que despachar los ramos federales de los nueve Estados que estaban bajo su mando, y los del Distrito Federal. El Cuartel general había cuidado de nombrar gobernadores interinos de dichos Estados á patriotas dignos é inteligentes, que con verdadero celo y aplauso de los pueblos desempeñaban su cometido.

En suma, Porfirio consiguió en la inmensa zona de su dependencia regularizar todos los servicios públicos, establecer impuestos concordantes con las antiguas leyes de la República, formular el presupuesto civil del Distrito, metodizar la recaudación y crear al fin la hacienda pública, cubriendo los fuertes gastos de la campaña.

Entre tanto el sitio se había cerrado completamente, en virtud de haberse aumentado el Ejército de Oriente: las primeras líneas de los sitiados estaban ya dominadas por la artillería de los republicanos, y no quedaba un solo punto por donde pudieran salir los imperiales.

El Lugar-teniente se sintió perdido y el terror de su alma llegó á la demencia desde que fué rechazado en la calzada de la Piedad, por donde intentó hacer una salida. El General Díaz con las brigadas de Terán y Lalanne salió á su encuentro en el puente de los Cuartos, derrotándolo completamente.

Y sin embargo, el General en Jefe del Ejército de Oriente no emprendía ataque alguno para apoderarse de la primera línea de defensa y ocupar las primeras casas de la capital. Y no era que le pareciese difícil aquella ocupación, sino que deseaba ahorrar la sangre de sus soldados, que bastante se había derramado ya.

Tenía el General Díaz la convicción de que con no permitir la entrada de víveres á la capital ésta sucumbiría, sin peligro para los cuantiosos intereses encerrados en ella y que sufrirían demasiado en un asalto.

La población en efecto carecía ya de todo, y las clases desvalidas se morían de hambre. Diariamente se amotinaba el pueblo buscando maíz y leña y apenas podía Márquez refrenar aquellas demostraciones.

En los primeros días de la segunda quincena de Mayo Querétaro fué ocupado al fin, entregándose prisioneros Maximiliano y sus Generales con todo su ejército: pocos días después Ramirez Arellano, que había logrado escaparse y penetrar disfrazado á Mexico, dió parte á Márquez de la caída del imperio.

El Lugar-teniente quiso que se guardara un profundo silencio sobre aquel desastre, y con un cinismo enteramente conservador recurrió á un ardid del que se abusó demasiado, tanto durante el sitio de Querétaro como en el de México.

En medio de las salvas de artillería, los cohetes y los repiques se publicó un parte oficial comunicando que Maximiliano, después de ha-

ber derrotado completamente á Escobedo, venía con un ejército numerosísimo á salvar la capital. Y aquella grosera mentira estaba revestida de cuanto pormenor se creyó necesario para darle un barniz de verdad.

Pero en las legaciones extranjeras, en el comercio y en la banca se sabía perfectamente que Querétaro había sucumbido ya, quedando prisionero el Príncipe con todo su ejército.

Confirmaron esta noticia algunos hechos que en vano procuraba Márquez ocultar á la población: tal fué, por ejemplo, la llegada de las fuerzas de Puebla y México que el General Díaz había enviado á Querétaro desde el mes de Abril, y de dos divisiones del Norte y una de Occidente que al mando de Corona venían al sitio de la capital. Pero lo que ya no pudo mantenerse en silencio fué la partida para el interior del cuerpo diplomático autorizado cerca de Maximiliano, y la de los abogados Ortega y Martínez de la Torre y Riva Palacio que aquel había nombrado como sus defensores.

La nueva del desastre llegó con todos sus pormenores á la legión extranjera, que constituía la parte más importante de la guarnición de la capital, pues los soldados de Márquez, enteramente desmoralizados, no hubieran podido oponer ya una seria resistencia á los ataques de los republicanos. Desde entonces los austriacos se pusieron en contacto con el General Díaz, ofreciendo primero mantenerse neutrales y más tarde rendirse, sin más garantías que las de la vida.

Los Coroneles Kodolich, Kevenhuller, Vikembourg, Hamerstein, y los Comandantes Chenet y Klickzing habían declarado desde el principio del sitio que jamás servirían bajo las órdenes de un General, como Márquez, que abandonaba sus tropas huyendo desde el principio de la batalla. En tal virtud se pusieron al mando de Kodolich, desconociendo al Lugar-teniente, y ofreciendo capitular por su cuenta, cuando llegara la vez.

La tragedia del imperio tocaba en tanto á su sangriento fin. El 13 de Junio se había reunido en el Teatro de Iturbide de Querétaro el Consejo de guerra ordinario que debía juzgar al Príncipe de Hapsburgo, y á sus dos Generales Mejía y Miramon: y al siguiente día los tres reos de lesa nación fueron condenados á muerte.

De todas partes se levantaron mil voces pidiendo el indulto de los condenados; pero Juárez y su gabinete permanecieron inflexibles.

La sentencia debió ejecutarse á las dos de la tarde del domingo 16 de Junio; pero á petición de los defensores de los reos el Gobierno concedió una prórroga de tres días. Es que los abogados, que con tanto celo se empeñaban en salvar á Maximiliano y á sus dos generales, esperaban luchando más conseguir el perdón: esperanza vana que pronto quedó desvanecida.

Por fin amaneció el día 19, y con la rapidéz con que nace el día casi sin aurora en aquella latitud, el cielo de Querétaro se vió inundado de luz y el sol brilló en el espacio.

En la celda del ex-convento de Capuchinas que servía de prisión á Maximiliano había un silencio fúnebre, y solo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en un altar improvisado.

Maximiliano hacía las últimas confidencias de su conciencia al sacerdote que lo asistía, y se despedía de sus amigos y sirvientes que estaban en torno suyo: en las dos celdas inmediatas Miramon y Mejía hacían también su tocador de muerte.

Se oyó á poco el redoble de los tambores que tocaban llamada, el tropel de la caballería que iba á escoltar á los reos y el ruido de los carruajes que debían conducirlos al cerro de las Campanas.

Un oficial penetró á la celda de Maximiliano pronunciando la terrible palabra «ya es hora.» Los condenados á muerte salieron de sus celdas, y la fúnebre comitiva partió.

En una pequeña meseta del cerro de las Campanas hicieron alto los reos: frente á ellos se colocaron tres pelotones de infantería encargados de ejecutar la sentencia de la República. Momentos despues se escuchó una fuerte y triple detonación, envolviendo una nube de humo á aquel siniestro grupo: pero disipado el humo se vieron tres cadáveres que yacían en el suelo.

El de Maximiliano fué conducido á la sala de profundis de Capuchinas: los de Miramon y Mejía fueron entregados á sus familias. El imperio se había ahogado en la sangre real de Carlo Magno.

El mismo día 19 de Junio se supo en la capital el fusilamiento de Maximiliano y de sus dos generales. La desmoralización cundió por

todas partes, y los Jefes imperialistas más comprometidos, los que sabían que para ellos sería inflexible la ley, desaparecieron de la escena. Márquez se escondió empolvando quien sabe en qué sótano sus laureles y cruces militares: y lo mismo hicieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Ramirez Arellano y otros.

El General Porfirio Díaz, en tanto, creyó que había llegado la hora de ocupar ya la capital de la República, y comenzó á dar sus disposiciones para el asalto. Pero al amanecer el día 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca de parlamento.

El General Alatorre, en nombre del General en Jefe, recibió á los comisionados que venían á tratar de la redición pidiendo garantías; pero el Jefe republicano les contestó que no estaba facultado para hacer concesión alguna, y que solo admitiría se rindieran á discreción.

Los comisionados volvieron á la ciudad, que aguardaba aterrada la suerte que le impusiera la voluntad del vencedor.

Como espiraba el plazo señalado por el General Díaz para la rendición de la guarnición, y no se recibiera respuesta alguna, comenzaron las columnas republicanas á organizarse para el asalto, y las baterías del ejército sitiador rompieron el fuego sobre la ciudad, arrojando sobre ella infinidad de granadas y bombas.

En el acto volvieron á izar la bandera blanca y Tavera, que había quedado con el mando de la plaza desde que el Lugar-teniente se escondió, se rindió con toda la guarnición imperialista que estaba á sus órdenes.

El General Porfirio Díaz en nombre de la República libre é independiente ocupó la capital, arrancando de las armas de la gran ciudad la corona imperial que había grabado en ellas la ensangrentada espada de la invasión extranjera.

CONCLUSION

todas partes, y los Jefes imperialistas más comprometidos, los que sabían que para ellos sería inflexible la ley, desaparecieron de la escena. Márquez se escondió empolvando quien sabe en qué sótano sus laureles y cruces militares: y lo mismo hicieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Ramirez Arellano y otros.

El General Porfirio Díaz, en tanto, creyó que había llegado la hora de ocupar ya la capital de la República, y comenzó á dar sus disposiciones para el asalto. Pero al amanecer el día 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca de parlamento.

El General Alatorre, en nombre del General en Jefe, recibió á los comisionados que venían á tratar de la redición pidiendo garantías; pero el Jefe republicano les contestó que no estaba facultado para hacer concesión alguna, y que solo admitiría se rindieran á discreción.

Los comisionados volvieron á la ciudad, que aguardaba aterrada la suerte que le impusiera la voluntad del vencedor.

Como espiraba el plazo señalado por el General Díaz para la rendición de la guarnición, y no se recibiera respuesta alguna, comenzaron las columnas republicanas á organizarse para el asalto, y las baterías del ejército sitiador rompieron el fuego sobre la ciudad, arrojando sobre ella infinidad de granadas y bombas.

En el acto volvieron á izar la bandera blanca y Tavera, que había quedado con el mando de la plaza desde que el Lugar-teniente se escondió, se rindió con toda la guarnición imperialista que estaba á sus órdenes.

El General Porfirio Díaz en nombre de la República libre é independiente ocupó la capital, arrancando de las armas de la gran ciudad la corona imperial que había grabado en ellas la ensangrentada espada de la invasión extranjera.

CONCLUSION



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ASO á paso hemos seguido esa estela de gloria que dejó el caudillo de Oriente en su brillantísima carrera militar, desde que comenzó á combatir, oscuro miliciano, en un remoto rincón del país por la libertad y la Reforma, hasta que, agobiado de laureles, llegó á ocupar la capital de la República, despues de haber salvado la independencia y autonomía de ésta.

Pero nunca fué más grande el General Porfirio Díaz que en medio de aquel triunfo. Imperando en todos los Estados de Oriente más que por los poderes omnímodos que le había otorgado el Gobierno General, por las exigencias imperiosísimas é indiscutibles de la guerra, árbitro de la suerte de millares de prisioneros, de todo el partido conservador, y de la clase acomodada que por sus ligas con el imperio, había llamado sobre sí el anatema que la ley lanzaba sobre la traición, y facultado para disponer de los tesoros públicos y de la fortuna de los ricos, heridos por la pena de la confiscación, el General Díaz no usó de su poder sino para crear y organizar la administración, para atenuar la desgracia de los vencidos, y para mejorar las condiciones de una sociedad arruinada por la guerra, y saqueada con las exac-

ciones, las tropelías y los repugnantes abusos de los imperialistas que, en los últimos días de su dominación, se lanzaron al crimen, dementes por el despecho y ébrios de terror.

La capital de la República que temblaba al ver acercarse las huestes republicanas, porque se sentía en su conciencia cómplice del imperio ó culpable por lo ménos de egoísta indiferencia, al no tomar parte en la lucha que sostuvo todo el país, la capital que temía por sus intereses, creyendo que los vencedores llegarían ávidos de venganza y de rencor, sintió un placer inmenso al ver que el caudillo de Oriente y su heroico Ejército fueron los mejores guardianes de las garantías individuales, del orden y de la verdadera libertad.

Porfirio mandó hacer violentamente un inmenso acopio de víveres en la ciudad, que en los dos meses de sitio había sufrido los horrores del hambre.

Reprimió con mano enérgica el robo, organizó la administración municipal y la de justicia, y arbitró los recursos necesarios para su numeroso Ejército, sin una exacción, sin un impuesto extraordinario, y empeñando solo su crédito personal y usando los recursos naturales que había organizado previamente.

Todos estos actos los consumó el joven General sin la menor jactancia de poder, cuando podía, con pleno derecho, ejercer una perfecta dictadura militar.

Ni al Palacio Nacional quiso asistir el Señor Díaz, y el despacho de los asuntos públicos lo hacía en Minería, viviendo en una modesta casa, casi desamueblada, en un punto lejano del centro y sin tener en ella ni una guardia de honor.

El Gobierno general en tanto se acercaba á la capital de la República, donde fué espléndidamente recibido, gracias al empeño que tomó el General en Jefe en que se solemnizara debidamente la restauración de la República en la capital.

Por orden del Señor General Díaz se entregaron al Ayuntamiento veinte mil pesos para los gastos de la recepción del Señor Juárez y su gabinete, y veinte mil pesos en la Tesorería para poder ministrar una quincena de la lista civil al personal del Ejecutivo y sus empleados.

Pero hay que consignar aquí un hecho que constituye el mejor

timbre de gloria del General Díaz y es, no solo su acatamiento al Gobierno legítimo, sino el apresuramiento con que se desprendió de las facultades extraordinarias de que se encontró investido durante la guerra, y aún del puesto altísimo que tenía en el Ejército.

Y este acto de abnegación tuvo lugar, no cuando con su admirable tacto político comprendió que su gloria podía hacer sombra al receloso principio de autoridad del Gobierno, sino desde el momento en que la guarnición imperialista de la capital se entregaba prisionera.

En efecto, con fecha 21 de Junio de 1867 Porfirio Díaz dirigió al Ministro de la Guerra una nota en la cual no solo ponía á disposición del Gobierno la capital que acababa de rendirse á su espada victoriosa, sino que hacía formal dimisión del cargo de General en Jefe del Ejército y línea de Oriente, por no creer ya necesarias las omnimodas facultades de que estaba investido, ni útil su permanencia en aquel puesto.

En aquellos momentos el General Díaz demostraba que en su alma espartana no había el menor sentimiento de ambición, y que su honradez era intachable.

Al entregar el alto puesto que había conquistado dejaba al Gobierno Federal \$315,000. 70 cts. que había recaudado, y que economizó después de haber mantenido un Ejército numeroso, y de haber cubierto las más imperiosas necesidades de la administración.

El General Díaz, después de haber ejercido un poder amplísimo en ocho Estados de la República, pudiendo disponer de sus rentas y aún de los bienes de los particulares, hizo una campaña espléndida sin recaudar más que los impuestos legales, dando á los pueblos seguridad y garantías, y dejando en las arcas de la Nación un sobrante más que suficiente para que el Gobierno pudiera subvenir á sus primeras y más ineludibles erogaciones.

Y volvió el héroe á su hogar pobre como siempre había vivido, sin acordarse de reclamar á la Nación el premio de sus servicios.

En esos momentos surgió una evolución sociológica, que ha pasado desapercibida por los escritores contemporáneos, pero que los

historiadores que en el futuro se ocupen de este periodo recogerán cuidadosamente, para estudiar esa marcha inflexible de los pueblos que, para dar un avance en la senda del progreso, como si quisieran tomar aliento, retroceden un paso ó dos al campo de la reacción.

En efecto, uno de los Ministros más ilustrados y enérgicos del Señor Juárez, el mismo que más tarde había promulgado la incorporación de las leyes de Reforma en la Constitución de 1857, el Señor Lerdo de Tejada en suma, publicó en 14 de Agosto de 1867 la célebre convocatoria, que proponía á los comicios algunas reformas constitucionales y daba al clero derechos de ciudadanía.

Ni la naturaleza de esta obra ni nuestro carácter de simples narradores de hechos militares nos permiten juzgar aquel acto del Gobierno republicano, que reivindicaba á una corporación que acababa de consumir con toda deliberación el crimen de traición á la patria.

Tenemos pues que limitarnos á consignar que el partido radical y los republicanos se apresuraron á condenar la convocatoria, levantándose contra ella un grito unánime de reprobación en todo el país.

El General Díaz creyó de su deber, obligado por alguna falsa aseveración de la prensa, hacer constar que, fuera de su carácter militar, no apoyaba la convocatoria por no creerla conforme con las prescripciones constitucionales.

Desde entonces el partido radical lo consideró como su Jefe legítimo, depositando su entera confianza en el soldado que desde su juventud luchaba con brío, constancia y fortuna por la Libertad, la Independencia y la Reforma.

Pocos días después el Gobierno lo envió á Tehuacan como Jefe de la segunda División del Ejército, á la vez que quitaba al General Mendez del Gobierno de Puebla, al Coronel Catalan de Guerrero, y de otros puntos de igual importancia á los demás amigos y compañeros del héroe oaxaqueño.

Este vino entonces á conferenciar con Juárez, anunciándole que la política ministerial iba á suscitar una nueva guerra intestina, y que el que no había esquivado sacrificio alguno combatiendo al extranjero, no podía empuñar su espada contra los que le habían ayudado á salvar la independencia.

Pero el Señor Juárez se negó á cambiar de táctica, creyendo que el principio de autoridad se había conquistado definitivamente.

El General Díaz hizo entonces dimisión del mando, y se retiró á una pequeña finca de campo que como muestra de gratitud le había donado el Estado de Oaxaca. Allí se consagró á cultivar sus mezquinas tierras; y allí era más grande el vencedor de Puebla y México que en el apoteosis de la victoria.

Tocamos aquí el fin de la vida del soldado de la República y de la independencia: consagremos ahora algunas líneas más al hombre de Estado, al Magistrado que preside la verdadera regeneración de México.

Sin fatiga ni cansancio hemos recorrido un largo período histórico de doce años, desde 1855 en que Porfirio Díaz, sin ningún carácter militar, tomó parte en la revolución de Ayutla proclamada en Oaxaca, hasta 1867 en que ocupaba el caudillo de Oriente la capital de la República, después de las legendarias campañas que hemos narrado.

Pero al llegar á la cima, á la cúpula de nuestra obra, tenemos que detenernos, porque la empresa es superior á nuestras fuerzas.

Es que debemos emplear un material candente: es que para delinear los grandiosos sucesos que constituyen la vida política de nuestro biografiado tendríamos que remover las pasiones políticas que por tantos años dividieron al partido republicano, que juzgar á las prominencias de los bandos contrarios, y que tomar un puesto en los debates agitadosísimos que en la prensa y en el Parlamento sostuvieron los tres grupos en que se fraccionaron los demócratas, juaristas, lerdistas y porfiristas, debates que se tradujeron en una verdadera revolución, debates que buscaron sus últimos argumentos en los campos de batalla, y que se resolvieron en torrentes de sangre, que corrió de nuevo en los campos surcados por las ruedas del cañón.

Y no nos encontramos capaces de entrar en ese terreno con la imparcialidad y el rectísimo criterio que deben inspirar al historiador.

Aunque en una reducida esfera hemos sido de esos combatientes: aunque nuestros pretéritos sentimientos se han desvanecido ante la reconciliación presente de todos los partidos, desconfiamos, no de nuestra rectitud civil, sino de nuestra capacidad intelectual para afrontar las altas cuestiones sociales y económicas que tuvieron su solución en manos del héroe cuya vida militar intentamos reproducir.

Oscuro soldado de la Patria, no me es dado plantear y resolver los problemas de nuestra última evolución política.

Solo diré, pues, que el General Díaz logró consumar la obra en la cual se habían estrellado muchos caudillos ántes, la formación del gran partido nacional, en el cual ingresaron sin distinción alguna los factores más heterogéneos, los hombres de todos los partidos que ántes se creían irreconciliables, y que hoy están íntimamente ligados por una mira comun, la conservación de la paz y el engrandecimiento de la Nación.

No puedo ni debo por tanto llevar el menor gérmen de división á ese concierto de patriotismo, y mucho ménos en esta obra que al trazar la vida militar del Señor General Díaz sintetiza la gloria de un pueblo entero, la epopeya inmortal de la República.

Estas altísimas consideraciones me han obligado á no abarcar en mi cuadro histórico ni el exordio de la última evolución histórica, exordio que se llamó la revolución de la Noria, ni la de Tuxtepec que fué la consumación de la crisis que necesitaba el país para entrar á su regeneración.

Me limito, por lo tanto, á bosquejar la misión política del caudillo que escogió el pueblo mexicano para que lo guiara en el nuevo sendero que iba audazmente á tomar.

El inmortal de América había consumado su obra: el ilustre Juárez había realizado lo que ántes que él no había alcanzado héroe alguno, dar á su patria una vida nueva de libertad y progreso, y salvarla de una invasión extranjera.

Concluida su misión, continuó sin embargo en el poder: su primera elección era forzosa; el pueblo tenía el deber de elevar á la primera Magistratura al que había mantenido muy alta la bandera nacional durante la lucha con el extranjero. Y el pueblo dió esa muestra de su amor y su respeto al Señor Juárez, colocándolo bajo el dosel de donde intentaron arrojarlo tres naciones, como el último reto á éstas, como la última protesta de la dignidad de México.

Pero vino la segunda reelección, y comenzó á sentirse el malestar público que precede á los procesos febriles de los pueblos.

Es que el Señor Juárez y el círculo que lo rodeaba, nutridos en la lucha, impregnados en las pasiones de su época, olvidaron que la sociedad no se satisface con discusiones abstractas, sino que necesita también todo lo que desarrolle sus fuerzas y mejore su vida material.

Y en manera alguna culpamos á los hombres del pasado por su actitud de entonces: reconocemos, al contrario, que ellos sentaron las primeras bases del progreso; pero las generaciones del porvenir son las que están lógicamente llamadas á continuar la evolución preparada; y la política del gabinete juarista era eminentemente inerte y retardataria.

Sin embargo el Gobierno del Señor Juárez logró sofocar casi la revolución de la Noria, porque el pensamiento radical de ésta no había madurado aún; pero quedaban vivos y llenos de vigor elementos poderosísimos de revolución, que ninguna fuerza material podía destruir. Porque no se trataba, como en los primeros días de nuestras revueltas políticas, después de hecha la primera independencia, de motines militares fraguados por la ambición personal ó por los mezquinos intereses de partido.

En esta vez germinaba latente en el seno de la República una verdadera revolución, que envolvía un problema económico. El país había llegado al inevitable período en que tras una dolorosa gestación se dá á luz el verdadero progreso, y nada podía impedir este cataclismo social.

Todavía se escuchaban los últimos tiros que hacían los dispersos de la revolución de la Noria, cuando al amanecer el 18 de Junio de 1872 el estampido del cañon anunció al país, desde el Palacio Nacional, que había muerto el Señor Juárez. Y al entrar á ocupar el Señor Don

Sebastian Lerdo de Tejada el Poder Ejecutivo por ministerio de la ley, depusieron las armas los porfiristas, porque había cesado la causa que los hizo lanzarse á los campos de batalla.

El Señor Lerdo, á pesar de su clarísima inteligencia, incidió en la misma falta política que su ilustre antecesor, calificando al porfirismo como un partido personal, no sabiendo preveer que aquella agrupación era sólo la resultante de una crisis social, que preparaba la era nueva en que iba á entrar la Nación.

Se equivocan los que creen que los hombres hacen las revoluciones: éstas son las que levantan á aquellos, como en los grandes períodos geológicos el fuego interno abrió los abismos donde se depositaron los mares, y elevaron las altísimas montañas que esconden sus cimas coronadas de nieves eternas en el seno de las nubes.

En ese inmenso y poderoso factor que se llama el pueblo hierve la lava que determina esos terribles cataclismos. Allí se resuelven los grandes problemas económicos y sociales que no pueden manifestarse sino después de un desgarramiento en la vieja y endurecida costra del pasado. Y entonces se producen los caudillos que llevan al pueblo á la lucha, los combatientes que remueven los obstáculos que opone un poder estacionario, y los apóstoles de la nueva idea de regeneración.

El Señor Lerdo por una ceguera inexplicable, en lugar de seguir el impulso que se adivinaba en las masas impacientes, al entrar al poder por haber sido electo Presidente de la República se ligó al partido reinante que ántes había combatido, adoptó la vieja política que como jefe de una oposición había reprobado, y se fundió en el círculo juarista cuya impotencia política había podido apreciar.

En vez de ponerse al frente de la evolución que tan vigorosa se anunciaba, ántes que se convirtiera en revolución, se empeñó en contrariarla: y en lugar de atraerse á sus antiguos aliados en la oposición parlamentaria que se hizo al Señor Juárez, siguió las tradiciones de éste, su programa, y hasta con su mismo gabinete.

Cuatro años aguardó resignado el país que Lerdo iniciara una época de progreso y mejoras materiales que reanimaran á una sociedad agotada por tanta lucha, y desarrolláran los inmensos elementos

de nuestra riqueza territorial. La nueva administración continuó las viejas prácticas del pasado, ocupándose de cuestiones políticas inútiles y vanas, cayendo al fin cloroformado en la apatía y en la inacción.

Entonces se hizo la revolución de Tuxtepec, que tras de la fórmula convencional de su programa, ocultaba algo misterioso y desconocido, la vaga tendencia del pueblo mexicano á dar un paso más en la senda del progreso y la regeneración.

Los espíritus vulgares no comprendieron lo trascendental de aquella revolución que iba á imprimir al país una forma enteramente nueva, y á abrirle horizontes brillantes y desconocidos. El Gobierno mismo solo vió en aquel movimiento insurreccional un motin de pretorianos, que intentaban levantar á un caudillo nuevo sobre el pavéz.

La banca de México, medrosa como son siempre los poseedores del caudal, no tuvo confianza en la evolución que se iniciaba, al mirar que la presidían las prominencias del partido democrático: y se ligó entonces con el partido moderado, engendrando el plan de Salamanca, que á pesar de contar con poderosos elementos de dinero y fuerza armada, no era viable, porque guardaba en su seno una contradicción monstruosa de principios que hacía imposible su consolidación. Al erigir Iglesias una legalidad revolucionaria, rompiendo sus propios títulos, estaba herido en su base fundamental.

En tanto el Señor General Porfirio Díaz había acudido al llamamiento que le hacía la patria, y lanzándose á la lucha, apareció en la frontera, empuñó las armas, combatió con éxito vario, recorrió, levantando legiones, el Nordeste; prodigó su vida á los campos de batalla, y después de haber luchado con las olas para llegar á las playas de Veracruz, logró unirse á las huestes regeneradoras de Oriente.

Dió forma y organización al Ejército del pueblo y se presentó al fin en los campos de Tecuac donde lo aguardaban las fuerzas federales, poderosas por su organización, por sus elementos militares y por su reputación de valientes.

Allí había agotado el Gobierno sus últimos esfuerzos. El Señor Lerdo se sentía en el vacío, sin popularidad y sin vigor. En vano se había desprendido á última hora del gabinete juarista, llamando á sus amigos que había alejado del poder: era ya muy tarde. Una derro-

ta, la de Tecoaac, bastó para derribarlo, obligándolo á marchar al extranjero.

Aquí termina nuestra misión, porque ni en el reducido espacio de esta obra podríamos hacer la historia de las administraciones emanadas del plan de Tuxtepec, ni nos lo permite el plan de nuestro libro.

El Señor General Díaz ha sido elevado al Poder Ejecutivo tres veces por el voto de la Nación entera, que ha visto en el caudillo de Oriente no solo el celoso guardian de las instituciones republicanas, sino el administrador honrado é inteligente que ha realizado el verdadero pensamiento de la revolución de Tuxtepec, la regeneración del país.

No necesitamos para demostrarlo más que hacer la síntesis de lo que se ha realizado en doce años: el nombre de México respetado y estimado en el extranjero, y su crédito tan alto que tiene abiertos todos los bancos y todos los mercados de Europa.

Y en el interior desarrolladas todas las industrias, prosperando el comercio, progresando la riqueza material, aumentando la población, la agricultura fecundando los terrenos desiertos y baldíos, comunicadas todas las poblaciones, aún las más pequeñas, por el alambre telegráfico y cruzado el territorio por grandes vías férreas y numerosos ramales, que derraman por todas partes la riqueza y la prosperidad.

El Señor General Díaz en fin ha coronado su gloriosísima carrera militar con dos grandes obras que serán el mejor timbre de su historia, la sólida afirmación de las instituciones republicanas y la inapreciable consolidación de la paz.

La posteridad colocará su nombre entre los de los héroes que han merecido bien de la Pátria.

México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.

